

# HERENCIA DE ESTRELLAS



*Clifford D. Simak*



**Clifford D. Simak**

Título original: A heritage of stars

Traducción: Domingo Santos

© 1977 by Clifford D. Simak

© 1985 Ediciones Martínez Roca S. A.

Gran Via 774 - Barcelona

ISBN: 84-270-0920-8

Edición digital: Pertux

R6 01/03

*Una de las curiosas costumbres que surgieron del Colapso fue la práctica de erigir pirámides con cajas craneanas de robots, de la misma forma que algunos antiguos bárbaros asiáticos erigían pirámides de cabezas humanas que más tarde se convertían en cráneos, para conmemorar una batalla. Aunque la costumbre de las cajas craneanas no es universal, hay suficientes evidencias proporcionadas por los relatos de los viajeros que muestran que es practicada por muchas tribus sedentarias. Las poblaciones nómadas pueden poseer también colecciones de cajas craneanas, pero éstas no son erigidas en pirámides excepto en ocasiones ceremoniales. Ordinariamente son almacenadas en arcones sagrados que, cuando la tribu se halla en marcha, ocupan posiciones de honor, siendo trasladados en carromatos a la cabeza de la columna.*

*Generalmente, se ha creído que esta fascinación hacia las cajas craneanas de robots puede conmemorar el triunfo del hombre sobre las máquinas. Pero no hay una evidencia innegable de que eso sea así. Es posible que la simetría de las cajas craneanas posea un atractivo estético completamente distinto de cualquier otro significado real o imaginario. O es posible que su conservación sea una reacción inconsciente a una permanencia simbólica, puesto que de todas las cosas creadas por el hombre tecnológico, dichas cajas craneanas son las más duraderas, ya que están construidas con un metal mágico que desafía tanto al tiempo como al clima.*

—De la *Historia del fin de la civilización*, de Wilson.

Thomas Cushing cavó las patatas durante toda la tarde, en el pequeño campo en el bancale encima del río, entre el río y el muro. El campo estaba dando una buena cosecha. Si no caía sobre ellas alguna enfermedad imprevista, si no eran saqueadas alguna noche oscura por alguna de las tribus del otro lado del río, si ninguna otra desgracia se abatía sobre ellas, cuando llegara el tiempo de la cosecha podría recoger bastantes cestos. Había trabajado duro para producir aquella cosecha final. Se había arrastrado sobre manos y rodillas por entre los surcos, arrojando a los gorgojos de la patata fuera de las plantas con un pequeño bastón que sostenía en una mano y atrapándolos mientras caían en el cubo de corteza que sostenía en la otra. Atrapándolos a fin de que no volvieran a reptar a las plantas de nuevo desde donde habían caído, comiéndose las hojas. Se había arrastrado arriba y abajo por entre los surcos, sobre manos y rodillas, con los músculos quejándose del castigo, mientras un despiadado sol lo martilleaba de tal modo que le parecía que se arrastraba en medio de una niebla miasmática compuesta por un aire estancado y sobrecalentado, muy finamente mezclado con el polvo levantado por su propio arrastrarse. A intervalos, cuando el cubo de corteza estaba casi lleno de los retorcientes, entremezclados y capturados bichos, se dirigía a la orilla del río, tras marcar el lugar donde había interrumpido su trabajo clavando el palo en el suelo; luego, agachándose en la orilla, se tendía todo lo posible sobre la corriente para vaciar el cubo sobre el agua, agitándolo con fuerza a fin

de hacer caer a los últimos insectos que intentaban aferrarse a sus paredes, enviándolos a un viaje al que pocos de ellos iban a sobrevivir y que llevaría a los pocos supervivientes muy lejos de su campo de patatas.

Mentalmente, a veces, hablaba con ellos. «No quiero haceros daño —les decía—; hago esto no por malicia, sino para protegerme a mí mismo y a los de mi especie, quitándoos de ahí para que no os comáis los alimentos con que yo y los demás contamos.» Pidiéndoles disculpas, explicándoles que no debían irritarse con él, de la misma forma que los antiguos cazadores prehistóricos se habían disculpado y habían explicado ritualmente sus razones a los osos que mataban para un festín.

En la cama, antes de irse a dormir, pensaba de nuevo en ellos, viéndolos otra vez, pequeñas formas agitando las patitas en los remolinos del agua y siendo arrastrados rápidamente hacia un destino que eran incapaces de comprender, sin saber por qué o cómo habían llegado a tal destino, incapaces de impedirlo, sin medios para escapar a él.

Y una vez los había arrojado al río, de vuelta a arrastrarse una vez más por entre los surcos para recolectar nuevos insectos que arrojar al mismo destino.

Luego, más avanzado el verano, cuando los días iban arrastrándose sin que cayera ni una gota de lluvia, con el sol golpeando desde el cuenco azul de un cielo sin nubes, se esforzaba cargando cubos de agua desde el río, con un balancín apoyado sobre sus hombros, para proporcionar a las sedientas plantas la humedad de la que carecían; caminando sin tregua día tras día hasta la orilla del río y trepando luego la empinada ladera, transportando el agua para su cosecha, volviendo al río para recoger más cubos de agua, en un interminable circuito para que las plantas pudieran crecer y desarrollarse y ellos pudieran almacenar patatas para el invierno. La existencia, había pensado, la supervivencia tan dura y ansiosamente conseguida..., no era más que una constante lucha por asegurar esa supervivencia. No como aquellos antiguos días sobre los que había escrito Wilson hacía tanto tiempo, hurgando hacia atrás con inquisitivos dedos para intentar crear el pasado que había llegado a su final siglos antes de que él lo plasmara sobre el papel, obligado a ejercer una férrea disciplina de economía del mismo..., escribiendo a ambos lados de cada hoja, sin dejar márgenes en ningún lado de la página, ni blancos arriba y abajo. Y siempre con aquella pequeña y avara letra, aquella dolorosamente pequeña escritura, a fin de poder meter en el papel todas las palabras que bullían en su cerebro. Sufriendo con la preocupación que había mencionado una y otra vez..., la de que la historia que escribía estaba basada más en el mito y la leyenda que en los hechos, una situación que no podía ser evitada puesto que quedaban tan pocos hechos. Y sin embargo profundamente convencido de que la historia tenía que ser escrita antes de que los pocos hechos que quedaban desaparecieran por completo, antes de que el mito y la leyenda se distorsionaran aún más de lo que ya lo estaban. Sufriendo también por su evaluación del mito y la leyenda, sudando sobre su juicio al respecto; preguntándose a sí mismo, una y otra vez: «¿Qué debo incluir? ¿Qué debo dejar fuera?». Porque no podía incluirlo todo; algo tenía que quedar fuera. El mito acerca del Lugar de Ir a las Estrellas, por ejemplo, había quedado fuera.

Pero ya basta de Wilson, se dijo a sí mismo Cushing; debía dedicarse a cavar y arrancar las malas hierbas. Las malas hierbas y los insectos eran los enemigos. La falta de lluvia era también un enemigo. El sol demasiado caliente, un enemigo. No era sólo él quien pensaba así: había otros que cultivaban

campos de maíz y de patatas en otros pequeños bancales, muy parecidos a aquel suyo, río arriba y río abajo, lo bastante cerca de los muros como para conseguir alguna protección contra los merodeadores ocasionales del otro lado del río.

Había cavado durante toda la tarde, y ahora, con el sol finalmente desaparecido tras los riscos que se alzaban al oeste, se acuclilló junto al río y contempló el agua. Corriente arriba, a kilómetro y medio o así, se erguían los pilares de piedra de un puente en ruinas, con algo de la superestructura del puente aún en pie, pero nada que sirviera para cruzar el río por él. Más río arriba aún, se alzaban dos grandes torres, antiguas estructuras de viviendas que los viejos libros llamaban rascacielos. Al parecer, habían existido dos tipos de tales estructuras —rascacielos normales y rascacielos para los viejos—, y se preguntó brevemente por qué habrían habido tales distinciones de edades. Nada de eso existía en la actualidad. No había ninguna distinción entre jóvenes y viejos. Vivían juntos y se necesitaban los unos a los otros. Los jóvenes proporcionaban la fuerza y los viejos proporcionaban la sabiduría, y trabajaban juntos en beneficio de todos.

Esto era lo que había visto cuando había llegado por primera vez a la universidad, y lo que había experimentado personalmente cuando había sido tomado bajo la protección de Monty y Nancy Montrose, una protección que con el tiempo se había ido transformando en algo más que una protección formal, porque vivía con ellos y se había convertido, a todos los efectos, en su hijo. La universidad, y más aún, Monty y Nancy, le habían dado igualdad y cariño. En los últimos cinco años se había convertido en parte integrante de la universidad, con todos los derechos, como si hubiera nacido en ella y hubiera conocido durante toda su vida lo que ahora reconocía como el único tipo de felicidad, algo que, en sus años de vagabundeo, no había conocido en ningún otro lugar. Ahora, agachado en la orilla del río, se admitió a sí mismo que se había convertido en una lastrante felicidad, una felicidad culpable, encadenado allí por una sensación de afectuosa lealtad hacia la anciana pareja que lo había recogido y lo había aceptado como parte de sí mismos. Había conseguido mucho en aquellos cinco años allí: la habilidad de leer y escribir; algún conocimiento de los libros que, hilera tras hilera, llenaban las estanterías de la biblioteca; un mejor conocimiento de lo que era el mundo, de lo que había sido en un tiempo y de lo que era en el momento presente. Le había proporcionado también, dentro de la seguridad de sus muros, tiempo para pensar, para decidir qué era lo que deseaba hacer. Pero aunque había meditado y meditado sobre ello, aún no sabía exactamente qué era lo que quería para sí mismo.

Recordó, una vez más, aquel día lluvioso de principios de primavera, cuando se había sentado ante un escritorio junto a las estanterías de la biblioteca. Ahora había olvidado lo que había estado haciendo allí... quizá simplemente permanecer sentado mientras leía un libro que al final habría devuelto a su estante. Pero recordaba con sorprendente claridad cómo, en un momento de ociosidad, había abierto el cajón del escritorio y había encontrado allí el pequeño montoncito de notas escritas sobre las guardas que habían sido arrancadas de libros, escritas a mano con una letra pequeña y apretada, avara de espacio. Recordó que se había quedado sentado allá, helado por la sorpresa, porque no había ningún error respecto a aquella apretada y ahorradora escritura. Había leído la historia de Wilson una y otra y otra vez, extrañamente fascinado por ella, y no había habido ninguna duda en su mente,

ni la más ligera cuestión, acerca de que aquellas eran las notas de Wilson, depositadas allí, en el cajón de aquel escritorio, aguardando a ser descubiertas un milenio después de haber sido escritas.

Las había sacado del cajón con manos temblorosas y las había depositado reverentemente sobre el escritorio. Las leyó con lentitud a la desvaneciente luz del lluvioso atardecer, y había en ellas mucho material que reconoció, material que finalmente había hallado su camino a la historia. Pero había una página de notas —en realidad una página y media— que no había sido utilizada, un mito tan escandaloso que finalmente Wilson debió decidir que no debía ser incluido, un mito del cual Cushing jamás había oído hablar y del cual, según averiguó más tarde tras cautelosas indagaciones, nadie más había oído hablar tampoco.

Las notas hablaban de un Lugar de Ir a las Estrellas, localizado en algún sitio al oeste, aunque no había más referencias respecto a su localización... simplemente «al oeste». Todo sonaba horriblemente confuso y, a decir verdad, tenía más aspecto de mito que de realidad...; era demasiado fantástico como para ser cierto. Pero de todos modos, a partir de aquella tarde lluviosa, la fantasía de todo aquello no había dejado de atormentar a Cushing, y no dejaría de hacerlo nunca.

Al otro lado de la amplia turbulencia del río, los riscos se alzaban escarpados sobre el agua, rematados por una densa arboleda. El río emitía sorbientes sonidos en su discurrir, un apresurado fluir que lo arrastraba todo consigo, y bajo los sorbientes sonidos había un retumbar de fuerza que lo barría todo a su paso. Era algo poderoso el río, algo en cierto modo consciente y celoso de su poder, tendiéndose y tomando todo lo que podía alcanzar... un trozo de madera a la deriva, una hoja, un cubo de gorgojos de la patata, o un ser humano, si podía atraparlo. Mirándolo, Cushing se estremeció ante su amenaza, aunque no había nada que le hiciera sentir la existencia de esa amenaza. Se sentía tan en su casa allí junto al río como se había sentido en los bosques. Aquella sensación de amenaza, lo sabía muy bien, residía tan sólo en su actual estado de debilidad, nacido de una vaga indecisión e incertidumbre.

Wilson, pensó... De no ser por aquella página y media de las notas de Wilson, no hubiera sentido nada de aquello. ¿O sí? ¿Eran tan sólo las notas de Wilson, o había también la necesidad de escapar de aquellos muros, regresar a la libertad sin trabas de los bosques?

Estaba obsesionado con Wilson, se dijo furiosamente a sí mismo. Desde el día en que había leído por primera vez la historia, el hombre se había alojado dentro de su mente y nunca se iría ya de allí.

¿Cuál había sido la escena con Wilson, se preguntó, aquel día de hacía al menos un millar de años, cuando se sentó por primera vez para escribir su historia, obsesionado por sus reconocidas insuficiencias? ¿Habrían susurrado al viento las hojas, al otro lado de la ventana? ¿Habría goteado la vela (porque en su imaginación siempre se escribía a la luz de una vela)? ¿Habría habido afuera una lechuza, mirando despectivamente con sus fijos ojos la tarea que el hombre se había impuesto?

¿Cuál había sido la escena con Wilson, aquella noche en el distante pasado?

«Debo escribirlo claramente —se dijo a sí mismo Wilson—, a fin de que en los años venideros todos quienes lo deseen puedan leerlo. Tengo que redactarlo con claridad y escribirlo con letra legible, y lo que es más importante, debo utilizar una letra pequeña, porque tengo poco papel.

»Me gustaría —pensó— disponer de más cosas sobre las que basarme, tener más hechos reales, que el contenido de mitos fuera menor, pero debo consolarme con el pensamiento de que los historiadores del pasado se basaron también en mitos, reconociendo que, puesto que es posible que sean la romantización e idealización de algunos tipos de hechos, los mitos tienen que basarse, por definición, en algunos sucesos ocurridos realmente y luego perdidos.»

La llama de la vela osciló con la ráfaga de viento que penetró por la ventana. En un árbol del exterior, una lechuza de ahuecado plumaje lanzó un estremecido grito.

Wilson mojó la pluma de ave en la tinta y escribió, pegado a la parte superior de la página, para aprovechar mejor el papel:

*Un relato de las alteraciones que condujeron al fin  
de la primera civilización humana (siempre con la  
esperanza de que haya una segunda, porque  
lo que tenemos ahora no es civilización,  
sino una anarquía).*

*Escrito por Hiram Wilson, de la Universidad de Minnesota,  
en las orillas del río Mississippi, este relato empieza  
el primer día de octubre del año 2952.*

Dejó la pluma de ave a un lado y leyó lo que había escrito. Insatisfecho, añadió otro párrafo:

*Compuesto de hechos reunidos a partir de libros aún  
existentes fechados en días anteriores, de evidencias  
recogidas de oído y transmitidas de boca en boca  
de los Días Turbulentos, y de antiguos mitos  
y folklore cuidadosamente examinados  
en busca de aquellos núcleos de verdad  
que puedan contener.*

«Al menos, eso es honesto —pensó—. Pondré en guardia al lector de que puede haber errores, pero dándole la seguridad de que he trabajado en busca de la verdad de la mejor forma que me ha sido posible.

Tomó de nuevo la pluma de ave y escribió:

*No hay la menor duda de que hubo un tiempo, quizá hace quinientos años,  
en que la Tierra era poseedora de una intrincada y sofisticada civilización  
tecnológica. De todo ello no queda nada operativo. Las máquinas y la  
tecnología fueron destruidas, quizá en el lapso de unos pocos meses. Y no sólo  
eso, sino que, al menos en esta universidad, y suponemos que también en  
otros lados, toda o la mayor parte de la mención literaria de la tecnología fue  
igualmente destruida. Aquí, he podido comprobarlo, todos los textos  
tecnológicos han desaparecido, y en muchas ocasiones las alusiones a la*

tecnología contenidas en otros libros, no técnicos en su naturaleza, han sido eliminadas por el simple procedimiento de arrancar las páginas. Lo que queda del mundo impreso relativo a la tecnología y a la ciencia es tan sólo de naturaleza general, y puede relacionarse con una tecnología que en el momento de la destrucción estaba considerada tan desfasada que parecía no constituir ninguna amenaza para la supervivencia. A partir de esas alusiones que han quedado podemos conseguir un atisbo de cuál podía ser la situación, pero no tenemos la información suficiente como para percibir todo el alcance de la antigua tecnología ni su impacto sobre la cultura. Viejos mapas del campus muestran que hubo un tiempo en el que existían varios edificios que estaban dedicados a la enseñanza de tecnología e ingeniería. Ahora esos edificios han desaparecido. Hay una leyenda relativa a que las piedras con las que estaban contruidos esos edificios fueron utilizadas para erigir el muro defensivo que ahora rodea el campus.

Lo absoluto de la destrucción y el modo aparentemente metódico en que fue realizada indican una rabia irrazonable y un arraigado fanatismo. Buscando una causa, la primera reacción es concluir que surgió a través de una rabia nacida de un odio hacia lo que la tecnología había traído consigo... el agotamiento de recursos no renovables, la polución del medio ambiente, la pérdida de trabajos, que dio como resultado un desempleo masivo. Pero este tipo de razonamiento, una vez examinado, parece demasiado simplista. Un análisis más profundo permite suponer que el agravio básico que desencadenó la destrucción se basaba en el sistema social, económico y político que la tecnología había fomentado.

Una sociedad tecnológica, para ser utilizada plenamente, requiere grandes magnitudes... grandes magnitudes en la estructura social, en el gobierno, en las finanzas y en las áreas de servicios. Las grandes magnitudes, siempre que sean manejables, ofrecen muchas ventajas, pero en un determinado estadio de su crecimiento, se vuelven ingobernables. Aproximadamente en el momento en que las grandes magnitudes adquieren ese tamaño crítico donde tienden a hacerse ingobernables, desarrollan también la capacidad de adquirir su propio impulso y, en consecuencia, se vuelven aún más fuera de control. Una vez fuera de control, los fallos y los errores se deslizan dentro de su operativa y quedan muy pocas posibilidades de corrección. Sin corrección, los fallos y errores se perpetúan y se realimentan para crear mayores fallos y aún mayores errores. Eso ocurre no sólo en las propias máquinas, sino también en la cumbre de las estructuras gubernamentales y financieras. Los directivos humanos pueden darse cuenta de lo que está ocurriendo, pero son impotentes de enfrentarse a ello. Para entonces las máquinas ya están actuando fuera de control y arrastrando consigo las complicadas estructuras sociales y económicas que han hecho no sólo posibles, sino también necesarias. Mucho antes del derrumbe final, cuando los sistemas fallaron, debió de producirse una marea ascendente de rabia en todo el país. Cuando finalmente llegó el derrumbe, la rabia debió de cristalizar en una orgía de destrucción, una urgencia de barrer completamente los sistemas y la tecnología que habían fallado, de tal modo que no pudieran ser vueltos a usar de nuevo. Cuando esta rabia hubo terminado su trabajo, no sólo las máquinas resultaron destruidas, sino también el concepto en sí de tecnología. Que el trabajo de destrucción pudo haber sido de alguna forma mal dirigido es indudable, pero debe tenerse en cuenta que la destrucción debió de ser realizada por fanáticos. Una de las



características del fanático es que necesita disponer de un blanco contra el cual dirigir su rabia. La tecnología, o al menos las evidencias externas de ella, debían de ser no solamente muy visibles, sino también satisfactorias. Inevitablemente, una máquina debe permanecer pasiva y aceptarla. No tiene posibilidad de devolver el golpe.

El que los antiguos textos y grabaciones relativos a la tecnología fueran destruidos junto con las máquinas, pero tan sólo los libros o las partes de ellos que estaban directamente relacionados con la tecnología, indica que el único blanco era ésta... que los destructores no ponían ninguna objeción a los libros o a la enseñanza como tales. Puede incluso argumentarse que es posible que sintieran un alto respeto hacia los libros, puesto que ni siquiera en el calor de su rabia dañaron ninguno de aquellos que no estaban directamente relacionados con la tecnología.

Uno se estremece al pensar en la terrible y persistente rabia que debió irse acumulando hasta el punto de hacer posible que se produjera todo esto. La miseria y el caos que debieron resultar de esta deliberada destrucción de una forma de vida que la humanidad había edificado tan laboriosamente a lo largo de siglos de esfuerzos es imposible de imaginar. Miles de personas debieron morir en la violencia que acompañó a esa destrucción, y otros miles más tarde a resultas de otras formas menos violentas de muerte. Todo aquello en lo que había confiado la humanidad quedaba desenraizado. La anarquía reemplazó a la ley y al orden. Las comunicaciones fueron tan absolutamente borradas que un municipio apenas sabía lo que estaba ocurriendo en el municipio vecino. El complejo sistema de distribución quedó inmovilizado, y hubo hambre más allá de lo imaginable. Los sistemas y las redes de energía fueron destruidos, y el mundo volvió a la oscuridad. Los servicios médicos se vieron impedidos. Las epidemias barrieron el país. Únicamente podemos imaginar lo que ocurrió, puesto que no queda ningún registro de ello. En el día de hoy, nuestra imaginación fracasa al intentar concebir la totalidad del horror. Desde donde nos hallamos ahora, lo que ocurrió se nos aparece como el resultado de una locura antes que de la simple rabia, pero incluso así, debemos darnos cuenta de que tuvo que haber —tuvo que haber— una apariencia de razón para aquella locura.

Cuando la situación se estabilizó —si podemos imaginar algo como la estabilidad a continuación de una catástrofe como aquella—, tan sólo podemos especular acerca de lo que un observador podría encontrar. Tenemos unos pocos indicios surgidos de las actuales circunstancias. Podemos ver las líneas generales, pero eso es todo. En algunas zonas, grupos de granjeros formaron comunidades, defendiendo sus terrenos de cultivo y sus cosechas con la fuerza de las armas contra las hambrientas turbas asaltantes. Las ciudades se volvieron junglas en las cuales las bandas saqueadoras luchaban las unas contra las otras por el privilegio del botín. Quizá entonces, como ahora, los señores de la guerra locales intentaron crear casas gobernantes, luchando contra otros señores de la guerra y, como ahora, sucumbiendo uno tras otro. En un mundo así —y eso es cierto hoy como lo era entonces—, no le resulta posible a ningún hombre ni grupo de hombres conseguir una base de poder que le sirva para edificar un gobierno estable.

Lo más parecido de lo que tenemos noticia a la consecución de algún tipo de orden social estable y duradero es esta universidad. Se desconoce exactamente cómo llegó a formarse este centro de relativo orden en estas

*pocas hectáreas. Lo que, una vez establecido ese orden, hubo que soportar queda explicado por el hecho de que siempre hemos estado completamente a la defensiva, sin haber intentado en ningún momento extender nuestros dominios o imponer nuestra voluntad, dispuestos a dejar a todos los demás solos si ellos nos devolvían el favor.*

*Gran parte de la gente que vive más allá de nuestros muros puede que nos odie, otros nos despreciarán como a unos cobardes que se esconden detrás de sus muros, pero hay algunos, estoy seguro de ello, para quienes esta universidad se ha convertido en un misterio y quizá una magia, y es posible que sea por esa razón por la cual en los últimos cien años o más hemos sido dejados solos.*

*El talante de las comunidades y de su entorno intelectual dictó sus reacciones a una situación tal como la destrucción de una sociedad tecnológica. La mayor parte debió reaccionar con rabia, desesperación y miedo, tomando una visión a corto plazo de la situación. Unos pocos, quizá muy pocos, se sintieron inclinados a aceptar una visión a largo plazo. En una comunidad universitaria la inclinación fue a aceptar una visión a largo plazo, tomando en consideración no tanto el momento presente como el impacto del momento a diez años del presente, o quizá a un siglo en el futuro. Una universidad o comunidad universitaria, bajo las condiciones que existían antes de que llegara la destrucción, debió constituir un grupo unido, quizá mucho más unido de lo que muchos de sus miembros estarían dispuestos a admitir. Todos debían sentirse inclinados a considerarse a sí mismos como profundos individualistas, pero cuando se produjo el desmoronamiento, muchos debieron llegar a la conclusión de que por debajo de todos los ilusorios individualismos yacía una línea común de pensamiento. En vez de echar a correr y esconderse, como hubiera sido el caso con aquellos que aceptaron la visión a corto plazo, una comunidad universitaria debió darse pronto cuenta de que el mejor camino era permanecer donde estaban e intentar, en medio del caos, formar un orden social basado tanto como fuera posible en los valores tradicionales que las instituciones de enseñanza superior habían mantenido a lo largo de los años. Pequeñas áreas de seguridad y cordura, debieron recordarse a sí mismos, que habían persistido históricamente en otros tiempos de turbulencia. La mayor parte de ellos, cuando pensaron en esto, debieron recordar los monasterios que habían existido como islas de tranquilidad durante los tiempos de la Edad Media europea. Naturalmente, hubo también sin duda algunos que hablaron altivamente de mantener alta la antorcha del conocimiento mientras la noche caía sobre el resto de la humanidad, y debieron existir incluso los que sinceramente creían en aquello que estaban diciendo. Pero, en su mayoría, la decisión debió ser generalmente aceptada como un simple asunto de supervivencia... la selección de un esquema que contenía buenas posibilidades de supervivencia.*

*Incluso aquí, debió producirse un período de tensión y confusión durante aquellos primeros años, cuando las fuerzas destructivas estaban arrasando los centros científicos y tecnológicos de los campus y revisando los libros en las bibliotecas, para eliminar de ellos cualquier mención significativa a la tecnología. Puede incluso que en el acalorado entusiasmo de la destrucción algunos miembros de la facultad asociados con las odiadas instituciones hallaran la muerte. Hasta se me ocurre el pensamiento de que algunos otros miembros de la facultad pueden haber jugado incluso un papel en la*

destrucción. Por reluctant que se sienta uno a pensar en ello, hay que reconocer que en ese antiguo cuerpo universitario, intensos y dedicados hombres y mujeres fueron acumulando animosidades mutuas, basadas en conflictos de principios y creencias, a veces realzadas incluso por fuertes personalidades.

Una vez se hubo producido la destrucción, sin embargo, la comunidad universitaria, o lo que quedaba de ella, debió apiñarse de nuevo, enterrando todas las antiguas diferencias que pudieran existir aún, y poner en marcha el trabajo de establecer un enclave que permaneciera apartado del resto del mundo, destinado a conservar al menos una cierta parte de la cordura humana. Los tiempos debieron ser peligrosos durante muchos años, mientras el muro protector iba siendo edificado en torno a aquel pequeño segmento de lo que había sido en otras épocas el campus. La construcción del muro debió ser una tarea larga y difícil, pero sin duda de ella surgió un liderazgo lo suficientemente efectivo como para asegurar que el trabajo se realizara. La universidad, durante ese período, fue probablemente el blanco de muchas incursiones esporádicas, aunque sin duda alguna el intenso saqueo de la ciudad al otro lado del río y de la otra ciudad al este debieron distraer buena parte de la presión sobre el campus. El contenido de los almacenes, las tiendas, las casas de las ciudades, era probablemente mucho más atractivo que cualquier cosa que el campus pudiera ofrecer.

Puesto que no hay comunicaciones con el mundo fuera del muro, y que todas las noticias que obtenemos proceden de los relatos contados por los ocasionales viajeros, no podemos pretender saber lo que puede estar ocurriendo en ningún lugar más que aquí. Pueden estar produciéndose muchos acontecimientos de los cuales no sabemos nada. Pero en la pequeña zona que conocemos, o de la que poseemos algún conocimiento fragmentario, el nivel más alto de organización social parece ser la tribu, o esas comunas agrícolas con una de las cuales hemos establecido unas rudimentarias relaciones comerciales. Inmediatamente al este y al oeste de nosotros, en lo que en otro tiempo fueron hermosas y agradables ciudades, ahora en su totalidad convertidas en ruinas, hay varias tribus que llevan una precaria existencia de lo que obtienen de la tierra y guerrear ocasionalmente entre sí a causa de ofensas imaginarias o para conseguir algún territorio codiciado (aunque sólo Dios sabe codiciado por qué), o simplemente por la ilusoria gloria que puede conseguirse en combate. Al norte hay una comuna agrícola o quizá una docena de familias con las cuales hemos efectuado tratos comerciales, y sus productos sirven para aumentar nuestra provisión de vegetales cultivados en nuestros huertos y nuestros sembrados de patatas. A cambio de su comida, les pagamos con chucherías —abalorios, joyas precariamente construidas, artículos de piel—, que ellos, en su simpleza, se sienten ávidos por poseer para su adorno personal. A tal extremo hemos caído... a que una universidad antes orgullosa de sí misma deba manufacturar y comerciar chucherías a cambio de comida.

Hubo un tiempo en el que grupos familiares se encerraron en pequeñas haciendas, ocultándose del mundo. La mayor parte de esas haciendas ya no existen, por haber sido destruidas o por haberse visto obligados sus miembros a unirse a una tribu por la protección que ésta les ofrecía. Y siempre han existido los nómadas, las vagabundas bandas errantes con su ganado y sus caballos, enviando a veces avanzadillas guerreras para dedicarse al saqueo,

*aunque en la actualidad muy poco queda ya por saquear. Tal es el estado del mundo con el que estamos familiarizados; tal es nuestro propio estado, y por muy lamentable que sea, en ciertos aspectos estamos mucho mejor que la mayoría.*

*En un cierto pequeño grado mantenemos viva la llama del saber. Enseñamos a nuestros hijos a leer y escribir y calcular. Aquellos que lo desean pueden incluso obtener una cultura rudimentaria adicional, y hay libros que leer, por supuesto, toneladas de libros, y a través de su lectura muchos miembros de la comunidad están bastante bien informados. Leer y escribir son habilidades que muy pocos hoy en día poseen, puesto que incluso esos talentos básicos se han perdido a causa de la falta de alguien que los enseñe. Ocasionalmente, acuden algunas pocas personas que se abren camino hasta nosotros para obtener la poca educación que nosotros podemos ofrecerles, pero no son muchos, porque aparentemente eso no está muy bien considerado. Algunos de esos que acuden se quedan con nosotros, y así añadimos una cierta diversidad a nuestra base genética, una diversidad de la que seguimos estando necesitados. Es posible que algunos de los que acuden a nosotros, profesando un deseo de educación, acudan en realidad buscando la seguridad de nuestros muros, huyendo de la brutal justicia de sus compañeros. Eso a nosotros no nos importa; los aceptamos. Mientras acudan en paz y mantengan la paz una vez estén aquí, son bienvenidos.*

*Cualquiera con una cierta visión, sin embargo, debería ser capaz de ver que hemos perdido mucho de nuestra efectividad como institución educativa. Podemos enseñar las cosas sencillas, pero desde la segunda generación del establecimiento del enclave, no hay aquí nadie cualificado para enseñar nada que se parezca a la educación superior. No tenemos profesores de física o química, de filosofía o psicología, de medicina o de otras muchas disciplinas. Y aunque los tuviéramos, serían muy poco necesarios. ¿Quién en este entorno necesita la física o la química? ¿Cuál es la utilidad de la medicina si no pueden conseguirse medicamentos, si no existe equipamiento para la terapia o la cirugía?*

*A menudo hemos especulado ociosamente entre nosotros acerca de si pueden existir aún otras escuelas o universidades, de la misma forma que existimos nosotros. Esta posibilidad parece razonable, aunque no hemos oído nunca nada que la confirme. Ninguna de ellas ha intentado nunca ponerse en contacto con nosotros. Por nuestra parte, nosotros tampoco hemos intentado nada parecido, por miedo a hacer una peligrosa publicidad de nuestra presencia.*

*En libros que he leído he encontrado muchas consideradas y lógicas profecías acerca de que una catástrofe como la que se predijo iba a producirse. Pero, en todos los casos, la causa era atribuida a la guerra. Armadas con incalculables medios de destrucción, las grandes potencias de esos viejos días poseían la capacidad de aniquilarse las unas a las otras (y, en un sentido más pequeño, al mundo) en unas pocas horas. Esto, sin embargo, no llegó a producirse. No hay ninguna evidencia de los estragos de una guerra, y no hay leyendas que hablen de una tal guerra.*

*Por todas las indicaciones que poseemos hasta la fecha, el colapso de la civilización se produjo a causa de la indignación parparte de lo que debió ser una porción sustancial de la población contra el tipo de mundo que la tecnología había creado, aunque esa indignación, en la mayor parte de los*

Dwight Cleveland Montrose era un hombre ágil y delgado, con un rostro curtido como el cuero, cuyo moreno contrastaba con el blanco de nieve de su pelo, el cerdoso gris de su bigote, y las gruesas cejas, que eran signos de exclamación sobre sus brillantes ojos de un azul muy claro. Permaneció sentado rígido en su silla, mientras apartaba el plato de la cena, que había rebañado escrupulosamente. Se secó el bigote con una servilleta y se retiró ligeramente de la mesa.

—¿Cómo fueron hoy las patatas? —preguntó.

—He terminado de cavarlas —dijo Cushing—. Creo que es la última vez. Ya podemos dejarlas. Ni siquiera la maldición de una sequía podrá hacerles mucho daño ahora.

—Trabajas demasiado —dijo Nancy—. Más de lo que deberías.

Era una mujer vivaz, con un aspecto como de pájaro, arrugada por los años, un manojo de mujer con un rostro todo dulzura. Miró afectuosamente a Cushing a la luz de la vela.

—Me gusta trabajar —dijo él—. Disfruto con ello. Y también me siento un poco orgulloso, quizá. Otra gente puede hacer otras cosas. Yo cultivo buenas patatas.

—Y ahora —dijo Monty bruscamente, peinándose el bigote— supongo que te marcharás.

—¡Marcharme!

—Tom —dijo el hombre—, ¿cuánto tiempo llevas con nosotros? Seis años, ¿verdad?

—Cinco años —dijo Cushing—. Hizo cinco años el mes pasado.

—Cinco años —repitió Monty—. Cinco años. Es lo suficiente como para que te conozcamos. Con lo cerca que hemos estado los unos de los otros, lo suficiente como para que te conozcamos. Y durante los últimos meses, has estado nervioso como un gato. Nunca te he preguntado por qué. Nosotros, Nancy y yo, nunca te hemos preguntado por qué. Sobre nada en absoluto.

—No, nunca lo hicisteis —dijo Cushing—. Y sin duda hubo ocasiones en que fui una molestia...

—Nunca una molestia —dijo Monty—. No señor, nunca eso. Teníamos un hijo, ya sabes...

—Estuvo muy poco con nosotros —intervino Nancy—. Seis años. Eso fue todo. Si hubiera vivido, tendría la misma edad que tú tienes ahora.

—Sarampión —dijo Monty—. Sarampión, por el amor de Dios. Hubo un tiempo en que los hombres sabían cómo luchar contra el sarampión, cómo prevenirlo. Hubo un tiempo en que el sarampión era algo de lo que casi nadie había oído hablar.

—Hubo otros dieciséis —dijo Nancy, recordando—. Diecisiete, con John. Todos con sarampión. Fue un invierno terrible. El peor que hayamos conocido nunca.—Lo siento —musitó Cushing.

—Ahora el dolor ya ha pasado —dijo Monty—. El dolor superficial, quiero decir. Hay un dolor mucho más profundo que estará con nosotros todo el resto de nuestras vidas. Hablamos muy raramente de ello porque no queremos que

tú pienses que ocupas su lugar, que eres su sustituto, que te queremos a causa de él.

—Te queremos —aclaró Nancy, hablando suavemente— porque eres Thomas Cushing. Nadie excepto tú mismo. Sentimos menos dolor, creo, a causa de ti. Algo del dolor de antes ha desaparecido a causa de ti. Tom, te debemos más de lo que podemos decirte.

—Te debemos lo bastante —dijo Monty— como para hablarte tal como lo hacemos ahora..., una extraña forma de hablar, ciertamente. Se nos estaba haciendo intolerable, ¿sabes? Tú sin decirnos nada debido a que pensabas que no comprenderíamos, ocultándonoslo a causa de una mal entendida lealtad. Y nosotros sabiendo por las cosas que hacías y la forma en que actuabas lo que tenías en mente y sin embargo viéndonos obligados a disimular porque creíamos que no debíamos ser nosotros quienes pusiéramos al descubierto lo que tú estabas pensando. Temíamos que si decíamos algo al respecto, tú pudieras pensar que deseábamos que te fueras, y tú sabes perfectamente bien que nunca deseábamos algo así. Pero esta tontería ha durado ya lo suficiente, y ahora creemos que debemos decirte que sentimos el bastante afecto hacia ti como para dejarte marchar si crees de veras que tienes que hacerlo, o si simplemente deseas hacerlo. Si debes marcharte, no queremos que lo hagas con una sensación de culpabilidad, creyendo que huyes de nosotros. Te hemos estado observando estos últimos meses, viendo que querías decirnoslo, pero sin atreverte a hacerlo. Nervioso como un gato. Con todo tu cuerpo hormigueando de ansias de libertad.

—No es cierto —objetó Cushing—. No siento ningún hormigueo de ansias de libertad.

—Es ese Lugar de Ir a las Estrellas —dijo Monty—. Supongo que es eso. Si fuera más joven, creo que yo también iría. De todos modos, no estoy seguro de que pudiera obligarme a mí mismo a ir. Creo que a lo largo de los siglos, nosotros, los de esta universidad, nos hemos vuelto agorafóbicos. Todos nosotros hemos permanecido demasiado tiempo encerrados en este campus, y ahora ninguno pensaría jamás en la posibilidad de ir a ningún sitio.

—¿Acaso intentas decirme —preguntó Cushing— que crees que es posible que haya algo en todo ese asunto del que Wilson escribió en sus notas... que puede existir un Lugar de Ir a las Estrellas?

—No lo sé —dijo Monty—. Nunca me atrevería a expresar una opinión al respecto. Desde el momento en que me mostraste las notas y me hablaste de que tú las habías encontrado, he estado pensando en ello. No sólo pensamientos ensimismados y románticos acerca de lo excitante que podía llegar a ser si realmente existiera ese lugar, sino intentando sopesar los factores que podían hacer que una situación así fuera cierta o falsa, y me veo obligado a decirte que creo que puede ser posible. Sabemos que los hombres viajaron al sistema solar. Sabemos que llegaron a la Luna y a Marte. Y a la luz de eso, debemos preguntarnos si se conformaron con solamente la Luna y Marte. No creo que se sintieran satisfechos con ello. Teniendo la posibilidad, debieron abandonar el sistema solar. Teniendo el tiempo, debieron conseguir esa posibilidad. No poseemos ningún indicio de que consiguieran esa posibilidad, debido a que los últimos centenares de años antes del Colapso están ocultos para nosotros. Son esos centenares de años los que fueron extirpados de los libros. La gente que inició el Colapso deseaba borrar todos los recuerdos de esos pocos siglos, y no tenemos manera de saber lo que

pudo haber ocurrido durante aquel largo espacio de tiempo. Pero a juzgar por los progresos que el hombre había hecho durante esos años que conocemos, los que quedaron para que nosotros pudiéramos leerlos, me parece casi completamente seguro que el hombre debió conseguir la posibilidad de alcanzar el espacio profundo.

—Habíamos confiado tanto en que te quedaras con nosotros —dijo Nancy—. Pensamos que tal vez se tratara solamente de un capricho pasajero, y que al cabo de un cierto tiempo lo olvidarías. Pero ahora nos resulta evidente que nunca lo olvidarás. Monty y yo hemos hablado de ello, no una vez, sino muchas veces. Finalmente nos convencimos de que por alguna razón compulsiva tú deseabas marcharte.

—Hay algo que me preocupa —dijo Cushing—. Tenéis razón, por supuesto. He estado intentando reunir todo mi valor para decíroslo. He intentado alejarme de ello, pero cada vez que decidía no ir, había algo en mí que me decía que tenía que ir. Lo que me preocupa es que no sé qué es. Me digo a mí mismo que es el Lugar de Ir a las Estrellas y luego me pregunto si, muy en el fondo, puede ser alguna otra cosa. ¿Es, me pregunto a mí mismo, la sangre de lobo que hay aún en mí? Durante tres años, antes de que llamara a la puerta de la universidad, fui un vagabundo de los bosques. Creo que os lo dije.

—Sí —convino Monty—. Sí, nos hablaste de eso.

—Pero nada más —prosiguió Cushing—. Vosotros nunca preguntasteis. Ninguno de vosotros preguntó nunca. Ahora me pregunto por qué nunca os lo dije.

—No necesitas decírnoslo ahora —murmuró Nancy suavemente—. No necesitamos saberlo.

—Pero ahora siento necesidad de decíroslo —afirmó Cushing—. La historia es corta. Éramos tres: mi madre y mi abuelo, el padre de mi madre, y yo. Mi padre también, pero no lo recuerdo. Quizá tan sólo un poco. Un hombre grande con unas patillas negras que me hacían cosquillas cuando me besaba.

No había pensado en ello desde hacía años, no había pensado realmente en ello, obligándose a sí mismo a no pensar en ello, pero ahora, muy repentinamente, lo vio tan claro como el día. Una pequeña quebrada que discurría alejándose del Mississippi, en aquella tierra de entremezcladas colinas que estaba a una semana de marcha hacia el sur. Un pequeño arroyuelo de lecho arenoso discurría por entre las estrechas praderas encajonadas entre los riscos de empinadas laderas, alimentado por un caudaloso manantial que brotaba de la piedra arenisca al principio de la quebrada, allá donde las colinas se juntaban. Junto al manantial estaba la casa... una pequeña casa gris con la vejez en sus maderos, un suave gris que se mezclaba con la sombra de las colinas y los árboles de tal modo que no era distinguible, si uno no sabía que estaba allí, hasta que tropezaba con ella. A corta distancia había otros dos pequeños edificios grises tan difíciles de ver como la propia casa... un ruinoso establo que albergaba a dos relinchantes caballos, tres vacas y un toro, y el gallinero, que también se caía a pedazos. Detrás de la casa había un huerto y un campo de patatas; y un poco más arriba en la ladera del valle que formaba un ángulo de la quebrada, un pequeño campo de maíz.

Allí había vivido durante sus primeros dieciséis años, y durante todo aquel tiempo no recordaba a más de una docena de personas que hubieran acudido a visitarles. No eran vecinos, y el lugar estaba apartado del camino de las tribus

errantes que recorrían arriba y abajo el valle del río. La boca de la quebrada era tan sólo una de las muchas bocas de gran cantidad de otras quebradas similares, y una de las pequeñas, y no llamaba la atención a nadie que pudiera pasar ante ella. Había sido un lugar tranquilo, adormecido a lo largo de los años, pero lleno de color, con gran cantidad de manzanos y ciruelos silvestres y cerezos floreciendo alegremente cada primavera. Y de nuevo cada otoño los robles y los arces llameaban con alegres fuegos de brillantes rojos y amarillos. A veces las colinas estaban cubiertas de hepáticas, violetas, dientes de perro, minutas, sanguinarias, claytonias y amarillos chapines de Venus. Se podía pescar en el arroyo, y también se podía pescar en el río si a uno no le importaba ir hasta tan lejos a buscar los peces. Pero él normalmente pescaba en el arroyo, donde podía atrapar, sin demasiado esfuerzo, la pequeña y deliciosa trucha de arroyo. Había ardillas y conejos para echar a la olla y, si uno sabía moverse lo bastante silencioso y tirar al arco con la suficiente precisión, urogallos americanos y quizá incluso alguna codorniz, aunque las codornices eran pequeñas y rápidas y un blanco difícil para el arco. Pero Thomas Cushing, a veces, había traído una codorniz a casa. Había utilizado el arco y las flechas desde el momento en que había sido lo suficientemente mayor como para sostenerse sobre sus pies, tras aprender su uso de su abuelo, que era un maestro con él. Al llegar el otoño los mapaches bajaban de las colinas para saquear el campo de maíz, y aunque daban cuenta de una parte de la cosecha, la pagaban cara, proporcionando en carne y pieles un valor superior al del maíz que se llevaban. Porque siempre había habido perros en la casa, a veces tan sólo uno o dos, a veces más; y cuando los mapaches bajaban en sus incursiones, Tom y su abuelo salían con los perros, que perseguían a los mapaches y los atrapaban o los acorralaban o los hacían trepar a los árboles. Cuando ocurría esto último, Tom trepaba también al árbol en cuestión, con el arco en una mano y dos flechas entre los dientes, subiendo lentamente, buscando al mapache, aferrado a alguna rama en algún lugar sobre él y silueteado contra el cielo nocturno. Subía sigilosamente y disparaba también sigilosamente, apoyándose contra el tronco del árbol para disparar. A veces el mapache escapaba, pero a veces no.

Era a su abuelo a quien ahora parecía que podía recordar mejor —siempre un hombre corpulento, con el pelo y la barba entrecanos, afilada nariz, ojos pequeños y sesgados—, porque era un hombre rudo, pero nunca había sido rudo con Tom. Era viejo y arisco y rudo, pero era un hombre que conocía los bosques y las colinas y el río. Un hombre profano que maldecía con amargura sus dolientes articulaciones artríticas, que maldecía el inevitable destino de ir haciéndose viejo, que no soportaba la estupidez y la arrogancia excepto su propia estupidez y su arrogancia. Un fanático en lo que se refería a herramientas y armas y animales domésticos. Aunque un caballo podía recibir todo tipo de maldiciones, jamás era azotado, jamás era maltratado, siempre era bien cuidado... porque un caballo podía ser difícil de reemplazar. Podía ser comprado, por supuesto, si uno sabía dónde ir; o robado, y robarlo, como regla, era más fácil que comprarlo, pero ambas cosas requerían mucho tiempo y esfuerzo, y había un cierto peligro en ellas. Las armas no podían usarse a la ligera. Uno no lanza una flecha inútilmente. La lanzas a un blanco para mejorar tu puntería; en la única otra circunstancia en que lanzas una flecha es cuando la lanzas para matar. Aprendías a usar un cuchillo de la forma en que debe ser usado, y cuidabas tus cuchillos, porque los cuchillos son difíciles de conseguir.



Lo mismo ocurría con las herramientas. Cuando terminabas de arar, limpiabas y pulías y engrasabas el arado y lo guardabas en el granero del establo, porque un arado debía ser protegido de la herrumbre...; era probable que tuviera que durar varias generaciones. Los arneses de los caballos eran aceitados y reparados y mantenidos en buen estado. Cuando terminabas de cavar y remover la tierra, lavabas y secabas la azada antes de guardarla. Cuando la siega estaba terminada la hoz era limpiada, afilada y untada con grasa y guardada cuidadosamente en su lugar. No podía haber descuidos ni olvidos. Era una forma de vivir. Hacer las cosas con lo que uno tenía, cuidar de ello, impedir su pérdida, utilizarlo correctamente, de modo que no sufriera ningún daño.

A su padre Tom sólo podía recordarlo vagamente. Siempre había creído que se había perdido, pues esa era la historia que le habían contado cuando fue lo suficientemente mayor como para comprender. Al parecer, sin embargo, nadie había llegado a saber nunca lo que le había ocurrido realmente. Un mañana de primavera, según la historia, había salido hacia el río con una caña de pescar en la mano y una bolsa colgada al hombro. Era el tiempo del desove de las carpas, que acudían a los bajíos y fangales del valle del río y a los lagos para fertilizar allí sus huevas. En el frenesí de la estación no había miedo ni cautela en ellas, y eran una presa fácil. Cada año, como aquel año, el padre de Tom iba al río cuando las carpas regresaban, a veces haciendo varios viajes, volviendo cada vez a casa inclinado por el peso de la abultada bolsa llena de carpas que colgaba de su hombro, utilizando el mango de la caña como un bastón para ayudarse en su camino. Llegado a casa, las carpas eran desescamadas y limpiadas, cortadas a filetes y ahumadas a fin de proporcionar comida para una buena parte de los meses de verano.

Pero aquella vez no regresó. A última hora de la tarde, la madre de Tom y el viejo abuelo salieron a buscarle, con Tom montado a horcajadas sobre los hombros de su abuelo. Regresaron ya entrada la noche, sin haber encontrado nada. Al día siguiente el abuelo salió de nuevo y esta vez encontró la caña, abandonada junto a un remanso poco profundo y con una carpa aún unida al anzuelo, y a poca distancia la bolsa, pero nada más. No había señales del padre de Tom, ninguna indicación de lo que le había ocurrido. Se había esfumado y no había la menor huella suya, y desde entonces no habían vuelto a saber nada de él.

La vida siguió en su mayor parte como antes, un poco más dura ahora puesto que eran menos para arrancarle la vida a la tierra. De todos modos, no se las arreglaron demasiado mal. Siempre había comida que llevarse a la boca y madera que quemar y pieles para curtir y fabricar con ellas ropas y calzado. Un caballo murió —más que nada de viejo—, y el abuelo desapareció y estuvo fuera diez días o más, y luego regresó con dos caballos. Nunca dijo cómo los había conseguido, y nadie se lo preguntó jamás. Sabían que debía haberlos robado, porque no se había llevado consigo nada que hubiera podido servirle para comprarlos. Eran jóvenes y fuertes, y era bueno que hubiera traído dos, ya que poco tiempo después el otro caballo viejo murió también, y se necesitaban dos caballos para arar los campos y los huertos, arrastrar la madera y cosechar el heno. Por aquel entonces, Tom ya era lo suficientemente mayor como para ayudar —diez años o así—, y una de las cosas que recordaba más vividamente era cuando ayudó a su abuelo a despellejar a los dos caballos muertos. Había sollozado durante toda la operación, intentando

ocultar sus sollozos a su abuelo, y más tarde, a solas, había llorado amargamente, porque sentía un gran cariño hacia aquellos caballos. Pero hubiera sido un gran desperdicio no utilizar sus pieles, y en su forma de vida jamás podía desperdiciarse nada.

Cuando Tom había cumplido los catorce años, su madre enfermó, durante un duro y terrible invierno en el que la nieve alcanzó alturas considerables y tormenta tras tormenta azotaron por entre las colinas. La habían llevado a la cama, jadeante, resollando a cada respiración. Los dos la cuidaron, el rudo e irascible viejo transformado en un dechado de ternura. Frotaron su garganta con grasa de ganso caliente, que guardaban en una botella en un armario para emergencias como aquella, y luego se la envolvieron con un precioso trozo de franela para ayudar a la grasa de ganso a que hiciera su trabajo. Pusieron ladrillos calientes a sus pies para mantenerla caliente, y el abuelo preparó un jarabe de cebollas en la cocina, manteniéndolo allí para que estuviera caliente en todo momento, y le hizo tomar el jarabe para aliviarle el dolor de garganta. Una noche, agotado de tanta vigilia, Tom se quedó dormido. Fue despertado por el viejo. «Muchacho —le dijo—, tu madre se ha ido». Y una vez dicho esto, el viejo se dio la vuelta para que Tom no pudiera ver sus lágrimas.

A la primera luz gris de la mañana, salieron y quitaron con las palas la nieve de debajo de un antiguo roble junto al cual siempre le había gustado sentarse a la madre de Tom, para contemplar la quebrada; luego hicieron un fuego para ablandar la tierra de modo que pudieran cavar una tumba. En la primavera, con mucho trabajo, habían acarreado tres enormes piedras, una a una, y las habían colocado sobre la tumba... para marcar su emplazamiento y para protegerla contra los lobos que, ahora que las heladas se habían fundido, podían intentar desenterrarla.

La vida prosiguió, aunque a Tom le pareció que algo había desaparecido de su abuelo. Seguía maldiciendo moderadamente, pero algo de aquel elocuente fuego ya no estaba en él. Pasaba más tiempo en la mecedora en el porche del que nunca antes había pasado. Tom hacía ahora la mayor parte del trabajo, con el viejo haraganeando a su alrededor. El abuelo parecía querer hablar constantemente, como si el hablar pudiera llenar el vacío que había caído sobre él. Hora tras hora, él y Tom hablaban, sentados en el porche, o cuando las noches se hacían más frías presagiando el invierno, sentados frente al llameante fuego. Era el abuelo quien hablaba casi todo el tiempo, extrayendo de sus casi ochenta años de vida relatos de acontecimientos que habían tenido lugar hacía muchos años, no todos ellos quizá enteramente ciertos, pero cada incidente muy probablemente basado en un acontecimiento real que tal vez pudiera ser interesante en sí mismo sin todos los aditamentos extra. La historia acerca de la vez en que había ido hacia el este y había matado a un oso gris herido por una flecha con sólo un cuchillo (una historia que Tom, incluso en sus años mozos, había aceptado con reservas); la historia de un clásico trato comercial acerca de un caballo en el cual (esta vez un cambio) el viejo había sido elegantemente engañado; la historia acerca del monstruoso barbo que había necesitado tres horas para sacar del agua; la historia acerca de la vez, en uno de sus fabulosos viajes, en que se vio mezclado en una corta guerra entre dos tribus sin ninguna razón aparente que pudiera explicarla, luchando simplemente por el placer de hacerlo; y la historia acerca de una universidad (fuera lo que fuese una universidad) muy lejos en el norte, rodeada por un muro y habitada por una curiosa gente que era denominada, un tanto

despectivamente, «intelectuales», aunque el viejo se apresuraba a admitir alegremente que no tenía ni la menor idea de lo que significaba «intelectual», aventurando la suposición de que aquellos que utilizaban el término no tenían tampoco la menor idea de su significado, sino que simplemente empleaban un término despectivo surgido del nebuloso y antiguo pasado. Escuchando a su abuelo en las largas tardes y noches, el muchacho empezó a ver a un hombre distinto, un hombre más joven, resplandeciendo a través de la rudeza del viejo. Viendo, quizá, que la aparente rudeza era muy poco más que una máscara que se había puesto como una defensa contra la vejez, que aparentemente consideraba como la última gran indignidad que un hombre se veía obligado a soportar.

Pero no por mucho tiempo más. El verano en que Tom cumplió dieciséis años, volvió a casa al mediodía de arar el campo de maíz para encontrar al viejo caído de su mecedora, tendido en el porche, sin sufrir ya más indignidad que la indignidad de la muerte, si la muerte puede ser considerada como una indignidad. Tom cavó la fosa y lo enterró debajo del mismo roble donde había sido enterrada su madre, y acarreó unas piedras, más pequeñas esta vez, porque él era el único que quedaba para arrastrarlas, y las apiló sobre la tumba.

—Creciste aprisa —dijo Monty.

—Sí —admitió Cushing—. Supongo que sí.

—Y entonces te fuiste a los bosques.

—No inmediatamente —dijo Cushing—. Estaban los animales. No podía marcharme y dejar a los animales. Son tuyos, así que dependen de ti. No puedes simplemente irte y abandonarlos. Había aquella familia de la que había oído hablar, en un cerro a unos quince kilómetros de distancia. Era un lugar inhóspito. Un pequeño arroyo a más de un kilómetro donde tenían que ir a buscar su agua. Una tierra pedregosa y amazotada, una arcilla difícil de trabajar. Se habían quedado allí porque había unas edificaciones que les proporcionaban abrigo y calor, pero no había mucho más. La casa se erguía allí al borde del cerro, barrida por todos los vientos. Las cosechas eran pobres, y estaban en un lugar donde cualquier banda errante podía verles. De modo que fui a ver a aquella familia e hicimos un trato. Ellos se hacían cargo de mi granja y animales, y la mitad de lo que prosperara me pertenecería, si prosperaba alguna vez y si yo volvía a reclamar mi derecho. Se trasladaron pues a la quebrada, y yo me fui. No podía seguir allí. Había demasiados recuerdos. Veía demasiada gente y oía demasiadas voces. Tenía que hacer algo que me mantuviera ocupado. Hubiera podido quedarme en la granja, por supuesto, y hubiera tenido trabajo que hacer, pero no el suficiente trabajo, y me preguntaría constantemente por qué lo hacía, y miraría las dos tumbas y no dejaría de pensar. No creo que razonara todo esto en aquel momento. Simplemente sabía que tenía que marcharme, pero antes de hacerlo tenía que asegurarme de que hubiera alguien que se hiciera cargo de los animales. Supongo que simplemente hubiera podido soltarlos, pero eso no hubiera sido correcto. Se hubieran preguntado qué había ocurrido. Estaban acostumbrados a la gente y en cierto modo contaban con ella. Se hubieran encontrado perdidos sin ella.

«Tampoco creo que llegara a pensar en lo que iba a hacer una vez me hubiera desembarazado de la granja. Simplemente tomé el camino hacia los bosques. Estaba bien entrenado para ellos. Conocía los bosques y los ríos.

Había crecido con ellos. Era una vida salvaje, libre, pero al principio me dejé arrastrar. Algo que me mantuviera ocupado, que pusiera kilómetros a mis espaldas. Pero finalmente me tranquilicé y me dejé llevar. No tenía ninguna responsabilidad. Podía ir a cualquier lado que quisiera, hacer lo que quisiera. Durante el transcurso del primer año me uní a otros dos vagabundos, jóvenes desgraciados como yo. Hicimos un buen equipo. Fuimos bastante al sur y vagamos un poco por aquí y por allá, luego desandamos el camino. Pasamos algún tiempo, una primavera y un verano, a lo largo del Ohio. Era un buen sitio para estar. Pero llegó el momento en que nos separamos. Yo deseaba ir al norte y los otros no. Yo había empezado a pensar en la historia que me había contado mi abuelo acerca de la universidad, y me sentía curioso. Por cosas que había ido recogiendo aquí y allá sabía que había un lugar donde uno podía aprender a leer y escribir, y pensé que esas podían ser cosas útiles. En una tribu allá al sur —en Alabama quizá, no puedo estar seguro— encontré a un hombre que sabía leer. Leía principalmente la Biblia y predicaba mucho. Pensé que sería algo estupendo el que yo pudiera hacer lo mismo, no leer la Biblia, ya lo entendéis, no predicar, sino ser capaz de leer.

—Suenas como si fuera una buena vida —dijo Monty—. La disfrutaste. Ayudó a borrar los recuerdos. En un cierto sentido los enterró; los ablandó, al menos.

Cushing asintió.

—Supongo que era una buena vida. Aún sigo pensando en ella y recordando lo buena que era, recordando sólo las cosas buenas. Aunque no todo era bueno.

—Y ahora quizá deseas ir de nuevo simplemente para comprobar lo buena que era. Para descubrir si era tan buena como la recuerdas. Y el Lugar de Ir a las Estrellas, por supuesto.

—El Lugar de Ir a las Estrellas —dijo Cushing— me ha estado obsesionando constantemente desde que encontré las notas de Wilson. No dejo de preguntarme a mí mismo: ¿y si existiera realmente un lugar así y nadie llegara a descubrirlo? —Entonces, ¿tienes intención de irte?

—Sí, creo que sí. Pero volveré. No voy a quedarme fuera para siempre. Solamente hasta que encuentre el Lugar o sepa que no puede ser encontrado.

—Tendrás que ir hacia el oeste. ¿Has ido alguna vez hacia el oeste?

Cushing agitó negativamente la cabeza.

—Es diferente de los bosques —dijo Monty—. Cuando has recorrido unos ciento cincuenta kilómetros o así, llegas a una pradera abierta. Tendrás que ir con cuidado. Recuerda que tenemos noticias de que hay algo agitando ahí afuera. Algún señor de la guerra uniendo algunas de las tribus y aguijoneándolas. Imagino que se encaminan hacia el este, aunque nadie sabe nunca lo que pasa por la cabeza de un nómada.

—Tendré cuidado —dijo Cushing.

## 5

El Equipo avanzaba por el bulevar, como hacían cada mañana. Era su momento de reflexión, de absorción y clasificación de todo lo que habían aprendido o captado o adquirido de alguna otra forma el día anterior.

El cielo estaba limpio, sin una nube a la vista, y cuando la estrella apareciera sería otro día bochornoso. Excepto los pájaros que gorjeaban disgustadamente

en los ralos árboles y los pequeños roedores que se deslizaban apresurados por los túneles entre las plantas, no se movía nada. Matojos de frondosa hierba y exuberantes matas brotaban de las cuarteaduras del cemento. Estatuas que el tiempo había ensuciado y fuentes ya no operativas se asomaban por entre la jungla de plantas que nadie cuidaba. Más allá de las estatuas y las fuentes, los grandes montones de los edificios se recortaban contra el cielo.

—He pensado mucho acerca de la situación —dijo #1—, y pese a todo no consigo captar la lógica del Anciano y Reverendo en su pretensión de ayudar. Según todos los criterios que hemos desarrollado en nuestros milenios de estudio a través de la galaxia, la raza dominante sobre este planeta se halla más allá de toda redención. La raza ha pasado básicamente por el mismo proceso del que hemos sido testigos en otros lugares. Edificaron su civilización sin darse cuenta del fallo que los conduciría a la destrucción. Y sin embargo, el A y R insiste en que lo que ha ocurrido aquí no es más que un retroceso temporal. Nos dice que ha habido ya muchos otros retrocesos en la historia de la raza, y que en cada caso ha triunfado por encima de ellos y emergido con una mayor fuerza de la conocida antes. A veces me pregunto si este pensamiento puede verse deformado por la lealtad que aún sigue sintiendo hacia esta preciosa raza suya. Ciertamente uno puede comprender su inquebrantable fe hacia esas criaturas, pero todas las evidencias indican que esa fe está mal enfocada. O bien, de una forma inconsciente, está siendo intelectualmente deshonesto, o es ingenuo hasta más allá de nuestra estimación de su persona.

#2, que había estado mirando al cielo, hizo flotar ahora un grupo de ojos hacia abajo a través de la lisa esfera de su cuerpo y miró con una cierta incredulidad a su compañero.

—Me sorprendes —dijo—. Seguramente debes estar burlándote, o te hallas bajo una tensión mayor de la que me había parecido. El A y R no es ni ingenuo ni deshonesto. Teniendo en cuenta lo que conocemos, debemos concederle el honor de creer en su sinceridad. Lo más probable es que él posea algún conocimiento que ha decidido no comunicarnos, quizá un conocimiento inconsciente que nosotros no hemos conseguido, con toda nuestra investigación y nuestros sondeos, sacar a la luz. Puede que hayamos errado en nuestra evaluación de la raza...

—Creo que eso es absolutamente impensable —objetó #1—. La situación encaja con el clásico esquema que hemos hallado una y otra vez. Hay aquí, te lo admito, algunos factores inquietantes, pero el esquema es inconfundible. Sabemos más allá de toda cuestión que la raza que ocupa este planeta ha llegado al clásico fin de una situación clásica. Se ha encaminado a su último declive y no se recuperará.

—Me sentiría inclinado a estar de acuerdo contigo —dijo #2—, excepto por algunas dudas. Me siento inclinado a creer que hay factores ocultos que no hemos reconocido, o peor aún, factores que hemos vislumbrado y a los que no hemos prestado atención, considerando que son solamente secundarios.

—Hemos encontrado nuestra respuesta —dijo testarudamente #1—, y desde hace mucho debíamos habernos ido de aquí. Estamos malgastando nuestro tiempo. Esta historia es muy poco distinta de las muchas otras historias que hemos recogido. ¿Qué es lo que te preocupa tanto? —Los robots, por una parte —dijo #2—. ¿Les hemos concedido toda la atención que merecen, o los hemos desechado demasiado precipitadamente? Desechándolos con tanta

rapidez, puede que no hayamos captado todo su significado y el impacto que han tenido, o puede que tengan todavía, sobre la situación. Porque, de hecho, son una extensión de la raza que los creó. Quizá una extensión significativa. Puede que no estén representando, como nos hemos dicho a nosotros mismos, un papel previamente programado y ahora carente de sentido. Hemos sido incapaces de extraer ningún sentido de nuestras entrevistas con ellos, pero...

—En un cierto sentido, no les hemos entrevistado realmente —señaló #1—. Ellos han acudido a nosotros, cada uno contándonos historias carentes de significado que no tienen coherencia entre sí. No hay ningún esquema en lo que nos dicen. No sabemos qué creer ni si debemos creer nada en absoluto. Todo es un galimatías. Y debemos darnos cuenta también de que esos robots no pueden ser más de lo que parecen. Son máquinas y, en ocasiones, máquinas atrozmente torpes. Como tales, no son más que un síntoma corpóreo de esa decadencia que es característica de todas las sociedades tecnológicas. Son un lote estúpido y, lo que es peor, arrogante. De todas las combinaciones posibles, la estupidez y la arrogancia es la peor que podemos encontrar. Lo peor que tienen es que se alimentan la una de la otra.

—Generalizas demasiado —protestó #2—. Mucho de lo que dices puede que sea correcto, pero hay excepciones. El Anciano y Reverendo no es ni arrogante ni estúpido, y aunque en cierto modo es más sofisticado que otros, sigue siendo un robot.

—Admito —dijo #1— que el A y R no es ni arrogante ni estúpido. Es, bajo todos los aspectos, un pulido y bien educado caballero, y sin embargo, como he señalado, no posee ningún sentido. Su modo de pensar es confuso, basando sus puntos de vista en un frágil entramado de esperanzas que no está sostenido por ninguna evidencia... que, de hecho, huye frente a las evidencias. Somos observadores adiestrados con una larga experiencia. Existimos desde hace un lapso de tiempo mucho más largo que el A y R, y durante esa existencia siempre nos hemos esforzado hacia la estricta objetividad... algo que es extraño al A y R, con toda su habladería de fe y esperanza.

—Juzgo —dijo #2— que es tiempo de cesar esta discusión. Hemos caído en un estúpido altercado que no va a conducirnos a ningún lado. Representa para mí una fuente de extrañeza y de dolor el que después de todo el tiempo que hemos trabajado juntos seamos aún capaces de caer en un tal estado. Tomo esto como una advertencia de que en este estudio en particular hemos fracasado en alcanzar ese estado de cristalina perfección que damos siempre a nuestro trabajo, y la razón de ello, en este estudio, debe ser que nos hallamos ante verdades subyacentes que no hemos conseguido captar pero que se hallan en nuestro subconsciente y se asoman para atormentarnos.

—No estoy de acuerdo en absoluto contigo —dijo #1—, pero lo que dices acerca de la futilidad de continuar esta discusión es una muy solemne verdad. Así que permitamos, por el momento, extraer todo el goce que podamos de nuestro paseo matutino.

Cushing había cruzado el río, utilizando una larga almadía burdamente construida para proteger su arco y sus flechas y para ayudarle en su natación.

Había empezado en el lado opuesto al muro de la universidad y había dejado que la rápida corriente lo arrastrara río abajo mientras pateaba hacia la otra orilla, calculando mentalmente que la alcanzaría más o menos en el punto donde un arroyo cortaba la pared del risco. De esta forma no tendría ningún riesgo que escalar, puesto que el valle del arroyo le proporcionaría un fácil acceso a través de los límites meridionales de la ciudad. No había estado antes en aquella parte de la ciudad y se preguntaba qué encontraría, aunque estaba completamente seguro de que no sería muy diferente de aquellas otras secciones suburbanas que había visto... una simple maraña de viejas casas derrumbándose sobre sí mismas o ya derrumbadas, senderos apenas reconocibles avanzando en todas direcciones, los restos de antiguas calles donde, incluso ahora, la dura superficie del pavimento las mantenía limpias de malezas.

Más tarde se *alzaría* la luna, pero por ahora la oscuridad cubría toda la tierra. Allá en el río las ondulaciones del agua habían captado y fraccionado en minúsculos arcos iris el débil resplandor de las estrellas, pero aquí, bajo los árboles que crecían a lo largo de la orilla izquierda del arroyo, en el punto donde desembocaba en el río, la reflejada luz de las estrellas ya no podía verse.

Recuperó el carcaj de la almadía y se lo colgó al hombro, sujetó bien el arnés que sostenía su pequeña mochila, tomó el arco, luego envió la almadía con un cauteloso puntapié de nuevo al río. Se acuclilló en el borde del agua y observó hasta que, a unos dos metros o así, la almadía fue tragada por la oscuridad y el río. El empuje de la corriente que penetraba procedente del arroyo la enviaría al centro del río, y a partir de ahí no habría nada que demostrara que alguien había cruzado su curso al amparo de la noche.

Una vez la almadía hubo desaparecido, siguió acuclillado, todos sus sentidos alerta. En algún lugar al norte un perro estaba ladrando con determinación, ladrando con una cadencia regular... no excitado, ni siquiera alertado, simplemente como si considerara que su deber era ladrar. En algún lugar al otro lado del arroyo sonó un agitar de plantas, cauteloso pero decidido. Un animal, sabía muy bien Cushing, no un ser humano. Lo más probable era que fuese un mapache que había descendido del risco para pescar almejas. Los mosquitos zumbaban en torno a su cabeza, pero no les prestó atención. Allá afuera en el campo de patatas, día tras día, se había acostumbrado a los mosquitos y a su veneno. Ya no eran más que una molestia, con su agudo e insistente zumbido.

Satisfecho de haber cruzado sin haber sido observado, se alzó y se abrió camino a lo largo del guijarral hasta la orilla, metiéndose en el arroyo. El agua no le llegaba más allá de las rodillas, y empezó a caminar corriente arriba, en guardia contra posibles hoyos.

Para entonces sus ojos se habían adaptado en cierta forma a la oscuridad y podía distinguir las masas más oscuras de los árboles, el débil resplandor de la rápida corriente de agua. No se apresuró. Fue siguiendo su camino, sin hacer ruido. Las ramas más bajas llegaban hasta él, y tenía que agacharse para evitarlas, o las apartaba a un lado.

A un kilómetro o así de donde había penetrado en el arroyo llegó a lo que identificó como un puente de piedra. Abandonando el agua, trepó por el terraplén hasta el puente para alcanzar la calle que en su tiempo lo había cruzado. Bajo sus mocasines podía sentir la cuarteada dureza del pavimento,

cubierto ahora de hierba y maleza y bordeado de brezos. Hacia el norte el perro seguía con sus ladridos, y ahora, al sur y al oeste, otros distantes perros se le habían unido en respuesta. Allá en los arbustos a su derecha, un pájaro gorjeó alarmado, sobrecogido por algún temor pajaril. Por encima de las copas de los árboles, hacia el este, Cushing vio los primeros resplandores de la ascendente luna.

Se dirigió hacia el norte hasta que encontró el cruce con otra calle y entonces giró a la izquierda, poniendo rumbo al oeste. Dudaba que pudiera abandonar la ciudad antes de las primeras luces de la mañana, pero deseaba alejarse tanto como pudiera. Mucho antes del amanecer tendría que buscar un lugar donde refugiarse durante las horas de luz.

Se sorprendió al descubrirse, ahora que estaba en camino, lleno de una extraña excitación. La libertad, pensó. ¿Era eso, después de todos aquellos años —la libertad—, lo que lo excitaba? ¿Era así, se preguntó, como se habían sentido los antiguos tramperos americanos cuando se habían sacudido de los pies el polvo de los asentamientos del este? ¿Era aquella la sensación de los viejos hombres de las montañas, tan míticos como los tramperos, cuando se habían encaminado hacia los arroyos de los castores? ¿Era esa la sensación que habían experimentado los astronautas cuando habían apuntado el morro de sus naves hacia las distantes estrellas? Si, de hecho, habían apuntado alguna vez los morros de sus naves hacia las estrellas.

Ocasionalmente, mientras avanzaba, captó atisbos, a ambos lados, de oscuras masas asomando por entre los árboles. A medida que la luna iba alzándose en el cielo, vio que las masas eran lo que quedaba de casas. Algunas de ellas conservaban aún la forma de casas, mientras que otras eran poco más que montones de escombros, que aún no habían acabado de derrumbarse por completo o hundirse sobre sus sótanos. Sabía que estaba avanzando por entre una zona residencial, e intentó imaginar mentalmente el aspecto que podía haber tenido en otro tiempo... una calle flanqueada de árboles, con casas más allá, nuevas y rutilantes, en medio del verdor de sus céspedes. Y la gente en ellas... ahí encima un doctor, al otro lado de la calle un abogado, justo calle abajo el propietario de una ferretería. Niños y perros jugando en los céspedes, un cartero haciendo su ronda, un vehículo aparcado junto a la acera. Se alzó de hombros, pensando en ello, preguntándose cuán cerca estaba de la realidad, cuán teñida de romanticismo se hallaba la imagen que estaba construyendo en su mente. Había visto fotos de calles así en las páginas de viejas revistas que había leído, pero esas, se decía, no eran más que fotos selectivas, no representativas de la escena general.

La luz de la luna era más fuerte ahora, y pudo ver que la calle a través de la cual avanzaba estaba repleta de pequeños grupos de arbustos y extensiones de brezos por entre los cuales serpenteaba un estrecho sendero, yendo de lado a lado de la calle para evitar las altas hierbas que se habían aposentado en ella. ¿Un sendero para ciervos, se preguntó, o uno utilizado principalmente por los hombres? Si era un sendero para hombres, él no debería utilizarlo.

Pensó en ello, y decidió quedarse. Desde él podía cubrir una buena cantidad de terreno; desde el lado, su camino quedaba bloqueado por frondosos árboles, troncos caídos, las viejas casas y, lo que era peor, los abiertos sótanos sobre los que se habían alzado las casas, con lo que su avance se vería frenado.

Algo se agarró a su pie, y dio un traspiés, perdiendo el equilibrio. Mientras



caía, algo rozó contra su mejilla, y tras él oyó un fuerte ruido sordo. Retorciéndose para darse la vuelta entre los brezos donde había caído, vio la emplumada asta de una flecha clavada en un árbol a un lado del serpenteante camino. Una trampa, se dijo a sí mismo; por el amor de Dios, una trampa, y él había caído de cuatro patas en ella. Unos pocos milímetros en cualquier dirección, y ahora tendría una flecha en el hombro o en la garganta. Una cuerda cruzando el sendero y atada al gatillo de un arco tendido, la flecha sujeta en su lugar con una estaquilla. Una rabia y un miedo fríos lo invadieron. ¿Una trampa para qué? ¿Para venados, o para hombres? Lo que debería hacer, se dijo, era aguardar allí, escondido, hasta que el propietario de la trampa acudiera a la luz de la mañana para ver lo que había atrapado, y entonces clavarle una flecha para asegurarse de que nunca más instalara otra trampa como aquella. Pero no tenía tiempo de hacer eso; cuando se asomara la primera luz de la mañana debía estar lejos de allí.

Se alzó de entre los brezos y se salió de la calle, hundiéndose entre los altos matorrales. Fuera de la calle el avance era más lento. Todo era más oscuro entre los árboles, la luz de la luna quedaba bloqueada por el denso follaje y, como había anticipado, había obstáculos.

Un poco después oyó un ruido que le hizo detenerse en mitad de una zancada, aguardando a oír de nuevo el sonido. Cuando llegó, tras el lapso de uno o dos latidos de corazón, supo qué era: el apagado resonar de un tambor. Aguardó y el sonido llegó de nuevo, esta vez más fuerte y con el batir más largo. Luego quedó en silencio, sólo para empezar de nuevo, más fuerte y más insistente, no el simple punteado de un solo tambor sino más tambores ahora, con el lóbrego resonar de un tambor más grande marcando el ritmo.

Aquello lo desconcertó. Se había dirigido hacia el extremo sur de la ciudad, creyendo que al hacer eso evitaría tropezarse con cualquier campamento tribal. Por lo que parecía, había sido un estúpido pensando así. Uno nunca puede decir dónde estará un campamento. Las tribus, aunque acampadas en los confines de la ciudad, se movían constantemente de un lado para otro. Cuando los alrededores de un campamento se volvían demasiado sucios como para seguir siendo confortables, la tribu simplemente se trasladaba unas cuantas calles en cualquier dirección.

Los tambores iban ganando fuerza y volumen. Se hallaban, calculó, a una cierta distancia frente a él y ligeramente al norte. Algo grande estaba pasando, se dijo a sí mismo, sonriendo en la oscuridad. Una celebración de algún tipo, quizá la conmemoración de algún aniversario tribal. Avanzó de nuevo. Lo que tenía que hacer era alejarse de allí, no prestar atención a los tambores y proseguir su camino.

Mientras caminaba dificultosamente, manteniéndose alejado de los tramos despejados de lo que habían sido en su tiempo calles, el ruido de los tambores creció. Había ahora en él un salvajismo espeluznante que no resultaba evidente al principio. Escuchando, Cushing se estremeció, y sin embargo, por mucho que helara la sangre, contenía también una cierta fascinación. De tanto en tanto, intercalado entre los golpes de tambor, podía oír un grito y el ladrar de perros. Al cabo de uno o dos kilómetros captó el resplandor de fuegos, ligeramente hacia el norte y el este, reflejado en el cielo. Se detuvo para examinar mejor la situación. Fuera lo que fuese lo que se estaba celebrando, tenía lugar justo al otro lado de la colina que se alzaba a su derecha... mucho más cerca de lo que había juzgado al principio. Quizá, se dijo, debiera torcer

hacia el sur, a fin de poner más distancia entre él y cualquier cosa que estuviera celebrándose allí. Era probable que hubiera centinelas, y no tenía sentido correr el riesgo de tropezarse con ellos.

Pero no se movió. Permaneció allí, con la espalda apoyada contra un árbol, mirando hacia la colina, escuchando el tamborileo y los gritos. Quizá debiera saber, se dijo, lo que estaba ocurriendo justo al otro lado de la colina. No iba a tomarle demasiado tiempo. Podía deslizarse colina arriba y echar una mirada, luego seguir de nuevo su camino. Nadie lo descubriría. Echaría una buena mirada en busca de centinelas. La luna estaba ahí, por supuesto, pero bajo el denso follaje de los árboles su luz era engañosa e incierta en el mejor de los casos.

Casi antes de darse cuenta estaba subiendo ya la colina, avanzando agazapado, a veces sobre manos y rodillas, buscando las sombras más profundas, espiando cualquier movimiento, deslizándose ladera arriba, con las ramas bajas de los árboles rozando silenciosamente contra sus pantalones de piel.

«Se están preparando problemas —le había recordado Monty—, problemas en el oeste». Alguna banda nómada que de pronto se había visto presa de la sed de conquista, y probablemente estaba avanzando hacia el este. ¿Era posible, se preguntó, que las tribus urbanas hubieran detectado ese movimiento y estuvieran ahora en el proceso de preparar frenéticamente una guerra?

Ahora que estaba ya cerca de la parte superior de la colina, aumentó sus precauciones. Se fue deslizando de una a otra sombra densa, estudiando el terreno frente a él antes de hacer ningún movimiento. Al otro lado de la colina aumentó el tumulto. Los tambores batían y resonaban y los gritos no cesaban ni un momento. Los perros no dejaban de ladrar, excitados.

Finalmente alcanzó la cima, y allí, debajo de él, en un valle parecido a un cuenco, vio el anillo de fuegos y las danzantes figuras que gritaban. En el centro del círculo de fuegos se alzaba una resplandeciente pirámide que atrapaba y reflejaba la luz de las oscilantes llamas.

Una pirámide de cráneos, pensó —una pirámide de pulidos cráneos humanos—, pero incluso mientras pensaba eso recordó otra cosa, y supo que estaba equivocado. Supo que estaba contemplando no cráneos humanos sino los cráneos de los robots muertos hacía mucho tiempo, las resplandecientes, pulidas cajas craneanas de los robots cuyos cuerpos se habían vuelto herrumbre hacía siglos.

Wilson había escrito acerca de tales pirámides, recordó, y había especulado acerca del misticismo o el simbolismo que podía haber tras el hecho de coleccionarlas y exhibirlas.

Se agazapó contra el suelo y sintió que un estremecimiento crecía en él, un estremecimiento que avanzaba a través de los viejos siglos perdidos para siempre hasta clavar sus helados dedos en él. Prestó poca atención a las figuras que saltaban y gritaban, su atención se clavaba en la pirámide. Había a su alrededor un aura bárbara que le hacía sentir frío y debilidad, y empezó a retroceder, descendiendo cautelosamente la colina, moviéndose con tantas precauciones como antes, pero ahora impulsado por un aferrante miedo.

Cerca del pie de la colina se alzó y se encaminó hacia el sur y el oeste, moviéndose aún con precaución, pero apresuradamente. Tras él, el tamborileo y los gritos fueron desvaneciéndose hasta que no quedó más que un murmullo

en la distancia. Pero siguió empujándole hacia adelante.

Las primeras palideces del alba empezaban a asomarse en el cielo oriental cuando encontró un lugar donde cobijarse durante el día. Era lo que parecía haber sido un viejo complejo turístico, construido junto a un lago y ocupando una porción de terreno cercado por una valla metálica que aún se mantenía en pie. Mirando hacia el este al otro lado del lago, intentó localizar el lugar donde la tribu había celebrado su danza, pero excepto una delgada columnilla de humo, no pudo apreciar nada. La casa era una estructura de piedra y ladrillo tan perfectamente enmascarada por los árboles que no la descubrías hasta que te abrías camino por un tramo roto de la verja y te hallabas casi encima de ella. De ambos extremos brotaban chimeneas, y un bamboleante porche, medio derrumbado, recorría toda la parte delantera. Tras la casa principal se levantaban varios edificios pequeños de ladrillo, medio cubiertos por los árboles. La hierba era muy alta, y aquí y allá había macizos de plantas perennes, algunas de ellas en plena floración, que habían persistido a lo largo de los años desde que las últimas personas habían ocupado la casa.

Estudió la zona a la primera luz del amanecer. No había señales de que nadie hubiera visitado el lugar recientemente. No había senderos, ni rastros, entre la alta hierba. Siglos antes, el lugar había sido saqueado a fondo, y ahora no había razón alguna para que nadie volviera.

No se acercó a la casa, contentándose con examinarla desde el abrigo de los árboles. Satisfecho al comprobar que estaba deshabitada, buscó un lugar donde poder ocultarse, encontrándolo en un denso macizo de lilas que se abría sobre un área comparativamente despejada. Poniéndose de rodillas, se abrió camino entre las densas hojas hasta encontrar cerca del centro un lugar donde había espacio suficiente para tenderse.

Se sentó, apoyando la espalda contra una gruesa maraña de troncos de lilas. Estaba rodeado por el verdor del macizo. Le sería imposible a cualquiera que pasara saber que él se hallaba allí. Se quitó el carcaj y lo dejó, junto con el arco, a un lado, soltó la mochila y desató las correas que la cerraban. De ella tomó un pedazo de cecina y con el cuchillo de su cinturón cortó una loncha. Era dura de masticar y tenía poco sabor, pero era buena comida para el camino. No pesaba mucho, no tenía desechos, y alimentaba... buena carne de ternera sin nada de grasa, secada hasta que quedaba muy poca agua en ella. Se sentó y masticó, sintiendo que la tensión lo abandonaba poco a poco, como si, tuvo la impresión, fluyera hacia el suelo donde estaba sentado, dejándole a él cansado y relajado. Aquel, pensó, era un momentáneo refugio de paz contra el día. Lo peor ya había pasado. Había cruzado la ciudad y ahora se hallaba en sus suburbios occidentales.

Se había enfrentado a los peligros de la ciudad y los había cruzado sin sufrir ningún daño. Aunque, pensando en ello, se dio cuenta de que se estaba engañando a sí mismo. No había habido ningún auténtico peligro, ninguna amenaza dirigida a él. La trampa había sido un accidente. Lo más probable era que la pretendida presa fuera un oso o un ciervo, y él simplemente había caído en ella. Había representado un peligro nacido de su propio descuido. En un terreno hostil, o incluso desconocido, un hombre no viaja por los senderos. Se mantiene fuera de ellos, como máximo siguiendo un camino paralelo a ellos y manteniendo ojos y oídos bien abiertos. Tres años de recorrer los bosques le habían enseñado aquello, y hubiera debido recordarlo. Se advirtió a sí mismo que no debía olvidarlo de nuevo. Los años en la universidad lo habían

engañado con una falsa sensación de seguridad, habían cambiado su forma de pensar. Si tenía que seguir su camino hacia el oeste, tenía que volver a sus antiguas costumbres cautelosas.

El deslizarse colina arriba para echar una mirada a la danza o celebración o lo que fuera que estaba sucediendo allí había sido un acto de pura estupidez. Se había dicho a sí mismo que debía ver lo que estaba ocurriendo, pero con esto no había hecho más que engañarse; lo que en realidad había hecho había sido actuar impulsivamente, y un hombre que viaja solo jamás debe actuar impulsivamente. ¿Y qué había encontrado? Simplemente que por alguna razón desconocida, una tribu, o una combinación de tribus, estaba celebrando algún tipo de festividad. Eso, y la confirmación de lo que Wilson había escrito acerca de las pirámides de cajas craneanas de robots.

Pensando en las cajas craneanas, un involuntario estremecimiento de aprensión lo recorrió. Incluso allí, a la temprana luz de la mañana, bien oculto en un macizo de lilas, el recuerdo de las cajas craneanas podía aún despertar un extraño, residual e irrazonable miedo. ¿Por qué era así? ¿Qué había en las cajas craneanas que despertara una emoción como aquella en un hombre?

Algunos pájaros estaban cantando sus canciones matutinas. La ligera brisa que había soplado durante la noche había muerto con el amanecer, y no se agitaba ni una hoja. Terminó con la cecina y devolvió el resto a la mochila. Se apartó del grupo de troncos contra el que había estado apoyado y se tendió para dormir.

Ella estaba esperándole cuando se arrastró fuera del grupo de lilas a media tarde. Permanecía directamente frente al túnel que él había hecho para abrirse camino al interior del macizo, y la primera indicación que tuvo de que había alguien allí fue cuando vio dos pies desnudos plantados sobre la hierba en la desembocadura del túnel.

Eran unos pies sucios, manchados con barro seco, y las uñas de los dedos eran irregulares y estaban rotas. Se inmobilizó al verlos, y sus ojos ascendieron por el vestido sucio, descolorido y manchado de grasa que le llegaba hasta los tobillos. El vestido terminó y vio su rostro... un rostro medio oculto por una enmarañada masa de pelo color gris oscuro. Bajo la maraña de pelo había un par de acerados ojos, ahora iluminados por una oculta risa, con las patas de gallo de sus comisuras alegremente fruncidas. La boca era un delgado corte en la parte inferior de su rostro, los labios fuertemente apretados, como intentando contener una carcajada. Se la quedó mirando estúpidamente, el cuello inclinado en un ángulo doloroso.

Dándose cuenta de que él la había visto, ella cloqueó y agitó los pies.

—Aja, chico, ya te tengo —exclamó—. Te tengo donde yo quería, arrastrándote sobre tu barriga y besando mis pies. Te he estado vigilando durante todo el día y he esperado a que salieras, cuidando mucho de no molestar tu hermoso descanso. Es una vergüenza, sí, y tú con la marca sobre ti.

Los ojos de Cushing llamearon a uno y otro lado de ella, aprensivamente atentos, avergonzado de haber sido atrapado por una odiosa vieja bruja que le gritaba estupideces. Pero vio que estaba sola; no había nadie más con ella.

—Anda, sal —dijo ella—. Ponte de pie y echemos una mirada a tu magnificencia. La Vieja Meg no atrapa muy a menudo a alguien como tú.

Él sacó el carcaj y el arco y la mochila fuera de la boca del túnel y los arrojó a un lado, y se puso en pie, enfrentándose a la mujer.

—Ahora echémosle una mirada —cloqueó ella—. ¿No es un bonito espécimen? Con tus brillantes pantalones de piel y tu carita sonrosada, listo para ser atrapado como un gazapillo. Seguro que no pensaste que había alguien observándote cuando llegaste furtivamente al amanecer. Aunque no estoy diciendo que yo te viera; simplemente te capté, eso fue todo. Como capto a todos los demás cuando acuden furtivamente aquí. Aunque, a decir verdad, tú lo hiciste mucho mejor que los otros. Echaste una buena mirada a las cosas antes de decidirte. Pero incluso antes de eso yo ya había visto la marca en ti.

—Déjate de chacharas —dijo él secamente—. ¿De qué marca estás hablando? ¿Y dices que me sentiste? ¿Qué quieres decir con eso de que me sentiste?

—Oh, es de los listos —dijo ella—. Y bien hablado además, con un buen cuidado en elegir las palabras adecuadas. «Me sentiste», dice, y supongo que esa es la mejor palabra para expresarlo. Hasta ahora no había puesto los ojos en ti, pero sabía que estabas ahí, y supe cuándo viniste, y te tuve localizado durmiendo aquí durante todo el día. Aja, tú no puedes engañar a la vieja muchacha, no importa lo que hagas.

—¿La marca? —preguntó él—. ¿Qué tipo de marca? No tengo ninguna marca.

—Oh, la marca de la grandeza, querido. ¿Qué otra podría ser, un chico fino como tú, partiendo hacia una gran aventura?

Rabiosamente, Cushing se inclinó para recoger su mochila y se la echó al hombro.

—Si ya te has divertido todo lo que querías conmigo —dijo—, seguiré mi camino.

Ella apoyó una mano sobre su brazo.

—No tan aprisa, mi rufián. Es con Meg, la bruja de la colina, con quien estás hablando. Hay formas en que puedo ayudarte, si lo deseo, y creo que lo deseo, porque tú eres un chico encantador y con un buen corazón en el pecho. Siento que necesitas ayuda, y espero que no seas demasiado orgulloso para pedírmela. Aunque entre los jóvenes siempre hay una cierta arrogancia de orgullo. Mis poderes pueden ser pequeños y hay veces en que son tan pequeños que me pregunto si soy en realidad una bruja, aunque mucha gente parece creerlo y es una buena cosa serlo. Y puesto que ellos piensan que lo soy, exijo unos buenos honorarios por mi trabajo, porque si exigiera unos honorarios pequeños pensarían que soy una bruja de tres al cuarto. Pero para ti, chico, no habrá honorarios en absoluto, porque tú eres más pobre que un ratón de iglesia y no podrías pagarme en ningún caso.

—Eso es muy considerado por tu parte —dijo Cushing—. Especialmente puesto que yo no he solicitado tu ayuda.

—Ahora escuchemos a su orgullo y su arrogancia —dijo Meg—. Se está preguntando qué puede hacer por él un viejo odre como yo. No un viejo odre, hijo, sino uno de mediana edad. No tan bueno como era hace unos años, pero tampoco demasiado pellejudo. Si te conformaras con un buen revolcón en el heno, también podría servirte, no creas. Y hay mucho que decir acerca de los jóvenes que aprenden el arte de alguien que es más viejo y experimentado. Pero me doy cuenta de que no es eso lo que tienes en mente. —No exactamente —dijo Cushing.

—Bien, entonces quizá te guste algo mejor que la comida de viaje que debes de llevar en tu mochila para ir matando el hambre. La olla está puesta, y le

harás un favor a Meg si te sientas a la mesa con ella. Si tienes que irte, puede que te ayude el empezar el viaje con la barriga llena. Y sigo leyendo esa grandeza en ti. Me gustaría saber algo más sobre la grandeza.

—No hay grandeza en mí —protestó él—. Tan sólo soy un vagabundo de los bosques.

—Sigo pensando que es grandeza —le dijo Meg—. O un impulso hacia la grandeza. Lo conozco. Lo sentí inmediatamente esta misma mañana. Algo en tu cráneo. Una gran excitación hinchándose en ti.

—Mira —dijo él desesperadamente—, soy un vagabundo de los bosques, eso es todo. Y ahora, si no te importa... Ella apretó la presa sobre su brazo. —Ahora no puedes irte corriendo. Desde que te sentí... —No entiendo —dijo él— eso de sentirme. Quieres decir que me oliste. Leíste mi mente, quizá. La gente no lee las mentes. Pero espera, quizá sí puedan. Leí algo... —Muchacho, ¿sabes leer? —Sí, por supuesto que sé leer.

—Entonces debes venir de la universidad. Porque hay muy pocos fuera de aquellos muros que sepan deletrear una línea. ¿Qué ocurrió, mi pobre precioso? ¿Te echaron fuera?

—No —dijo él, tensamente—. No me echaron fuera. —Entonces, hijo, debe ser algo mucho más grande de lo que jamás hubiera soñado. Aunque hubiera debido saberlo. Había esa gran excitación en ti. La gente de la universidad no sale al mundo exterior a menos que haya algo muy grande en juego. Se acurrucan en su nido de seguridad y tienen miedo de las sombras...

—Yo era un vagabundo de los bosques —dijo él— antes de entrar en la universidad. Pasé cinco años allí, y ahora recorro los bosques de nuevo. Me cansé de cultivar patatas.

—¡Y ahora —dijo ella—, la gran bravata! Cambia la azada por un arco y se dirige hacia el oeste para desafiar a la avanzante horda.

¿O eso que estás buscando es algo tan grande que puedes ignorar incluso el azote de los conquistadores?

—Lo que busco —dijo él— puede que no sea más que una leyenda, chacharas vacías susurradas a lo largo de los años. ¿Pero qué es lo que sabes acerca de la llegada de una horda?

—Tú no debes saberlo, por supuesto. Al otro lado del río, en la universidad, os agazapáis detrás de vuestros muros, murmurando cosas del pasado, y no os enteráis de lo que está pasando fuera.

—Allá en la universidad —dijo él—, sabemos que se habla de planes de conquista, quizá se estén ya preparando.

—Más que preparando —dijo ella—. Están avanzando ya hacia nosotros, y aumentando en número a medida que avanzan. Y lo hacen directamente hacia esta ciudad. De otro modo, ¿por qué los tambores de ayer por la noche?

—Yo también pensé en eso —dijo él—. Aunque no podía estar seguro, por supuesto.

—Yo he estado vigilando su llegada —dijo Meg—. Sabiendo que a la primera señal de su presencia debería echar a correr. Porque si ellos encuentran aquí a la Vieja Meg, la colgarán de un árbol hasta que muera. O la quemarán. O infligirán otras grandes indignidades y dolor a su pobre y débil cuerpo. No les gustan las brujas, y mi nombre, pese a mis escasos poderes, no es desconocido para ellos.

—Está la gente de la ciudad —dijo Cushing—. Ellos han sido tus clientes. A lo largo de los años les has servido bien. Únicamente necesitas acudir a ellos.

Te ofrecerán su protección.

Ella escupió al suelo.

—Tu inocencia —dijo— es terrible de soportar. Deslizarían un cuchillo entre mis costillas. No me quieren. Me odian. Cuando sus miedos se hacen demasiado grandes, o su codicia se hace demasiado grande, o cualquier otra cosa se hace demasiado grande como para que puedan seguir soportándola, acuden a mí, sollozando mi ayuda. Pero acuden tan sólo cuando no tienen ningún otro sitio adonde ir, porque parecen pensar que hay algo sucio en hacer tratos con una bruja. Me temen y, debido a ese temor, me odian. Me odian incluso cuando acuden a mí en busca de ayuda.

—En ese caso, hubieras debido marcharte hace ya mucho tiempo.

—Había algo que me decía que debía quedarme —dijo ella—. Incluso cuando sabía que debía marcharme. Incluso cuando sabía que era una estúpida no haciéndolo. Seguía quedándome, como si estuviera esperando algo. Me preguntaba por qué, y ahora ya lo sé.. Quizá mis poderes son mayores de lo que había imaginado. Aguardaba a un campeón, y ahora ya tengo uno.

—Un infierno tienes —dijo él.

Ella adelantó la mandíbula.

—Voy a ir contigo. No me importa lo que tú digas, voy a ir contigo.

—Me dirijo al oeste —dijo él—, y tú no vas a venir conmigo. —Primero avanzaremos hacia el sur —le corrigió ella—. Sé la forma de ir. Te mostraré el camino. Al sur hasta el río y luego río arriba. Allí estaremos a salvo. La horda se mantendrá en las tierras altas. El valle del río es duro de cruzar y no se acercarán a él. —Viajaré rápido —dijo él—, y sólo por la noche. —Meg tiene conjuros. Tiene poderes que pueden ser utilizados. Puede sentir las mentes de los otros. Él agitó la cabeza.

—Tengo un caballo —insistió ella—. No de raza noble, pero sí un animal gentil e inteligente que puede llevar todo lo que necesitemos.

—Llevo al hombro todo lo que necesito.

—Tengo para el viaje un jamón, un trozo grueso de tocino harina, sal, sábanas, un vidrio espía.

—¿Qué quieres decir con «un vidrio espía»?

—Un vidrio espía de doble barril.

—Quieres decir unos binoculares.

—Hace mucho tiempo que lo tengo —dijo ella—. Me lo dio como pago de mis honorarios un hombre que tenía mucho miedo y acudió en busca de mi ayuda.

—Unos binoculares serían útiles —dijo Cushing.

—¿Lo ves? No seré una carga para ti. Tengo los pies ligeros, y Andy es un caballo extraordinario en muchos aspectos. Puede moverse tan silenciosa y suavemente que su presencia nunca es detectada. Y tú, noble buscador de una leyenda, no abandonarás a una mujer indefensa... Él lanzó un bufido. —Indefensa —dijo.

—Así pues, muchacho, tienes que darte cuenta de lo mucho que podemos hacer para ayudarnos el uno al otro. Tú con tu valor y la Vieja Meg con sus poderes... —No —dijo él.

—Vayamos a la casa —dijo ella—. Allí encontraremos un poco de harina de trigo alforfón con que hacer algunas tortas, una jarra de sorgo, quizá una loncha de jamón. Mientras comemos, puedes hablarme de esa cosa que

buscas, y trazaremos nuestros planes.

—Comeré tus tortas —dijo él—, pero no vas a conseguir nada. No vas a venir conmigo.

## 8

Emprendieron la marcha con la primera luz de la naciente luna. Cushing iba en cabeza, preguntándose qué había sucedido para que aceptara finalmente que Meg fuera con él. No había dejado de decir «no», y ella no había dejado de decir «sí», y aquí estaban, los dos juntos. ¿Era posible que fuera brujería?, se preguntó a sí mismo. Si tal era el caso —podía ser, después de todo—, tal vez valiera la pena el tener a la mujer consigo. Si podía realizar su brujería con otros de la misma forma que la había realizado con él, quizá valiera la pena.

De todos modos, *era* un engorro, se dijo a sí mismo. Un hombre podía deslizarse por entre los bosques sin tener que preocuparse de nadie excepto de sí mismo, podía ofrecer un blanco escaso, podía viajar a su antojo. Eso no era posible con dos personas y un caballo. Especialmente con el caballo. Sabía que hubiera debido decir: «De acuerdo en que tú vengas conmigo, pero el caballo debe quedarse». Cara a cara con Andy, sin embargo, no se había visto capaz de decirlo. No hubiera podido abandonar a Andy, del mismo modo que años atrás no había podido abandonar a los animales cuando había dejado la quebrada.

Meg había dicho que Andy era un caballo extraordinario en muchos aspectos, y Cushing no sabía nada al respecto, pero cuando uno ponía los ojos sobre él, se daba cuenta de que era un caballo en el que se podía confiar. También era un caballo humilde, sin ilusiones acerca de ser una buena bestia de carga. Un animal paciente que confiaba en la bondad y en la consideración humanas. Era un saco de huesos, pero, pese a ello, había en él un cierto aire de eficacia.

Cushing se encaminó hacia el sudoeste, en dirección al valle del río Minnesota, tal como Meg había dicho que harían. El Minnesota era un pequeño y culebreante río que se retorció como una serpiente entre bajas colinas, para juntarse con el Mississippi a poca distancia al sur de donde, la noche anterior, él había cruzado el otro río más grande. El valle era muy arbolado y proporcionaba una buena cobertura, aunque seguir sus meandros iba a añadir bastantes kilómetros al viaje hacia el oeste.

Pensando en ello, se preguntó exactamente adonde iba. A algún lugar en el oeste; eso era todo lo que sabía. Eso era todo lo que Wilson había llegado a saber. ¿Pero cuán lejos al oeste, y en qué parte del oeste? ¿En las cercanas altas llanuras, o en los pies de las colinas de las Montañas Rocosas, o incluso en los grandes desiertos del sudoeste? «A ciegas —se dijo a sí mismo—, cuando piensas en ello te das cuenta de que es una búsqueda a ciegas; parece una locura errante.» Meg, cuando le había hablado del Lugar, dijo que creía recordar haber oído alguna vez una leyenda así, pero no podía recordar dónde la había oído ni de quién la había oído. Pero no se había burlado de ella; estaba demasiado contenta ante la posibilidad de marcharse de la ciudad como para burlarse de nada. En algún momento a lo largo del camino, quizá, consiguieran saber algo más al respecto. A medida que se adentraran en el oeste quizá encontrarán a alguien que pudiera decirles algo más sobre el



asunto. Es decir, si había realmente algo más que añadir; si, de hecho, existía un Lugar de Ir a las Estrellas.

Y si existía ese lugar, una vez llegaran allí, ¿qué provecho sacarían de ello o cuál sería su significado? Aunque encontraran el lugar y hallaran evidencias de que había habido un tiempo en el que el hombre había volado a las estrellas, ¿qué cambiaría ese conocimiento? ¿Detendrían los nómadas sus incursiones y sus saqueos? ¿Se decidirían las tribus urbanas a establecer el núcleo de un gobierno decente? ¿Acudirían los hombres en tropel a la universidad para crear un renacimiento que alzara a la humanidad del abismo bestial en el que se había hundido?

Sabía que no ocurriría ninguna de estas cosas. Solamente quedaría la satisfacción de saber que hubo un tiempo, hacía más de un millar de años, en el que el hombre abandonó el sistema solar y se adentró en el cosmos. Podía haber orgullo en ello, por supuesto, pero el orgullo por sí solo era una pobre moneda de cambio en el tipo de lugar en que se había convertido ahora el mundo.

Y sin embargo, se dijo a sí mismo, no iba a volver atrás. Se había lanzado a una búsqueda, quizá impulsivamente, guiado por la emoción antes que por la razón, y aunque no sacara ningún provecho de ella, de alguna forma le ayudaría a mantener la fe. Aunque la fe en sí misma fuera una estupidez, de alguna forma tenía que ser mantenida. Intentó razonar por qué eso debía ser así, y no consiguió encontrar ninguna respuesta.

Para entonces la luna estaba ya muy alta en el cielo oriental. La ciudad estaba tras ellos y se habían adentrado mucho en los su burbios. Allá a la derecha lo que en su tiempo había sido una torre de aguas había perdido toda su perpendicularidad; en unos pocos años más se derrumbaría definitivamente.

Cushing se detuvo y aguardó a que los otros llegaran a su altura. Andy le golpeó con el hocico contra el pecho en un amistoso saludo, respirando suavemente por sus ollares. Cushing acarició cariñosamente su peluda cabeza, tirándole de las orejas.

—Le gustas —dijo Meg—, y no todo el mundo le gusta. Es un caballo selectivo. Pero no hay ninguna razón por la cual no debieras gustarle, puesto que, al igual que yo, lee también la marca que llevas encima.

—Olvidemos ese asunto de la marca que llevo encima —dijo Cushing—, porque no llevo ninguna marca. ¿Qué es lo que sabes de esta región? ¿Debemos seguir en la misma dirección, o debemos desviarnos hacia el sur?

—Hacia el sur —dijo ella—. Cuanto más pronto lleguemos al valle, más seguro será.

—Esa horda de la que me hablaste... ¿cuán lejos está?

—Un día o dos, quizá. Hace una semana los vigías de la ciudad la vieron a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste, reuniendo sus fuerzas y preparándose para la marcha. Lo más probable es que avancen a un paso mediano, porque no parece que tengan ninguna prisa. La ciudad está ahí para tomarla fácilmente, y no tienen ninguna forma de saber que su presencia ha sido detectada.

—¿Y vienen directamente del oeste?

—Chico muchacho, no lo sé, pero eso es lo que pienso.

—¿Así que tenemos poco tiempo?

—El límite está bastante cerca —le advirtió ella—. No tiene ningún sentido el hilar tan fino. Podremos respirar un poco más tranquilos una vez hayamos

alcanzado el valle.

Cushing siguió adelante, y los otros dos le siguieron.

El panorama estaba vacío. Algún conejo ocasional saltaba de su escondite y aparecía fugazmente a la luz de la luna. A veces, algún pájaro turbado piaba soñoliento. En una ocasión oyeron, procedente del río, el sonido de un mapache.

Detrás de Cushing, Andy resopló repentinamente. Cushing se detuvo. El caballo había oído o visto algo, y sería juicioso atender a su advertencia.

Meg se acercó silenciosamente.

—¿Qué ocurre, chico muchacho? —preguntó—. Andy ha sentido algo. ¿Has visto algo tú?

—No te muevas —dijo él—. Agáchate, mantente cerca del suelo. No te muevas.

Parecía no haber nada. Montones de escombros que en otro tiempo habían sido casas. Densa maleza. Las largas hileras de los árboles del antiguo bulevar.

Tras él, Andy no hizo ningún otro ruido.

Directamente frente a ellos, plantada en el centro de lo que antiguamente había sido una calle, había una piedra achaparrada.

No era una piedra muy grande, llegaría quizá a la cintura de un hombre. Pero era curioso que hubiera una piedra en medio de una calle.

Meg, agachándose hasta apoyar casi la cabeza en el suelo, tendió una mano para tocarle la pierna a Tom.

—Hay alguien ahí afuera —susurró—. Puedo sentirlo. Débil, muy lejos.

—¿Cuan lejos?

—No lo sé. Lejos y débil.

—¿Dónde?

—Directamente frente a nosotros.

Aguardaron. Andy pateó una sola vez y luego se mantuvo quieto.

—Es algo atemorizador —dijo Meg—. Da escalofríos. No es como nosotros.

—¿Nosotros?

—Humanos. No es humano.

En el valle del río el mapache se dejó oír de nuevo. Los ojos de Cushing empezaron a dolerle mientras se concentraba en ver el más ligero movimiento, la más débil señal.

—Es la piedra —susurró Meg.

—Alguien oculto detrás de ella —dijo Cushing.

—Nadie oculto. Es la piedra. Es distinta.

Aguardaron.

—Es un extraño lugar para que esté una piedra —dijo Cushing—. En mitad de la calle. ¿Quién puede haberla puesto ahí? ¿Por qué la habrá puesto ahí?

—La piedra está viva —declaró Meg—. Puede haberse puesto ahí ella misma.

—Las piedras no se mueven —dijo él—. Alguien tiene que moverlas.

Ella no comentó nada.

—Quédate aquí —dijo él.

Dejó caer el arco, extrajo el hacha de su cinturón, luego echó a correr rápidamente calle adelante. Se detuvo justo delante de la piedra. No ocurrió nada. Echó a correr de nuevo, rodeó la piedra. No había nada detrás de ella. Adelantó una mano y la tocó. Estaba caliente, más caliente de lo que debiera

haber estado. El sol se había puesto hacía horas, y la piedra debería haber perdido ya toda la radiación solar que había acumulado durante el día, pero estaba aún un poco caliente. Caliente y lisa y suave, resbaladiza al tacto. Como si alguien la hubiera pulido. avanzó, arrastrando los cascos, con Meg a su lado.

—Está caliente —dijo Cushing.

—Está viva —afirmó Meg—. Consigna eso por escrito, rufián. Es una piedra viviente. O no es una piedra, sino algo que tiene la apariencia de una piedra.

—No me gusta —dijo Cushing—. Huele a brujería.

—No a brujería —rechazó Meg—. A algo completamente distinto. A algo muy terrible. A algo que jamás debería existir. Nada parecido a un hombre, nada parecido a nada en absoluto. Memorias congeladas. Eso es lo que siento. Memorias congeladas, tan antiguas que están congeladas. Pero no comunican lo que son. No les importa, quizá. Friamente, no les importa.

Cushing miró a su alrededor. Todo estaba tranquilo. Los árboles se recortaban contra el cielo en la blancura de la luz lunar. El cielo era límpido y lleno de estrellas. Intentó luchar contra el terror que sentía ascender dentro de él, como una amarga bilis trepando por su garganta.

—¿Nunca habías oído hablar de nada así antes? —preguntó.

—No, nunca, chico. Nunca en mi vida.

—Salgamos de aquí —dijo Cushing.

## 9

Un gran viento barriendo el valle en algún momento anterior de aquel mismo año había guadañado un sendero entre los árboles, que avanzaba desde la orilla del río hasta la cima de la colina. Grandes monarcas del bosque yacían caídos formando como un gigantesco seto, retorcidos y desarraigados. Resecas y retorcidas hojas permanecían sujetas aún a muchas de las ramas.

—Estaremos seguros aquí —dijo Cushing—. Cualquiera procedente del oeste, aunque quiera llegar desde el río, deberá dar un rodeo en torno a estos árboles.

Echando las ramas a un lado para poder pasar, abrieron un camino para que Andy pudiera seguirles entre la maraña hasta una pequeña zona despejada donde había espacio suficiente para tenderse y suficiente hierba para pastar.

Cushing señaló hacia una cavidad formada por el desarraigado tronco y raíces de un enorme roble americano, con las podridas raíces inclinadas en ángulo, formando como una especie de techo sobre la cavidad abierta en la tierra por su propio desarraigamiento.

—Ahí dentro —dijo— no seremos vistos si alguien viene a curiosear.

—Te prepararé un buen desayuno, chico —dijo Meg—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Pan caliente y tocino, quizá?

—Todavía no —repuso él—. No ahora. Tenemos que ir con cuidado con el fuego. Tan sólo la madera más seca, a fin de que no haga humo, y un fuego no demasiado grande. Yo me ocuparé a la vuelta. No intentes hacerlo tú. Quiero estar seguro respecto al fuego. Si alguien ve una sola voluta de humo, al cabo de poco estarán aquí para echar un vistazo.

—A tu vuelta. ¿Adonde vas, hijo?

—Arriba a la colina —dijo él—. Quiero echar una mirada. Ver si hay alguien por los alrededores.

—Llévate contigo el vidrio espía, entonces.

En la cima de la colina, miró a través de una ondulante pradera, interrumpida tan sólo por ocasionales grupos de árboles. Muy lejos al norte estaba lo que en un tiempo había sido un grupo de edificios agrícolas, en medio de un pequeño bosquecillo. De los edificios quedaba ya muy poco. A través de los binoculares pudo distinguir lo que en un tiempo había sido un establo, aparentemente una estructura reciamente construida. Parte del techo se había derrumbado, pero todo lo demás estaba aún en pie. Un poco más allá había un desordenado montón de piedras que probablemente señalaba el emplazamiento de otro edificio, menos recio. Todavía existía parte de una cerca de tablones, avanzando irregularmente hacia ninguna parte.

Acurrucado entre unos matorrales que servirían para ocultar su silueta si alguien estaba observando, escrutó paciente y metódicamente la pradera con los binoculares, tomándose su tiempo, yendo desde el oeste hacia el este.

Una pequeña manada de ciervos estaban paciendo en el lado oriental de una pequeña loma. Divisó a un tejón sentado en la boca de su madriguera. Un zorro rojo permanecía al acecho sobre una piedra que asomaba de una suave ladera, examinando los alrededores en busca de cualquier presa fácil de atrapar.

Cushing siguió observando. No debía haber ningún descuido, se dijo a sí mismo; necesitaba estar seguro de que no había nadie excepto los animales. Empezó de nuevo por el oeste y avanzó lentamente hacia el este. Los ciervos estaban aún allí, pero el tejón había desaparecido. Lo más probable era que se hubiera metido en su madriguera. El zorro había desaparecido también, tal vez cansado de aguardar una presa.

A un lado captó una sensación de movimiento. Haciendo girar suavemente los binoculares, captó el movimiento en el campo de visión. Estaba lejos, pero parecía moverse rápido. A medida que se acercaba, vio lo que era: un grupo de jinetes. Intentó contarlos, pero seguían estando demasiado lejos. Observó que no avanzaban directamente hacia él, sino en un ángulo hacia el sudeste. Los observó fascinado. Finalmente pudo contarlos. Eran diecinueve o veinte; no podía estar absolutamente seguro. Iban vestidos con pieles, algunas de pelo, y llevaban escudos y lanzas. Sus pequeños caballos avanzaban a un galope regular.

Así que Meg tenía razón. La horda estaba avanzando. Aquella banda allí en la pradera puede que no fuera más que un grupo desprendido del flanco de la fuerza principal, que probablemente estaba más hacia el norte.

Los observó hasta que desaparecieron de su vista, luego registró de nuevo la pradera en busca de otras posibles bandas. Ninguna se mostró, de modo que, finalmente satisfecho, devolvió los binoculares a su estuche y descendió la colina. Sabía que podía haber otras pequeñas bandas, pero no servía de nada intentar controlarlas. Meg probablemente tenía razón: permanecerían en la pradera, encaminándose hacia la ciudad y manteniéndose alejadas del valle del río.

A medio camino colina abajo, una voz le habló desde una maraña de árboles caídos.

—Amigo —dijo. No era una voz fuerte, pero hablaba con claridad, con un tono ligeramente agudo a fin de alcanzar su oído.

Se inmovilizó ante el sonido, mirando rápidamente a su alrededor.

—Amigo —dijo de nuevo la voz—, ¿puedes hallar en tu corazón la bondad

suficiente como para socorrer a alguien más infortunado que tú?

¿Un truco?, se preguntó Cushing. Llevó vivamente una mano a su hombro, en busca de una flecha para el arco.

—No necesitas temer nada —habló de nuevo la voz—. Aunque quisiera, no estoy en posición de causarte ningún daño. Estoy completamente atrapado debajo de un árbol, y agradecería cualquier ayuda que pudieras prestarme.

Cushing dudó.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—A tu derecha —dijo la voz—. Al borde de los árboles caídos.

Puedo verte desde donde estoy tendido. Si te inclinas un poco, indudablemente tú también podrás verme.

Cushing colocó el carcaj a un lado y se inclinó, agachándose junto a la maraña de ramas caídas. Un rostro lo miró desde allí, y el asombro le hizo retener el aliento. Nunca antes había visto un rostro como aquel. Un rostro parecido a una calavera, tallado en duros ángulos que resplandecían a la luz del sol que se filtraba por entre las ramas.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Rollo, el robot.

—¿Rollo? ¿Un robot? No puedes ser un robot. Ya no hay robots.

—Estoy yo —dijo Rolo—. No me sorprendería ser el último de ellos.

—Pero si tú eres un robot, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ya te lo he dicho, ¿recuerdas? Estoy atrapado debajo de un árbol. Un árbol pequeño afortunadamente, pero pese a todo me resulta imposible librarme de él. Mi pierna está aprisionada, y aunque he intentado soltarla, me ha resultado imposible. He intentado cavar el suelo para soltar mi pierna de lo que la atrapaba, pero eso me ha resultado imposible también. Debajo de mi pierna hay un lecho de roca; encima está el árbol. No puedo retorcerme para levantar el árbol. Lo he intentado todo, y no hay nada que pueda hacer.

Cushing se inclinó un poco más y observó debajo de las colgantes ramas. Arrastrándose hacia adelante, llegó junto al robot caído y se apoyó sobre sus talones para examinar más de cerca la situación.

Recordaba haber visto imaginativos dibujos de robots en algunas de las revistas que había encontrado en la biblioteca... robots que habían sido dibujados antes de que existieran auténticos robots. Los dibujos representaban enormes y torpes hombres metálicos que indudablemente debían resonar de forma terrible cuando andaban. Rollo no se parecía en nada a ellos. Era una criatura alta y delgada, casi esbelta. Sus hombros eran amplios y de apariencia maciza, y la cabeza que sostenían parecía un poco demasiado grande, un poco desproporcionada, pero el resto de su cuerpo se reducía hasta formar una estrecha cintura, con un ligero ensanchamiento en las caderas para acomodar los alojamientos de las piernas. Las piernas eran delgadas y bien proporcionadas; mirándolas, Cushing pensó en las estilizadas patas de un ciervo. Una de las piernas, vio, estaba atrapada bajo una pesada rama que se había desgajado del enorme arce cuando éste había golpeado el suelo. La rama tenía algo más de treinta centímetros de diámetro.

Rollo vio a Cushing contemplando la rama.

—Podría alzarla lo suficiente como para liberar mi pierna —dijo, pero no he conseguido volverme lo bastante como para sujetarla bien.

—Veamos lo que yo puedo hacer —dijo Cushing.

Avanzó un poco más sobre sus manos y rodillas, pasó las manos por debajo

de la rama. Tiró con un esfuerzo, se dio cuenta de que apenas podía moverla.

—Quizá pueda alzarla lo suficiente si doy un buen tirón —dijo—. Te diré cuándo estoy preparado para levantarla. Entonces intenta soltar tu pierna.

Cushing reptó acercándose un poco más, clavó sólidamente sus rodillas en el suelo, se inclinó, y rodeó la rama con ambos brazos.

—Ahora —dijo. Tensándose, tiró hacia arriba, notó que la rama se movía ligeramente, tiró de nuevo.

—Ya me he soltado —dijo Rollo—. No has necesitado alzarla mucho.

Cuidadosamente, Cushing retiró los brazos, dejando que la rama volviera a caer en su lugar.

Rollo estaba arrastrándose por el suelo, dándose al mismo tiempo la vuelta. Recuperó una bolsa de piel de donde estaba, al lado de un montón de hojas, rebuscó un poco más, y sacó una lanza con punta de hierro.

—Antes no podía alcanzarla —dijo—. Cuando la rama cayó sobre mí, escapó de mi mano.

—¿Estás bien? —preguntó Cushing.

—Sí, estoy bien —dijo el robot. Se sentó, colocó el pie hasta entonces atrapado en su regazo, y lo examinó—. Ni una melladura —dijo—. El metal es duro.

—¿Te importaría decirme cómo te viste metido en este lío?

—En absoluto —dijo Rollo—. Estaba siguiendo mi camino cuando llegó una tormenta. No me preocupó mucho. Un poco de lluvia no podía hacerme ningún daño. Entonces golpeó el tornado. Lo oí llegar e intenté correr. Supongo que lo que hice fue correr directamente hacia él. Había árboles abatiéndose a mi alrededor. El viento empezó a alzarme, luego me dejó caer de nuevo. Cuando toqué de nuevo el suelo, no conseguí mantener el equilibrio. Fue entonces cuando quedé atrapado. La rama se rompió y me atrapó. Luego todo acabó. La tormenta pasó, pero yo no podía moverme. Al principio pensé que se trataba tan sólo de un incidente pasajero.

Confiaba en poder liberarme. Pero, como has visto, no había forma alguna en que pudiera soltarme por mí mismo.

—¿Cuánto hace que te ocurrió eso?

—Puedo decírtelo exactamente. Lo conté. Ochenta y siete días. Lo que más me preocupaba era el óxido. Tenía un poco de aceite de oso en mi bolsa...

—¿Aceite de oso?

—Exacto, aceite de oso. Primero matas un oso, luego enciendes un fuego y extraes su grasa. Cualquier grasa sirve, pero el aceite de oso es el mejor. ¿De qué otro lugar puedes extraer aceite excepto de los animales? Antiguamente utilizábamos un producto petrolífero, pero hace siglos que está agotado. La grasa animal no es tan buena, pero sirve para su propósito. Uno tiene que cuidar un cuerpo como el mío. No puedes permitir que empiece a oxidarse. El metal es bastante bueno, pero aun así, el óxido puede empezar su labor destructora en cualquier momento. Los ochenta y siete días no han constituido un gran problema, pero si no llegas a aparecer tú, me hubiera visto en dificultades. Había supuesto que con el tiempo la madera se pudriría y yo quedaría libre. Pero eso podía tomar varios años. No sé cuántos.

»También era un poco aburrido. Las mismas cosas que contemplar durante todo el tiempo. Nadie con quien hablar. Tenía a esa Serpiente Trémula que ronda por ahí desde hace años. Sin hacer nunca nada, por supuesto, y sin ninguna utilidad para mí, pero siempre yendo arriba y abajo a tu alrededor y culebreando encima de ti y luego de pronto desapareciendo, como si estuviera

jugando contigo o yo que sé. Pero cuando quedé atrapado bajo ese árbol, la Vieja Trémula desapareció, y no he vuelto a verla desde entonces. Si hubiera seguido a mi alrededor me hubiera proporcionado algún tipo de compañía, al menos algo a lo que mirar, y hubiera podido hablar con ella. Nunca me hubiera contestado nada, por supuesto, pero yo le hubiera hablado un montón. Era algo con lo que uno podía hablar. Pero cuando quedé atrapado debajo de ese árbol, desapareció, y no la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Te importaría explicarme qué es exactamente una Serpiente Trémula? —dijo Cushing.

—No lo sé —dijo Rollo—. Era la única que jamás hubiera visto. Nunca antes había oído hablar de ninguna ni había visto ninguna. Jamás había oído hablar de ellas. Tampoco era gran cosa. Simplemente una luz trémula. No andaba ni corría, tan sólo brillaba en el aire, destellando constantemente. A la luz del sol no podías verla destellar muy bien, pero en la oscuridad era algo espectacular. No tenía ninguna clase de forma. Ninguna forma definida, supongo, nada en absoluto. Simplemente unos destellos danzando en el aire.

—¿No tienes ninguna idea de lo que era o de dónde procedía? ¿O del porqué flotaba a tu lado?

—A veces pensaba que era una amiga mía —dijo Rollo—, y me sentía feliz por ello, porque como te he dicho, siendo muy probablemente el último robot, no es que tenga un gran número de amigos precisamente. La mayor parte de la gente, si me viera, no pensaría en mí más que como en una nueva oportunidad de conseguir otra caja craneana. ¿No tendrás por casualidad alguna intención en particular con respecto a mi caja craneana?

—Ninguna en absoluto —admitió Cushing.

—Eso está bien —dijo Rollo—, porque si la tuvieras, debo advertirte que, en caso de verme obligado a ello, podría llegar a matarte para protegerme. Los robots, por si acaso no lo sabes, tenemos una inhibición contra matar, contra cualquier tipo de violencia. Fue implantada en nosotros hace mucho tiempo. Es por eso por lo que ya no quedan robots. Permitieron ser muertos y desarmados sin ni siquiera alzar una mano para protegerse. Hicieron eso o se ocultaron, dejando que el óxido acabara con ellos. Incluso aunque algunos consiguieron aprovisionarse de algo de lubricante para evitar la oxidación, esta provisión no duró siempre, y cuando se acabó no pudieron conseguir más. De modo que se oxidaron, y aquel fue el fin para todos ellos, excepto para las cajas craneanas, que no pueden oxidarse. Y al cabo de muchos años, vino la gente y encontró las cajas craneanas, y las coleccionó.

»Bien, después de que mi pequeña provisión de lubricante se agotara, me reuní en consejo conmigo mismo y me dije que esa estupidez de que los robots fueran tan irritablemente no violentos podía haber sido algo correcto bajo el viejo orden, pero bajo el nuevo orden que había surgido, no tenía ningún sentido en absoluto. Imaginé que podía extraerse aceite de la grasa animal si tan sólo conseguía matar al animal. Enfrentado con la extinción, decidí que podía quebrantar la inhibición y matar por la grasa, y llegué a la conclusión de que lo que debía matar era un oso, puesto que normalmente los osos están repletos de grasa. No resulta fácil de hacer, puedo asegurártelo. Me fabriqué una lanza y practiqué con ella hasta que supe cómo manejarla; luego salí a matar un oso. Como podrás suponer, fracasé. Simplemente no pude hacerlo. Lo tenía todo preparado, y en el último momento me arrugué. Quizá jamás fuera capaz de reunir el valor necesario. En aquellos momentos me sentí

considerablemente desanimado. Estaban empezando a salirme ya algunas manchas de óxido, y sabía que aquello era el principio del fin. Había abandonado ya toda esperanza cuando un día, en algún lugar de las montañas, un enorme oso gris me vio. No sé qué era lo que le ocurría. Debía tratarse de un oso de mal genio, y algo que indudablemente acababa de ocurrirle había agriado aún más aquel mal genio. A menudo me he preguntado qué pudo ser. Quizá le dolía un diente, o se había torcido una pata. Nunca llegaré a saberlo. Quizá el verme le recordó algo que no le gustaba. Fuera como fuese, lo primero que supe de él fue cuando se lanzó a la carga contra mí, los hombros encajados y la boca muy abierta y rugiendo, y aquellas enormes garras por delante. Supongo que si hubiera tenido tiempo me hubiera dado la vuelta y hubiera echado a correr. Pero no tuve tiempo, y tampoco tenía espacio para correr. De modo que, tal como ocurrieron las cosas, resultó que cuando él estaba ya casi sobre mí el miedo que había sentido repentinamente se transformó en rabia. Quizá más desesperación que rabia, en realidad, y pensé, en aquel instante antes de que me alcanzara: «Hijo de puta, quizá puedas agarrarme y desarmarme, pero mientras lo haces, yo voy a agarrarte y desarmarte a ti.» Y recuerdo esto claramente, lo que más claramente recuerdo de todo ello: justo antes de que me alcanzara, con aquella nueva rabia en mí, alcé mi lanza y salté contra él, en el momento preciso en que él iba a agarrarme. Después de aquello, no recuerdo mucho más. Todo es precipitado y confuso. Cuando mi mente se aclaró de nuevo, yo estaba allí de pie, cubierto de sangre, con un ensangrentado cuchillo en la mano, y el oso estaba tendido en el suelo, con mi lanza hundida en su garganta.

»Eso es lo que hice. Así saltó mi inhibición. Habiendo matado una vez, podía matar de nuevo. Retiré la grasa de aquel viejo oso gris, y encontré un arroyo arenoso. Durante varios días acampé junto al arroyo, utilizando la arena para frotar las pocas manchas de óxido que habían aparecido en mí y manteniéndome bien engrasado. Desde entonces me he mantenido siempre bien engrasado.

Nunca me ha faltado la grasa. Hay un montón de osos.

»Pero no hago más que hablar de mis cosas y no te he preguntado quién eres. Bueno, si quieres decírmelo. A un montón de gente no le gustaría decir quién es. Pero tú viniste y me rescataste, y no sé quién eres. No sé a quién debo darle las gracias.

—Me llamo Tom Cushing. Y no hay ninguna necesidad de que me des las gracias. Salgamos de aquí. Estoy acampado a unos pocos pasos de distancia. ¿Has recogido todas tus cosas?

—Sólo la bolsa y la lanza. Eso es todo lo que tengo. Tengo también un cuchillo, pero está todavía en su funda.

—Ahora que estás libre —dijo Cushing—, ¿qué planes tienes?

—Bueno, no tengo ningún plan en absoluto —dijo Rollo—. Nunca tuve ningún plan. He vagado sin ningún propósito durante más años de los que puedo contar. Hubo un tiempo en que eso me preocupó... esa falta de propósito. Pero ahora ya no. Aunque supongo que si alguien me ofreciera un propósito definido, lo aceptaría de buen grado. ¿No tendrás, amigo, algún propósito que puedas compartir conmigo? Porque yo te debo algo.

—Tú no me debes nada —dijo Cushing—, pero sí tengo un propósito. Hablaremos de ello.



Los Árboles rodeaban como un anillo el gran otero, tras vigilar durante toda la noche, del mismo modo que habían vigilado durante siglos, con frío y calor, lluvia y sequía, mediodía y medianoche, nubes y sol. Ahora el sol surgió por el horizonte oriental, y era cálido y su luz se derramó sobre ellos, y le dieron la bienvenida con el sagrado éxtasis y agradecimiento que habían sentido la primera vez que había caído sobre ellos, cuando eran recién plantados retoños puestos allí para cumplir con el propósito para el que habían servido a lo largo de los años, con su sensibilidad y sus emociones no menguadas por el tiempo.

Tomaban el calor y la luz, y los sorbían y los usaban. Conocían el movimiento de la brisa matutina y gozaban de ella, agitando sus hojas en respuesta. Se ajustaban para tomar y utilizar el calor, controlaban la limitada cantidad de agua que sus raíces podían alcanzar, conservándola, sorbiéndola dentro de sus raíces solamente cuando era necesaria, porque aquella era una tierra seca y el agua debía ser utilizada juiciosamente. Y vigilaban; vigilaban constantemente. Captaban todo lo que ocurría. Conocían al zorro que regresaba furtivamente a su madriguera con la llegada del amanecer; a la lechuza que volvía volando a casa, medio cegada por la luz de la mañana (había permanecido fuera demasiado tiempo); al pequeño grupo de chopos que se alineaba junto al pequeño curso donde el agua fluía a regañadientes siguiendo un sendero rocoso; al ratón que, habiendo escapado al zorro y a la lechuza, se metía chillando en su escondrijo; al oscilante oso gris que caminaba pesadamente por la desecada llanura, el gran señor de la región, que no admitía interferencia de nada vivo, ni siquiera de aquellas extrañas criaturas de dos patas que caminaban erguidas y que los Árboles atisbaban ocasionalmente; a la distante horda de ganado salvaje que consumía los escasos pastos, lista para emprender el galope en un calculado frenesí en el momento mismo en que la bamboleante cabeza del oso se volviera en su dirección; al gran pájaro de presa que surcaba muy alto el aire, observando el vasto territorio que era su dominio, hambriento ahora, pero confiado de que antes de terminar el día encontraría la presa agonizante o muerta que le proporcionara su comida.

Los Arboles conocían la estructura de los copos de nieve, la química de las gotas de lluvia, el esquema molecular del viento. Eran conscientes del compañerismo de la hierba, los demás árboles y arbustos, el resplandor de la primavera en las flores de la pradera, que brotaban efímeramente en su estación; del compañerismo hacia los pájaros que anidaban en sus ramas; eran conscientes de las hormigas y de las abejas y de las mariposas.

Glorificaban el sol y conocían todo lo que se movía a su alrededor, y hablaban los unos con los otros, no tanto para recopilar información (aunque podían hacerlo si era necesario) sino como un asunto de aceptar el uno al otro su presencia, de darse a conocer, de decir que todo iba bien... un momento de contacto entre camaradas para decirse que todo iba bien.

Por encima de ellos, en el monte, los antiguos edificios se erguían altos contra el cielo, contra la palidez del azul, que no albergaba ni una sola nube, un cielo pulido por el ascendente sol y acicalado por el verano.

La pequeña fogata ardía sin ningún humo. Meg estaba arrodillada a su lado, cocinando el pan en la sartén. A un lado, Rollo permanecía sentado, absorto en el ritual de engrasarse, extrayendo el maloliente aceite de oso de una botella hecha con una calabaza. Andy pateaba y agitaba la cola para alejar a las moscas mientras dedicaba su concentrada atención a los manojos de hierba que asomaban del suelo aquí y allá. A corta distancia, el invisible río murmuraba y gorgoteaba mientras discurría por su cauce. El sol estaba a media altura en el cielo oriental, y el día sería muy cálido un poco más tarde, pero allí, en aquel espacio oculto entre los árboles caídos, la temperatura era aún agradable.

—¿Dices, chico —murmuró Meg—, que la banda a la que viste era tan sólo de veinte?

—Más o menos —dijo Cushing—. No puedo estar seguro. Pero no más de veinte, creo.

—Un grupo explorador, lo más probable. Enviado sin duda para echarle un vistazo a la ciudad. Para descubrir la localización de las tribus. Quizá sea conveniente quedarnos aquí por un tiempo. Es un buen refugio, no fácil de descubrir.

Cushing agitó la cabeza.

—No, seguiremos adelante, cuando llegue la noche. Si la horda está avanzando hacia el este y nosotros vamos hacia el oeste, muy pronto nos libraremos de ella.

La mujer señaló con su cabeza al robot.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó.

—Si quiere, puede venir con nosotros. No he hablado con él del asunto.

—Capto, con respecto a esa empresa —dijo Rollo—, algo parecido a la urgencia, y un propósito bien definido. Aunque no sé de qué se trata, estaría dispuesto a correr el riesgo de asociarme a él. Tengo el orgullo de creer que podría prestar algunos pequeños servicios. Puesto que no necesito dormir, puedo montar guardia mientras los demás duermen. Puesto que mi ojo es agudo y mi movimiento rápido, puedo actuar como explorador. Conozco bien las regiones salvajes, puesto que me he visto obligado a vivir en ellas, más allá de la caza de los hombres. No consumo provisiones, ya que me nutro únicamente de la energía solar. Dadme unos cuantos días de luz solar y puedo almacenar la energía suficiente para un mes o más. Y soy un buen compañero, porque nunca me canso de hablar.

—Eso es cierto —dijo Cushing—. No ha parado de hablar desde el momento en que lo encontré.

—Muchas veces —dijo Rollo— me he visto obligado a hablarme a mí mismo. Lo cual no es demasiado malo si no tienes a nadie más con quien hablar. Hablando contigo mismo es posible encontrar muchos temas de concordancia, y no necesitas hablar nunca de temas que te resulten desagradables.

»El mejor año que haya pasado nunca fue hace mucho tiempo, en las profundidades de las Montañas Rocosas, cuando tropecé por casualidad con un viejo montañés que necesitaba ayuda. Era un viejo personaje que había caído víctima de una extraña enfermedad que ponía sus músculos rígidos y hacía que le dolieran las articulaciones, y de no ser por mi llegada accidental, no creo que hubiera resistido todo el invierno, puesto que cuando llegara el frío

no se habría visto capaz de cazar su comida o reunir la leña necesaria para mantener caliente su cabana. Me quedé con él y le proporcioné caza y madera, y puesto que él ansiaba hablar tanto como yo, hablamos durante todo el invierno; él me contaba los grandes acontecimientos en los que había participado o de los que había sido testigo, y en muchos de ellos debía haber algo más que la verdad, aunque yo nunca se los discutí, porque en lo que a mí respecta lo que me interesaba era la charla, no la veracidad. Y yo hilvanaba relatos para él, aunque poco ornamentados, de cómo había pasado mi tiempo desde los Días Turbulentos. A principios del siguiente verano, cuando su dolor hubo remitido y se vio capaz de viajar, partió hacia lo que él llamaba «el lugar de cita», una zona de reunión para gente como él. Me pidió que fuera con él, pero rechacé su ofrecimiento, a decir verdad, debo confesarlo, porque he llegado a la conclusión de que ya ningún hombre me quiere. Exceptuando la actual compañía, que parece bienintencionada, no he conseguido nada excepto problemas en esas pocas veces en que he tenido contacto con los hombres.

—Entonces, ¿puedes recordar los Días Turbulentos? —dijo Cushing—. ¿Los viviste, y sus recuerdos son claros?

—Oh, muy claros —dijo Rollo—. Recuerdo las cosas que ocurrieron, pero es inútil que me preguntes por su significado, porque por aquel entonces no lo comprendía, y pese a que he pensado mucho en ello, sigo sin comprenderlo ahora. Entiende, yo era un vulgar robot doméstico, encargado de hacer los recados y las tareas sencillas. No tenía adiestramiento especial excepto en las cosas simples, aunque tengo entendido que había muchos de mi especie que habían recibido un adiestramiento especial, que eran hábiles técnicos y muchas otras cosas. Mis recuerdos son en su mayor parte desagradables, aunque en los últimos siglos he aprendido a vivir con las situaciones del momento, aceptando cada día tal como se presentaba y no quejándome de las condiciones existentes. No fui diseñado para ser un mecanismo solitario, pero en eso es en lo que me he visto obligado a convertirme. Pero pese a las amargas circunstancias, he sido capaz de vivir por y para mí mismo, aunque nunca me he sentido realmente feliz con ello. Por eso he sugerido tan de buen grado que podía asociarme con vuestra empresa.

—¿Sin saber siquiera —preguntó Meg— cuál podía ser esa empresa?

—Aun así —dijo Rollo—. Si más tarde ocurre que no me gustan o su aspecto o su olor, puedo simplemente retirarme de ella.

—No es una empresa cuestionable —dijo Cushing—. Se trata de una simple búsqueda. Estamos buscando un Lugar de Ir a las Estrellas.

Rollo asintió ponderadamente.

—He oído hablar de él. No extensamente. No como algo que sea muy conocido, sino como algo de lo que uno oye hablar ocasionalmente, con años de diferencia entre una y otra vez. Está situado, por todo lo que puedo determinar, en una meseta o en un otero, en algún lugar al oeste. La meseta o el otero se halla rodeado por un extenso anillo de Árboles que la leyenda dice que mantienen la guardia sobre el lugar y no permiten pasar a nadie. Y hay otros dispositivos, se dice, que lo guardan, aunque no tengo un conocimiento cierto y seguro de esos dispositivos.

—Entonces, ¿existe ese lugar?

Rollo abrió las manos.

—Quién sabe. Hay muchos relatos de extraños lugares, extrañas cosas,

extraña gente. El viejo con el que pasé el verano lo mencionó... creo que sólo una vez. Pero contaba muchas historias, y no todas eran verdad. Dijo que el lugar era llamado el Otero del Trueno.

—El Otero del Trueno —dijo Cushing—. ¿Sabes dónde puede estar ese Otero del Trueno?

Rollo agitó la cabeza.

—En algún lugar en la región de las Grandes Llanuras. Eso es todo lo que sé. En algún lugar más allá del gran Missouri.

12

Extractos de la *Historia* de Wilson:

*Una de las extrañas evoluciones que parece haber seguido al Colapso y que se ha desarrollado en los siglos posteriores es el incremento de las facultades y habilidades especiales humanas. Hay muchas historias referentes a algunas personalidades que poseen esas habilidades, algunas de ellas superando todo lo creíble, aunque con respecto a su veracidad no puede decirse nada seguro.*

*En las estanterías de esta universidad existe una extensa literatura sobre las posibilidades de lo paranormal y, de hecho, algunas historias que parecen indicar la realización de tales posibilidades. Hay que señalar, sin embargo, que una gran parte de esta literatura es teórica y en algunos casos controvertida. Tras un examen profundo de la literatura pre-Colapso (que es todo lo que tenemos, por supuesto), parece razonable concluir que hay suficientes ejemplos convincentes referidos a lo psíquico o a lo paranormal como para dar una cierta sustancia a la creencia de que algunas de las teorías pueden ser correctas.*

*Desde el Colapso, aunque no existe documentación sobre la cual poder fundar ningún juicio, parece que ha sido observada una mayor concentración de fenómenos paranormales y psíquicos que antes. Uno debe darse cuenta, por supuesto, de que ninguno de esos informes puede someterse al tipo de examen crítico y vigilancia que eran posibles en el pasado. Por esta razón, que ninguno de ellos ha sido expurgado, pueden parecer como más frecuentes de lo que realmente son. Cada caso, una vez se ha informado de él, se convierte en una historia que contar en medio de un maravillado asombro y sin demasiada preocupación acerca de si es cierta o no. Pero incluso teniendo esto en cuenta, sigue existiendo la impresión de que este tipo de fenómenos está a todas luces incrementándose.*

*Hay algunos en esta universidad, con quienes he hablado, que piensan que este incremento puede deberse, en parte al menos, al progreso y difusión del molde físicamente científico y tecnológico anterior al Colapso que había dominado a la humanidad. Si a un hombre (o a una mujer), señalan esos colegas míos, se le dice lo bastante a menudo que algo es imposible, o peor, que es una estupidez, existe una disminución en la propensión a creer en ello, o a suscribirlo. Eso puede significar que aquella gente pre-Colapso que se había decantado hacia lo psíquico o lo paranormal pudo haber silenciado sus propias habilidades o (lo que es casi lo mismo) cualquier creencia firme en sus habilidades (porque ¿quién hace demostración de ellas ante su imposibilidad, o se dedica abiertamente a prácticas denigradas?), con el resultado de que cualquier progreso en ese campo quedó abortado. El resultado final debió ser*

*que todo un campo del comportamiento y las habilidades humanas tuvo que ser dejado de lado, si no eliminado, frente a los dictados de orden tecnológico de que se trataba de algo estúpido o imposible.*

*Hoy no queda nada de esos dictados. El pensamiento tecnológico quedó completamente desacreditado, si no enteramente barrido, con la destrucción de las máquinas y de los sistemas sociales que éstas habían edificado. Lo cual, tras un siglo o dos, dejó a la raza humana libre de seguir adelante con esas estupideces que anteriormente hubieran sido mal vistas, si no enteramente proscritas, por una mentalidad tecnológica. Puede ser también que la actual situación creara un clima y un entorno en los que el pensamiento no tecnológico y la aproximación humana a los problemas tuvieran una posibilidad de desarrollarse. Pensando en ello, uno se pregunta en qué hubiera podido convertirse el mundo si la ciencia a la cual se había abocado el hombre no hubiera sido casi exclusivamente una ciencia física y biológica y si, en un tal caso, la tecnología hubiera podido seguir adelante. La mejor situación, por supuesto, hubiera sido que todas las ciencias y las ideas derivadas de ellas hubieran recibido un trato igual, de modo que hubieran podido trabajar conjuntamente e interrelacionarse. La forma en que sucedieron las cosas, sin embargo, fue que una de las líneas de pensamiento sirvió para estrangular a todas las demás líneas de pensamiento...*

13

Viajaron río arriba, avanzando ahora a la luz del día puesto que eran dos para vigilar la pradera... Cushing o Rollo explorando desde la cima de las lomas, en busca de partidas de guerra u otros peligros. En los primeros días descubrieron algunas bandas; ninguna de ellas estaba interesada en el valle del río, pero avanzaban hacia el este. Observándolas, Cushing sintió una punzada de preocupación respecto a la universidad, pero se dijo a sí mismo que era poco probable que fuera atacada. Y aunque lo fuera, su alto muro detendría a cualquier atacante excepto uno que fuera mucho más persistente que una banda nómada.

El río Minnesota, cuya corriente remontaban, era un curso de agua más tranquilo que el Mississippi. Discurría en amplios meandros por un terreno lleno de bosques, del mismo modo que caminaría un hombre perezoso, no exactamente remoloneando, pero sin apresurarse tampoco. En términos generales era un río estrecho, aunque en ocasiones se ensanchaba formando tranquilos remansos de aguas estancadas que se veían obligados a rodear.

Al principio, Cushing se preocupó por lo despacio que estaban avanzando. Solo, hubiera cubierto dos veces aquella distancia en la mitad de tiempo, pero a medida que pasaban los días y no aparecían más bandas guerreras, la urgencia fue desapareciendo. Después de todo, se dijo, no se había impuesto ningún límite de tiempo para el viaje.

Habiendo dejado de lado las preocupaciones, se concentró en gozar del viaje. Durante los años en la universidad, había olvidado de algún modo la excitación de la vida al aire libre que ahora seguía de nuevo: el neblinoso frío de primera hora de la mañana; la ascensión del sol en el cielo oriental; el sonido del viento entre las hojas; la estela en forma de V trazada por una rata almizclera nadando; la repentina belleza de un escondido macizo de flores; el

ulular de los buhos cuando el anochecer se aposentaba en el río; el sonido de los mapaches; el aullar de los lobos en las colinas. Vivían de lo que les proporcionaba el terreno: peces del río, nueces y frutas, conejo asado, una ocasional perdiz o pato.

—Esto es mejor para comer, chico muchacho —dijo Meg—, que masticar ese pedazo de cecina que llevas en tu mochila.

La miró con ojos llameantes.

—Puede que llegue un momento —dijo— en que nos alegremos de tener esa cecina.

Porque sabía que aquella era la parte fácil del viaje, la de la abundancia. Cuando tuvieran que abandonar el río y encaminarse hacia el oeste a través de las llanuras, las cosas iban a ser más difíciles.

Al cabo de unos pocos días la Serpiente Trémula de Rollo apareció de nuevo y danzó en torno a él. Era una cosa elusiva y ridícula, una pequeña mota de polvo estelar estremeciéndose a la luz del sol, brillando con una extraña luz propia en la oscuridad de la noche.

—Hubo un tiempo en el que creí que era amiga mía —dijo Rollo—. Diréis que es algo extraño el considerar una pequeña luz trémula como un amigo, pero para alguien que ha permanecido solo y sin amigos durante varios siglos, incluso una cosa tan insustancial como un destello a la luz del sol puede parecer un amigo. No tardé en descubrir, sin embargo, que era un amigo inconstante. Cuando estuve atrapado debajo del árbol me abandonó, y no ha regresado hasta ahora. Durante todos esos días hubiera podido utilizarla; hubiera estado ahí, hubiera podido decirme a mí mismo que no me hallaba solo. No me preguntéis qué es, no tengo la menor idea. He pasado muchas horas intentando elaborar alguna especie de racionalización que me permitiera darle alguna explicación. Pero nunca he hallado ninguna. Y no me preguntéis por qué se unió al principio a mí, porque hace tanto tiempo de ello que a veces me siento tentado a decir que siempre ha estado conmigo. Aunque eso no puede ser cierto, ya que recuerdo un tiempo en el cual no estaba conmigo.

El robot hablaba incesantemente. Hablaba y hablaba, como si todos aquellos años de soledad hubieran acumulado palabras en él que pugnaran ahora por salir.

—Puedo recordar lo que vosotros denomináis los Días Turbulentos —les dijo, sentados en torno al pequeño fuego (pequeño y bien oculto, a fin de que no exhibiera una gran iluminación)—, pero no puedo extraer mucha comprensión de ellos, porque no me hallaba en posición de saber cuál podía haber sido la situación. Yo era un robot doméstico en una gran casa que se alzaba en la parte superior de una colina que dominaba un enorme río, aunque no era el río que vosotros llamáis el Mississippi, sino otro río en algún lugar al este. No estoy seguro de haber sabido nunca el nombre del río ni el nombre de los propietarios de la casa, porque esas eran cosas que un robot doméstico no necesitaba saber, de modo que no se las habían dicho. Pero al cabo de un tiempo, quizá algún tiempo después de que empezara todo, aunque no puedo estar seguro, nos llegó la noticia a mí y a otros robots de que la gente estaba destruyendo las máquinas. Eso era algo que no podíamos comprender. Después de todo, sabíamos que todo el mundo confiaba mucho en las máquinas. Recuerdo que hablamos y especulamos acerca de ello y no encontramos respuestas. No creo que esperáramos respuestas. Por aquel entonces la gente que vivía en la casa había huido; por qué había huido o

dónde había ido era algo que no teníamos forma de saber. Nadie, entendido, nos había dicho nada. Se nos había dicho lo que teníamos que hacer y eso era todo lo que necesitábamos saber. Seguíamos realizando nuestras habituales tareas familiares, aunque ahora no había nadie para decirnos lo que debíamos hacer, y el que realizáramos o no nuestras tareas no tenía la menor importancia.

»Entonces, un día... recuerdo eso muy bien, porque fue un shock para mí... uno de los robots nos dijo que después de pensar un poco sobre el asunto había llegado a la conclusión de que todos nosotros también éramos máquinas, y que si la destrucción de las máquinas continuaba, nosotros también íbamos a ser destruidos. Los destructores, dijo; no se habían vuelto aún contra nosotros porque éramos de menor importancia que las otras máquinas que estaban siendo destruidas. Pero nuestro momento llegaría, dijo, cuando hubieran acabado con las otras. Esto, como podéis imaginar, causó una gran consternación entre nosotros, y no pocas discusiones. Había aquellos que podían darse cuenta inmediatamente de que nosotros éramos a todas luces máquinas, mientras que muchos otros estaban convencidos de que no lo éramos. Recuerdo que escuché la discusión durante un rato, sin tomar demasiada parte en ella, pero, tras pedirme consejo finalmente a mí mismo, llegué a la conclusión de que éramos máquinas, o al menos podíamos ser clasificados como máquinas. Y llegado a esta conclusión, no perdí tiempo en lamentaciones sino que me dediqué a pensar. Si este era el caso, ¿qué camino debía tomar para protegerme? Finalmente me pareció claro que el mejor camino sería encontrar un lugar donde los destructores no pensarán en buscarme. No animé a mis compañeros a seguir ese mismo camino, ¿por qué debía decirles lo que tenían que hacer?, y creo que pensé también que un robot solo, actuando por sí mismo, tenía mayores posibilidades de escapar a la destrucción que si iba con otros robots, puesto que un grupo de nosotros atraería la atención, mientras que un robot solo tenía mayores posibilidades de escapar a toda detección.

»De modo que me marché tan silenciosamente como pude y me oculté en muchos lugares, porque no había ningún sitio seguro donde esconderse. Finalmente, pude confirmar por otros robots fugitivos con los que me encontré que los destructores, habiendo terminado con las máquinas más importantes, estaban dando caza a los robots. Y no, entendido, porque representáramos una gran amenaza para ellos, sino simplemente porque éramos máquinas y la idea parecía ser eliminar a todas las máquinas, no importaba lo insignificantes que fueran. Lo que hacía peor las cosas era que no nos daban caza con el mismo espíritu de rabia y fanatismo que los había impulsado a destruir a las demás máquinas, sino que nos estaban cazando como deporte, del mismo modo que podrían cazar un zorro o un mapache. De no ser por eso, hubiéramos podido soportar mejor esa caza, porque al menos se nos hubiera concedido la dignidad de representar una amenaza para ellos. Pero no había ninguna dignidad en ser cazado del mismo modo que un perro caza a un conejo. Para añadir una mayor indignidad, supe que cuando éramos destruidos y desarmados, nuestras cajas craneanas eran apiladas como trofeos de caza. Esto, creo, fue el detalle final que aglutinó toda la amargura y el miedo que albergábamos sin saberlo en nuestro interior. Lo más terrible de todo ello era que lo único que podíamos hacer era correr o escondernos, porque estábamos inhibidos contra cualquier tipo de violencia. No podíamos protegernos a

nosotros mismos; solamente podíamos correr. En mi propio caso, rompí esa inhibición, mucho más tarde, y más por accidente que por otra cosa. Si aquel oso gris medio loco no me hubiera atacado, aún me sentiría abrumado por la inhibición. De lo cual tengo que alegrarme, puesto que si no me hubiera atacado para romper la inhibición nunca hubiera sido capaz de conseguir la grasa que utilizo para protegerme del óxido, y ahora no sería más que un cascarón oxidado, con mi caja craneana aguardando a que alguien la encontrara y se la llevara a casa como un recuerdo.

—No exactamente como un recuerdo —dijo Cushing—. Hay mucho más que eso implicado en ello. Unido a las cajas craneanas de tus compañeros hay un simbolismo místico que aún no es comprendido. Hace un millar de años un hombre en la universidad escribió una historia de los Días Turbulentos y, en ella, especuló sobre el ritual del coleccionismo de cajas craneanas y su simbolismo, pero sin llegar a ninguna conclusión. Hasta que leí la historia, yo no había oído hablar de esa costumbre. Me pasé tres años recorriendo los bosques, principalmente en el sur, y nunca había oído nada de ella. Quizá fuera debido a que prefería siempre mantenerme alejado de la gente. Esa es una buena regla para un vagabundo de los bosques. Daba un rodeo a las tribus. Excepto por accidente, me mantenía siempre apartado de todo el mundo.

Rollo cogió su bolsa y hurgó en ella.

—Llevo aquí conmigo —dijo— la caja craneana de un camarada desconocido. La llevo desde hace años. Es un asunto sentimental, quizá; tal vez como lealtad; o tal vez como un defensor y cuidador de los muertos; no lo sé. La encontré hace muchos años en un viejo asentamiento abandonado, una antigua ciudad. La vi brillando al sol, no toda ella, sólo la parte que quedaba expuesta. Yacía en medio de un montón de hierros oxidados, lo que había sido antes la cabeza de un robot. Cavando un poco más, descubrí la silueta a grandes rasgos del cuerpo, convertido en óxido, no mucho más que una ligera coloración en el suelo. Esto es lo que les ocurrió a la mayoría de aquellos de nosotros que escapamos de los cazadores humanos, quizá a todos excepto a mí. Una vez ya no tuvimos ninguna clase de aceite para proteger nuestros cuerpos, el óxido empezó a insinuarse, y a lo largo de los años fue extendiéndose gradualmente, como una enfermedad sobre la que no tienes ningún control, mordiendo cada vez más profundamente hasta el día en que nos incapacitó por completo y ya no pudimos movernos. Nos quedamos tendidos allí donde caímos, incapacitados por el óxido, y a medida que iban pasando los años el óxido fue penetrando cada vez más. Finalmente nos convertimos en un montoncillo de óxido, una silueta de óxido que señalaba los contornos del cuerpo. Las hojas secas revolotearon sobre esa silueta, y el mantillo del bosque o el mantillo de la pradera, formado bien por hojas podridas o por hierbas podridas, nos cubrió y nos ocultó. El viento arrojó más polvo sobre nosotros, y nuevas plantas crecieron dentro de nosotros, o encima, más lujuriantes que en otros sitios, alimentándose del hierro que había formado nuestros cuerpos. Pero la caja craneana, construida con algún tipo de metal indestructible al que hoy no podemos dar un nombre, permaneció. Así que tomé esa caja craneana y la puse en mi bolsa, para fastidiar al humano que pudiera llegar y encontrarla. Mejor que la tenga y la guarde yo, a que un humano...

—¿Odias a los humanos? —preguntó Meg.



—No, nunca los he odiado. Temerles sí; siempre les he temido. Siempre me he mantenido fuera de su camino. Pero ha habido también algunos a los que nunca he temido. El viejo cazador con el que pasé casi un año. Y vosotros dos. Tú me salvaste del árbol.

Tendió la caja craneana.

—Tomad, echadle un vistazo —dijo—. ¿Habíais visto alguna vez alguna?

—No, yo nunca —dijo Meg.

Se sentó, dándole vueltas y más vueltas entre sus manos, con la luz del fuego poniendo resplandores rojizos en ella. Finalmente se la devolvió a Rollo, y éste la metió de nuevo en su bolsa.

A la mañana siguiente, cuando Rollo había salido a explorar, Meg le dijo a Cushing:

—Esa caja craneana, chico. La que me mostró el robot. Está viva. Pude sentirlo. Pude sentir la vida a través de las yemas de mis dedos. Estaba fría, pero viva y consciente y sombría... tan sombría, tan sola, y sin embargo, en algunos aspectos, no enteramente sola. Sin esperanzas, y sin embargo no desesperada. Como si la frialdad y la oscuridad fueran una forma de vida. Y viva. Sé que estaba viva.

Cushing inspiró profundamente.

—Eso significa...

—Que tienes razón. Si ésta está viva, entonces todas las demás están vivas también. Todas aquellas que han sido coleccionadas. Todas aquellas que están depositadas en los lugares más insospechados.

—Sin ninguna percepción externa —dijo Cushing—. Desconectadas de toda visión, de todo sonido, de todo contacto con cualquier otra vida. Un hombre se volvería loco...

—Un hombre sí. Pero esas cosas no son hombres, rufián. Son un llanto por otro tiempo. Robots... Pronunciamos la palabra, desde luego, pero no sabemos lo que eran, o son. Cajas craneanas de robots, decimos, pero nadie, nadie excepto nosotros dos, sospecha que aún están vivas. Los robots, pensamos, se extinguieron. Tuvieron en otro tiempo una existencia legendaria, como los dragones. Y entonces, de pronto, apareciste tú andando y entraste en el campamento con un robot pisándote los talones. Dime, ¿le pediste tú que se quedara con nosotros? ¿O fue él quien pidió quedarse?

—Ninguno de los dos. Simplemente se quedó. Como se quedó, hará un año o así, con el viejo cazador. Pero me alegra tenerlo aquí con nosotros. Es de una gran ayuda. No creo que debas decirle lo que acabas de decirme a mí.

—Nunca —dijo Meg—. No, sería muy duro para él. Lo atormentaría. Es mejor que piense que están muertos.

—Tal vez sepa la verdad.

—No lo creo —dijo ella.

Juntó sus manos formando copa, como si sostuviera aún la caja craneana.

—Chico —dijo—, podría llorar por ellos. Por todas esas pobres cosas perdidas encerradas en la oscuridad. Pero se me ocurre que ellos quizá no necesiten mis lágrimas. Puede que tengan alguna otra cosa.

—Estabilidad —dijo Cushing—. Soportando una situación que conduciría a un hombre a la locura. Quizá una extraña filosofía que descubra dentro de ellos algún factor que haga innecesario ningún contacto con el exterior. ¿Has hecho algún esfuerzo por comunicarte, por llegar a él?

—Nunca me atrevería a ser tan cruel —dijo Meg—. Deseaba hacerlo; el

impulso estaba ahí. Hazle saber que no está solo, dale algún tipo de consuelo. Y entonces me di cuenta de lo cruel que podía llegar a ser eso. Darle alguna esperanza cuando no hay ninguna esperanza. Entrar en contacto con él cuando ha pasado nadie sabe cuánto tiempo aprendiendo a aceptar la soledad y la oscuridad.

—Creo que tienes razón —dijo Cushing—. No podemos hacer nada por ellos.

—Dos veces —dijo Meg—, en un corto espacio de tiempo, he tocado dos inteligencias: la caja craneana y la piedra viviente, esa piedra que encontramos. Te dije que mis poderes eran miserables, y el haber tocado esas dos vidas casi me hace desear no tener ningún poder en absoluto. Sería mejor no saber. La cosa que hay dentro de la caja craneana me llena de tristeza, y la piedra de temor.

Se estremeció.

—Esa piedra, chico. Era vieja... tan vieja, tan dura, tan cínica.

Aunque cínica no es la palabra. Insensible. Quizá esa sea la palabra. Una cosa llena con repulsivas memorias tan viejas que están petrificadas. Como si procedieran de algún otro lugar. No memorias como las que pueden producirse aquí sobre la tierra. De algún otro lugar, afuera. De un lugar de sempiterna noche, donde ningún sol ha brillado nunca y no existen cosas como la alegría.

Se tropezaron tan sólo con una persona en su viaje... un sucio viejo que vivía en una cueva que había excavado en la ladera de una colina mirando al río, una cueva protegida con maderos, para proporcionarle una hedionda madriguera donde poder dormir o resguardarse de las inclemencias del tiempo. Dos perezosos perros les ladraron a los intrusos, con una singular falta de entusiasmo, hasta que el viejo les hizo callar. Entonces los perros se tendieron a su lado, reanudando su sueño, sus colas agitándose para ahuyentar a las moscas que zumbaban en torno suyo. El hombre sonrió, mostrando unos dientes podridos.

—Son inútiles —dijo, señalando a los perros—. Los canes más inútiles que haya tenido nunca. Hubo un tiempo en que eran buenos mapacheros, pero ahora sólo consiguen que trepen a los árboles los demonios. Por supuesto, es culpa de los demonios; apestan horriblemente. Pero vuelve loco a un hombre el perder una noche cazando mapaches, y descubrir que lo que hay subido al árbol es un demonio. No vale la pena que el hombre pierda el tiempo matando a uno de ellos. No hay nada que puedas hacer con un demonio. Son tan correosos que no puedes cocinarlos de ninguna manera que puedas hincarles el diente, y aunque pudieras, su sabor te haría vomitar de inmediato.

Hizo una pausa.

—Supongo que sabréis que hay partidas de guerra por aquí. La mayor parte de ellas permanecen en la pradera. No necesitan venir hasta aquí, porque allí encuentran el agua suficiente. A algún gran jefe se le ha metido un puercoespín bajo la cola y se ha lanzado a la carga. En dirección a las ciudades, muy probablemente. Con lo cual va a armarse una buena. Las tribus urbanas son duras de pelar, os lo digo yo. Utilizan todo tipo de trucos sucios. Nada de luchar leal mente. Cualquier cosa con tal de vencer. Y supongo que es su derecho, aunque deje un mal sabor de boca. Sus partidas de guerra han estado pasando constantemente durante la última semana. Ahora parece haberse reducido un poco su número. En otra semana o así las veremos retrocediendo arrastrando la cola y frotándose los pateados culos.

Escupió al suelo y añadió:

—¿Qué es eso que traéis con vosotros? He estado estudiándolo y no tiene ningún sentido. Parece exactamente uno de esos robots de los que dice alguna gente que existían hace mucho tiempo. Mi abuela, recuerdo, me contaba historias acerca de robots. Historias acerca de un montón de cosas; no dejaba de parlotear, siempre contando historias. Pero ya sabéis, incluso cuando era solamente un chaval, yo ya sabía que tan sólo eran historias. Nunca existieron un montón de cosas de las que hablaba. Nunca existieron los robots. Yo le preguntaba dónde había oído ella sus historias y ella me respondía que su abuela se las había contado, y esa abuela probablemente las había oído a su vez de su propia abuela. Parece mentira cómo perpetúan las historias las personas viejas. Uno pensaría que al cabo de un cierto tiempo esas historias terminarían muriendo, pero no, resulta que siempre hay demasiadas abuelas parlotando todo el tiempo.

Una nueva pausa.

—¿Queréis compartir un bocado conmigo? Ya casi es hora de comer, y me siento orgulloso de tener a alguien aquí conmigo. Tengo un poco de pescado y una pierna de mapache que aún está fresca...

—No, gracias —dijo Cushing—. Vamos con un poco de prisa. Debemos continuar.

Dos días más tarde, justo antes del anochecer, Cushing, caminando a lo largo de la orilla del río con Meg y Andy, alzó la vista hacia el risco y vio a Rollo bajando de él apresuradamente. Su metálico cuerpo resplandecía a la luz del sol occidental.

—Ocurre algo —dijo Cushing—. Hay algún tipo de problema.

Miró a su alrededor. En los últimos días el río se había estrechado y los riscos a ambos lados se habían hecho más escabrosos. Una estrecha línea de árboles crecía aún al borde del agua, pero no los altos árboles que habían encontrado más corriente abajo. En el centro del río había una isla, una pequeña isleta cubierta por un denso grupo de sauces.

—Meg —dijo—, toma a Andy. Cruza hasta la isla. Métete tanto como te sea posible entre los sauces y quédate quieta. Manten a Andy tranquilo. No dejes que haga ningún ruido. Aferra sus belfos para que no pueda relinchar.

—Pero, chico muchacho...

—Muévete, maldita sea. No te quedes aquí. Ve hasta esa isla. Es menos de un centenar de metros de agua.

—Pero no sé nadar —protestó ella.

—No es profundo —restalló él—. Puedes hacer el camino andando. El agua no va a llegarte ni a la cintura. Sujeta fuerte a Andy; si te ves en problemas, él te sacará.

—Pero...

—¡Muévete! —dijo él, empujándola.

Rollo había llegado abajo del risco, corriendo como un poseso hacia el río. Un torbellino de hojas muertas formaba como una estela tras él.

—Una partida de guerra —exclamó—. Muy cerca detrás de mí, Aviniendo rápido.

—¿Te han visto?

—No lo creo.

—Entonces vamos —dijo Cushing—. Sujétate fuerte a mi cinturón. Hay barro en el fondo. Intenta no resbalar.

Meg y Andy, vio, casi habían alcanzado la isla. Se metió en el agua, sintió la corriente golpearle y empujarle.

—Me estoy sujetando fuerte —dijo Rollo—. Pero aunque me soltara, puedo reptar atravesando el río, bajo el agua. No puedo ahogarme. No necesito respirar.

Meg y Andy habían alcanzado la isla y desaparecido entre los sauces. Cushing, a mitad de camino, miró por encima de su hombro. No había señales de nadie sobre el risco. «Unos cuantos minutos más —pensó—. Es todo lo que necesito».

Alcanzaron la isla y treparon a ella y se metieron entre los sauces.

—Ahora estáte quieto —dijo Cushing—. Ve a reunirse con Meg. Ayúdala a mantener a Andy tranquilo. Habrá caballos. Puede intentar hablar con ellos.

Volviéndose, Cushing se arrastró hasta la orilla, agazapado. Escudado por las colgantes y densas ramas de los sauces, miró al otro lado del río. No había ninguna señal de nadie. Un oso negro había bajado al río, justo un poco más allá del lugar por donde habían cruzado, y permanecía inmóvil en aquel lugar con una expresión estúpida en su rostro, metiendo en el agua primero una pata, luego la otra, y agitándolas delicadamente al sacarlas. La parte superior del risco estaba vacía. Unos cuantos cuervos alzaron el vuelo hacia allí desde la delgada línea de árboles que flanqueaban la orilla, graznando quejumbrosamente.

Quizá Rollo se había equivocado, se dijo a sí mismo... no equivocado acerca de ver una banda de guerra, sino en calcular hacia dónde se dirigían. Quizá se habían desviado antes de alcanzar el borde del risco. Pero incluso así, incluso si el cálculo de Rollo había sido equivocado, con una partida de guerra en las inmediaciones no había sido una mala idea el ponerse a cubierto. Habían tenido suerte de tener aquella isla cerca, pensó. Al contrario que el valle río abajo, aquí no había muchos sitios donde ocultarse. Más adelante, río arriba, aún habría menos. Estaban adentrándose en la zona de las praderas, y el valle se iría haciendo cada vez más estrecho y con menos árboles. Llegaría un momento en el que tendrían que abandonar incluso la escasa protección que ofrecía el valle y dirigirse al oeste por la llanura.

Miró río arriba y río abajo y vio que el oso se había marchado. Algún pequeño animal, un visón o una rata almizclera, probablemente una rata, había abandonado la punta inferior de la isla y estaba nadando vigorosamente en dirección oblicua a favor de la corriente, hacia la otra orilla.

Cuando volvió a mirar a la cima del risco, ya no estaba vacía. Un pequeño grupo de jinetes se recortaba contra el cielo, con sus lanzas al hombro apuntando hacia arriba. Permanecían sentados inmóviles, aparentemente mirando hacia abajo, al valle. Llegaron más, a lomos de sus caballos y alineándose junto a los que ya estaban allí. Cushing contuvo la respiración. ¿Era posible que mirando hacia abajo al río desde su altura pudieran ver algún signo de aquellos que se ocultaban entre los sauces? Observándolos atentamente, no pudo detectar ninguna señal de que así fuera.

Finalmente, tras unos largos minutos, los jinetes empezaron a descender del risco, con los caballos manteniendo las patas rígidamente tensas en la empinada ladera. La mayor parte de los hombres, observó, llevaban ropas de piel, ennegrecidas por el trabajo y la intemperie. Algunos llevaban gorros de piel con colas de lobo o zorro o mapache ondeando en la parte de atrás. En algunos casos, similares colas de animal habían sido cosidas a los hombros de

sus chaquetas de cuero. Otros llevaban solamente pantalones de piel, con la parte superior del torso desnuda o cubierta con chaquetas ribeteadas de piel. La mayoría montaban con silla, aunque algunos pocos lo hacían a pelo. Muchos de ellos llevaban lanzas; todos exhibían colgados al hombro carcajes llenos de emplumadas flechas.

Cabalgaban en un silencio mortal, sin hablar ni gastarse bromas entre ellos. Con un humor horrible, se dijo Cushing, recordando lo que había dicho el viejo respecto a cómo iban a volver. Y si ese era el caso, sabía, había sido doblemente juicioso el ponerse a cubierto. Con un humor así, debían estar buscando a alguien sobre quien descargar su frustración.

Tras el grupo principal apareció una pequeña reata de caballos de carga, transportando abultados sacos de cuero y pellejos con agua, y algunos de ellos coronados con bamboleantes carcasas de venado.

El grupo descendió al valle, desviándose ligeramente río arriba, hacia un bosquecillo de chopos. Allá se detuvieron, desmontaron, ataron sus caballos, y prepararon el campamento. Ahora que se habían detenido hubo algo de charla, cuyo sonido fue arrastrado río abajo con la corriente... pero solamente charla, ninguna exclamación ni grito. Las hachas entraron en acción, cortando madera para las fogatas, y el sonido de los hachazos creó ecos entre los riscos.

Cushing retrocedió de la orilla del río y se abrió camino hasta donde aguardaban los demás. Andy estaba tendido en el suelo, su nerviosa cabeza descansando a medias en el regazo de Meg.

—Es un corderito —dijo Meg—. Le he hecho tenderse. Así es más seguro, ¿no?

Cushing asintió.

—Están acampando junto al río, un poco más arriba. Son unos cuarenta o cincuenta. Se marcharán apenas amanezca. Tendremos que aguardar hasta entonces.

—¿Crees que son peligrosos, chico?

—No sabría decirlo —murmuró él—. Parecen más tranquilos de lo que deberían estar. No ríen, no bromean, no gritan, no juegan. Parecen de un humor terrible. Creo que recibieron una buena paliza en la Ciudad. Salieron trasquilados. En esas circunstancias, lo mejor será no encontrarnos con ellos.

—Cuando llegue la noche —dijo Rollo—, yo puedo cruzar el río y arrastrarme hasta cerca de sus fogatas, y escuchar lo que dicen. No será nada nuevo para mí. Lo he hecho muchas veces antes, arrastrarme hasta las inmediaciones de un campamento, esconderme allí y escuchar, temeroso de mostrarme pero tan hambriento de conversación, de oír el sonido de voces, que no me ha importado correr el riesgo. Aunque en realidad había pocas posibilidades de que me descubrieran, ya que puedo permanecer en un silencio absoluto cuando lo deseo, y mis ojos son tan buenos de noche como durante el día.

—Tú te quedarás aquí —dijo Cushing secamente—. Nadie se arrastrará hasta allí. Por la mañana se habrán ido, y nosotros podremos seguirles al cabo de un tiempo para ver hacia dónde van, y luego proseguir nuestro camino.

Se quitó la mochila del hombro y desató las cuerdas. Sacó el trozo de cecina y, cortando un poco, se lo tendió a Meg.

—Esta noche —dijo—, esta es tu cena. No la menosprecies nunca más.

Llegó la noche sobre el valle. En la oscuridad, el río parecía murmurar más fuerte. Muy lejos, un buho empezó a ulular. Sobre los riscos un coyote cantó su

gánente canción. Un pez chapoteó cerca de ellos, y a través de los sauces que los ocultaban podía verse el resplandor de las fogatas al otro lado del río. Cushing reptó hasta la orilla y miró por encima del agua al otro campamento. Oscuras siluetas se movían entre los fuegos, y captó el olor de carne friéndose. Afuera en la oscuridad los caballos se agitaban incansablemente, pateando y resoplando. Cushing permaneció agazapado entre los sauces durante una hora o más, alerta a cualquier peligro. Cuando se sintió satisfecho de que no parecía haber nadie por allí, regresó a donde estaban Meg y Rollo sentados con Andy.

Cushing hizo un gesto hacia el caballo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Le he hablado —dijo Meg—. Se lo he explicado. No causará problemas.

—¿Algún conjuro? —preguntó él, burlón—. ¿Le has echado algún conjuro?

—Quizá uno ligero. No le hará ningún daño.

—Deberíamos dormir un poco —dijo él—. ¿Qué te parece,! Rollo? ¿Puedes vigilar el caballo por nosotros?

Rollo adelantó una mano y acarició el cuello de Andy.

—Le gusto —dijo—. No me tiene miedo.

—¿Por qué debería tenerte miedo? —preguntó Meg—. Sabe que eres su amigo.

—A veces las cosas me tienen miedo —dijo el robot—. Tengo en líneas generales la forma de un hombre, pero no soy un hombre. Id a dormir. Yo no necesito dormir. Me quedaré y vigilaré. Si es necesario, os despertaré.

—Hazlo si crees que ocurre algo —dijo Cushing—. Aunque imagino que todo está bien. Todo está tranquilo. Sencillamente han acampado ahí, al otro lado del río.

Envuelto en la manta, se quedó contemplando el cielo por entre los sauces. No había viento, y las hojas colgaban flaccidas. A través de ellas podían verse algunas estrellas. El río murmuraba, pareciendo hablar en su camino por entre la tierra. Su mente retrocedió a lo largo de los días e intentó contarlos, pero los números se revolvieron y se convirtieron en una ancha corriente, como el río, deslizándose por entre la tierra. Había sido agradable, pensó... el sol, las noches, el río y la tierra. No había muros protectores, ni campos de patatas. ¿Era esa, se preguntó, la forma en que un hombre deseaba vivir, en libertad y comunión con la tierra, el agua y el clima? En algún momento en el pasado, ¿había tomado el hombre la dirección equivocada que lo conducía a los muros, a las guerras y a los campos de patatas? En algún lugar río abajo el buho que había oído antes; (¿podía ser el mismo?) pareció lanzar una risita, y mucho más lejos el coyote cantó en solitario. Por encima de los sauces, las estrellas; parecían abandonar sus puestos allá a lo lejos en el espacio y avanzar hacia él.

Fue despertado por una mano que lo sacudía suavemente. —Cushing — estaba diciendo alguien—. Cushing, despierta. El campamento al otro lado del río. Está ocurriendo algo.

Vio que se trataba de Rollo, la luz de las estrellas reflejándose débilmente en su metal. Se sentó bajo la manta. —¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hay mucha conmoción. Están recogiendo el campamento: —, creo. Todavía faltan horas para el amanecer, y están recogiendo el campamento. Cushing echó la manta a un lado. —Está bien, vamos a echar una ojeada.

Agazapado al borde del agua, miró al otro lado del río. Los fuegos, casi rescoldos ahora, eran rojizos ojos en la oscuridad. Apresuradas siluetas se movían confusamente entre ellos. El sonido de pateantes caballos, el crujir de

las sillas de cuero... pero muy poca conversación.

—Tienes razón —dijo Cushing—. Algo los ha alertado. —¿Una expedición procedente de la Ciudad? ¿Siguiéndoles? —Quizá —dijo Cushing—. Aunque lo dudo. Si las tribus de la ciudad los han echado de ella, se habrán sentido ya bastante satisfechas con que las dejen solas. Pero si esos amigos nuestros del otro lado del río recibieron una paliza, estarán a la que salte. Echarán a correr ante la primera sombra. Tienen prisa por regresar a sus viejas tierras familiares, estén donde estén.

Excepto los apagados sonidos del campamento y el murmurar del río, todo estaba en silencio. Tanto el coyote como el buho se habían callado.

—Tenemos suerte —dijo Rollo.

—Sí, tenemos suerte —dijo Cushing—. Si nos hubieran descubierto, hubiéramos tenido que salir por piernas.

Los caballos estaban siendo conducidos a la zona del campamento, y los hombres estaban montando. Alguien lanzó una maldición a su caballo. Luego empezaron a marcharse. Los cascos resonaban contra el suelo, las sillas de cuero crujían, las palabras iban arriba y abajo.

Cushing y Rollo, agazapados, escucharon mientras el sonido de los cascos se hacía más débil y finalmente desaparecía.

—Estarán fuera del valle tan pronto como les sea posible —dijo Cushing—. Afuera en la pradera podrán ir más aprisa.

—¿Qué hacemos ahora?

—Quedarnos aquí. Un poco más tarde, justo antes del amanecer, cruzaré y exploraré. Tan pronto como sepamos que están en la pradera, seguiremos nuestro camino.

Las estrellas palidecían en el este cuando Cushing vadeó la corriente. En el campamento los fuegos aún humeaban, y algunas brasas parpadeaban todavía entre las cenizas. Deslizándose por entre los árboles, encontró el rastro, marcado por los golpeteantes cascos, que habían dejado los nómadas, avanzando en diagonal hacia el risco. Halló el lugar por donde habían salido a la pradera y utilizó los binoculares para examinar la amplia extensión de ondulante terreno. Un grupo de animales salvajes pastaba a media distancia. Un oso estaba trepando por las piedras con ágiles patas, buscando hormigas o larvas. Un zorro estaba regresando a su madriguera tras una noche de caza. Los patos parloteaban en un pequeño estanque en la pradera. Había otros animales, pero ninguna señal de seres humanos. Los nómadas habían sido tragados por la distancia.

Todas las estrellas habían desaparecido y el cielo se había iluminado cuando volvió a bajar del risco en dirección al campamento. Lanzó un desdeñoso bufido ante el desorden del lugar. Ni siquiera habían intentado limpiarlo. Huesos medio roídos estaban tirados esparcidos por todas partes. Un hacha de doble filo yacía olvidada junto a un árbol. Alguien había desechado un par de mocasines rotos. Había una bolsa de piel metida bajo unos arbustos.

Utilizó la punta del pie para apartar la bolsa de debajo de los arbustos, se arrodilló para desatar la cuerda, luego la cogió por el fondo, le dio la vuelta y la sacudió.

Botín. Tres cuchillos, un espejo pequeño con el cristal ligeramente empañado, un ovillo de cordel, una jarra de cristal tallado, una pequeña freidora metálica, un antiguo reloj de bolsillo que probablemente no funcionaba desde hacía años, un collar de cuentas rojo mate y púrpura, un delgado libro con

tapas de cartón, varias hojas de papel dobladas. Un miserable botín, pensó Cushing, removiéndolo y mirándolo. Nada que valiera la pena de arriesgar la vida por ello. Aunque el botín, supuso, había sido tan sólo un pequeño subproducto, no más que unos recuerdos. La gloria era lo que buscaba el propietario de la bolsa.

Tomó el libro y lo hojeó. Un libro para niños, de hacía mucho tiempo, con muchas ilustraciones a color de lugares imaginarios y gente imaginaria. Un hermoso libro. Algo que mostrar y leer y disfrutar junto al fuego en pleno invierno.

Lo dejó caer en el montón del botín y tomó una de las hojas dobladas de papel. Estaba quebradiza por el largo tiempo que llevaba doblada —quizá siglos—, y requería ser tratada con cuidado. Fue desdoblándola cuidadosamente, doblez tras doblez, viendo a medida que lo hacía que estaba más doblada y era más grande de lo que había pensado. Finalmente abrió el último doblez y extendió la hoja resultante, muy cuidadosamente. A la creciente luz del amanecer, se inclinó sobre ella para asegurarse de lo que era y, por un momento, no estuvo seguro... tan sólo una superficie plana y amarillenta por el tiempo, con difusas líneas amarronadas que formaban locas curvas y circunvoluciones con palabras escritas en ellas. Y entonces comprendió... un mapa topográfico y, por su forma, de lo que había sido en su tiempo el estado de Minnesota. Lo alzó de modo que pudiera leer los nombres, y allí estaban... el Mississippi, el Minnesota, las cordilleras Mesabi y Vermilion, el lago Mille Lacs, la Orilla Norte...

Lo dejó a un lado y cogió otro, lo desdobló más rápidamente y con menos precaución. Wisconsin. Lo dejó caer desalentado y cogió el tercero. Quedaban sólo dos más.

«Que sea éste —rogó—. ¡Que sea éste!»

Antes de terminar de desdoblarlo, supo que tenía entre las manos lo que estaba buscando. Al otro lado del gran Missouri, había dicho Rollo, y eso tenía que ser uno de los dos Dakotas. O podía ser: también podía ser Montana. O Nebraska. De todos modos, si recordaba bien sus lecturas, había pocos otros en Nebraska, o al menos pocos cerca del río.

Extendió el mapa de Dakota del Sur plano sobre el suelo y lo alizó, arrodillándose a su lado para examinarlo. Con un dedo tembloroso fue siguiendo el serpenteante curso del gran río. Y allí estaba, al oeste del río y casi junto a la frontera con Dakota del Norte: OTERO DEL TRUENO, con el rótulo apenas visible a la débil luz matutina, con las amplias y muy juntas líneas marrones que señalaban su contorno, y su forma y su extensión. ¡El Otero del Trueno, por fin!

Sintió la oleada de excitación crecer en él, y luchó por contenerla. Rollo podía estar equivocado. El viejo cazador que se lo había dicho podía estar equivocado... o peor aún, estar repitiendo simplemente una historia. O podía ser otro Otero del Trueno; podía haber varios.

Pero no consiguió obligarse a creer aquellas cautelosas dudas. Aquel era el Otero del Trueno, el auténtico Otero del Trueno. Tenía que serlo.

Se alzó, aferrando el mapa en su mano, y se volvió hacia el oeste. Estaba en el buen camino. Por primera vez desde que había empezado aquella aventura, sabía adonde iba.



Una semana más tarde, habían viajado hasta tan al norte como podían ir. Cushing desplegó el mapa para mostrárselo.

—Ved, hemos pasado el lago. El Gran Lago de Piedra, lo llaman. Hay otro lago a unos cuantos kilómetros al norte de aquí, pero el agua fluye al norte de él, al Rojo. El Otero del Trueno se halla directamente al oeste de aquí; quizá un poco al norte o un poco al sur. Trescientos kilómetros o así. Diez días, si tenemos suerte. Muy probablemente dos semanas. ¿Conoces esta región? — le preguntó a Rollo.

Rollo negó con la cabeza.

—No esta región. Otra región como esta. Muy parecida. Va a ser difícil de recorrer.

—Eso es cierto —dijo Cushing—. El agua puede ser difícil de encontrar. No hay ríos que podamos seguir. Unos pocos discurriendo hacia el sur, y eso es todo. Vamos a tener que llevar nuestra propia agua. Yo tengo esta chaqueta y mis pantalones. Buena piel. Habrá algunas pequeñas filtraciones a través de ella, pero no muchas. Servirán para hacer pellejos para el agua.

—Servirán para pellejos —dijo Meg—, pero no demasiado. Y tú morirás de insolación.

—Trabajé durante todo el verano con las patatas y sin camisa. Estoy acostumbrado al sol.

—Sólo tu chaqueta, entonces —dijo ella—. Puede que seamos bárbaros, pero no te quiero recorriendo trescientos kilómetros sin nada encima.

—Puedo ponerme una manta.

—Una manta serviría de muy poco —dijo Rollo— para pasar por entre unos cactus. Y habrá cactus ahí delante. Nunca faltan. Muy pronto mataré un oso. Estoy quedándome sin grasa. Cuando lo haga, podemos utilizar la piel del oso para hacer pellejos.

—Un poco más abajo en el río —dijo Cushing— había montones de osos. Hubieras podido matar los que quisieras.

—Osos negros —dijo Rollo, desdeñoso—. Cuando hay de otras clases, no mato osos negros. Vamos hacia la región de los osos grises. La grasa de los grises es mejor.

—Estás completamente loco —dijo Cushing—. La grasa de un oso gris no es diferente de la grasa de cualquier otro tipo de oso. Uno de estos días, enfrentándote a un gris, te van a arrancar la cabeza.

—Puede que esté loco —dijo Rollo—, pero la grasa del oso gris es mejor. Y el matar a un oso negro no es nada comparado con el matar a un oso gris.

—Me parece que para ser un humilde robot doméstico eres un tanto belicoso.

—Tengo mi orgullo —dijo Rollo.

Se dirigieron hacia el oeste, y a cada kilómetro que avanzaban el terreno iba haciéndose más árido. Era llano y parecía extenderse hasta el infinito, hasta un lejano horizonte que no era más que una débil línea azul contra el azul del cielo.

No había señales de nómadas; no las había habido desde aquella mañana, cuando la partida de guerra había abandonado tan rápido su campamento. Ahora se divisaban manadas cada vez más numerosas de ganado salvaje, con, aquí y allá, pequeños grupos de búfalos. Ocasionalmente, en la distancia,

divisaban pequeñas manadas de caballos salvajes. Los ciervos habían desaparecido; había algunos antílopes. Había montones de chachalacas, y se dieron varios festines con ellas. Encontraron ciudades de perritos de las praderas, hectáreas de terreno acribilladas por las madrigueras de esos pequeños roedores. Vigilaron atentamente la existencia de serpientes de cascabel, más pequeñas que las que habían visto más al este. Andy desarrolló un claro odio hacia aquellos reptiles zumbadores, matándolos con golpeteantes cascacos apenas se ponían a su alcance. Andy, también, se convirtió en su buscador de agua, localizándola de una forma sorprendente y conduciéndoles directamente a los miserables arroyuelos o a las pozas de agua estancada.

—Puede olería —dijo Meg, triunfante—. Te dije que sería una buena inversión en nuestro viaje.

La Serpiente Trémula permanecía ahora con ellos constantemente, trazando círculos en torno a Rollo y, en varias ocasiones, en\* torno a Meg. Ella aceptó aquello de buen grado.

—Es tan encantadora —dijo.

Y ahora, allá afuera en la árida soledad, estaban acompañados por algo más... sombras gris púrpura que se insinuaban detrás de ellos y a ambos lados. Al principio no estaban seguros de si eran realmente sombras o se trataba tan sólo de su imaginación, que las creaba del vacío por el que viajaban. Pero, finalmente, ya no pudo haber dudas acerca de su realidad. No tenían forma ni contornos definidos. Ni por un instante podía uno obtener un atisbo claro de ellas. Era como si una diáfana nube cruzando por delante del sol arrojara una vacilante sombra. Pero no había nubes en el cielo; el sol se abatía despiadadamente sobre ellos, desde el cobrizo cuenco que se curvaba sobre sus cabezas.

Ninguno habló de ello hasta una noche junto a la fogata del campamento instalado en un pequeño claro, al lado de un riachuelo de perezosa corriente que discurría por un lecho rocoso, y un pequeño grupo de ciruelos, llenos de racimos de frutos, junto al agua.

—Todavía siguen con nosotros —dijo Meg—. Puedes verlas ahí afuera, justo más alia de la luz de la fogata.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Cushing.

—De las sombras, chico muchacho. No finjas que no las has visto. Llevan con nosotros dos días.

Apeló a Rollo.

—Tú también las has visto. Lo más probable es que incluso sepas lo que son. Has viajado arriba y abajo por estos parajes.

Rollo se alzó de hombros.

—Son algo a lo que uno no puede echar mano. Siguen a la gente, eso es todo.

—¿Pero qué son?

—Seguidores —dijo Rollo.

—Tengo la impresión —dijo Cushing— de que en este viaje ya hemos tenido en exceso nuestra cuota de cosas extrañas. Primero una piedra viviente, luego la Serpiente Trémula, y ahora los Seguidores.

—Podrías haber pasado junto a aquella piedra una docena de veces —dijo Meg—, y no saber lo que era. Hubiera sido simplemente otra piedra para ti. Andy la sintió primero, y luego yo...

—Sí, lo sé —dijo Cushing—. Hubiera podido pasar de largo en el caso de la

piedra, pero no en el de la Serpiente o los Seguidores.

—Esta es una tierra solitaria —dijo Rollo—. Permite la aparición de muchas cosas extrañas.

—¿Por todas partes en el oeste —preguntó Cushing—, o solamente en esta zona en particular?

—Principalmente aquí —dijo Rollo—. Se cuentan muchas historias al respecto.

—¿Es posible —preguntó Cushing— que todo esto tenga algo que ver con el Lugar de Ir a las Estrellas?

—No lo sé —dijo el robot—. No sé nada acerca de ese Lugar de Ir a las Estrellas. Solamente te he dicho lo que he oído.

—Me parece, Señor Robot —dijo Meg—, que estás lleno de evasivas. ¿Puedes decirnos algo más acerca de los Seguidores?

—Se te comen —dijo Rollo.

—¿Se lo comen a uno?

—Exacto. No la carne, porque no tienen necesidad de carne. El alma y la mente de uno.

—Bueno, esto es estupendo —dijo Meg—. De modo que vamos a ser comidos, nuestras almas y nuestras mentes, y tú no nos dices nada de ello. No hasta este preciso momento.

—No vais a sufrir ningún daño —dijo Rollo—. Seguiréis teniendo vuestras mentes y vuestras amias intactas. No os las quitan. Simplemente las saborean.

—¿Has probado a sentirlos, Meg? —preguntó Cushing.

Ella asintió.

—Algo confuso. Difícil de aprehender. Como si hubiera más de ellos de los que realmente hay, aunque una nunca sabe cuántos de ellos hay realmente, ya que no puedes contarlos. Como si hubiera una multitud. Como si fueran una multitud de gente, mucha mucha gente.

—Eso es correcto —dijo Rollo—. Una gran cantidad de ellos. Toda la gente a la que han saboreado y ha pasado a formar parte de ellos. Al empezar, están vacíos. No tienen nada propio. No son nadie ni nada. Pero luego empiezan a ser alguien, quizá muchos alguien...

—Rollo —dijo Cushing—, ¿sabes esto como un hecho, o simplemente estás repitiendo lo que has oído de otros?

—Sólo lo que he oído de otros. Como os he dicho, en las noches llenas de soledad, me acercaba arrastrándome hasta los fuegos de los campamentos y escuchaba todo lo que hablaban los viajeros que iban de aquí para allá.

—Sí, lo sé —dijo Cushing—. Cuentos, historias...

Más tarde aquella misma noche, cuando Rollo se había ido a explorar, Meg le dijo a Cushing:

—Chico muchacho, tengo miedo.

—No dejes que Rollo te preocupe —dijo él—. Es una auténtica esponja. Se empapa con todo lo que oye. No hace ningún intento de seleccionar. No evalúa nada. Verdad, ficción... todo es lo mismo para él.

—Pero hay tantas cosas extrañas.

—Y tú, una bruja. Una bruja asustada.

—Te dije, recuérdalo, que mis poderes eran débiles. Un poder sentiente, una pequeña lectura de lo que cruza por la mente. Era una actuación, te lo aseguro. Una forma de estar segura. De pretender unos mayores poderes de los que realmente tenía. Una forma de hacer que las tribus urbanas tuvieran miedo de

ponerme la mano encima. Una forma de vivir, de estar segura, de obtener regalos y comida. Una forma de supervivencia.

A medida que avanzaban, el terreno iba haciéndose aún más árido. Los horizontes eran más lejanos. El cielo tenía un color azul acero. Fuertes vientos soplaban del norte o del oeste, y eran vientos secos, sorbiendo cada gota de humedad, de tal modo que avanzaban en una ampollante sequedad. En ocasiones se quedaban sin agua, y entonces o bien Rollo la encontraba o Andy la olía desde lejos, y podían beber de nuevo.

Cada vez tenían más la sensación de que se hallaban atrapados en mitad de una árida y vacía soledad de la que no había ninguna esperanza de escapar nunca. Todo era siempre igual: los cactus eran los mismos; la reseca hierba, la misma; los pequeños animales y vida volátil que encontraban, los mismos.

—No hay ningún oso —se quejó Rollo una noche.

—¿Es eso lo que haces todas las veces que sales de exploración? —preguntó Meg—. ¿Buscar un oso?

—Necesito grasa —dijo el robot—. Mis reservas se están agotando. Esta es una zona de osos grises.

—Encontrarás un oso —dijo Cushing— cuando crucemos el Missouri.

—Si encontramos alguna vez el Missouri —dijo Meg.

Y ese era el problema, pensó Cushing. En aquel lugar tenías la sensación de que todo lo que habías conocido de siempre estaba de alguna forma desplazado y cambiado; que nada estaba allá donde tú habías pensado que estaba, y probablemente nunca lo había estado; que la única realidad era aquel completo y permanente vacío, que seguiría por siempre y por siempre. Habían salido fuera de la vieja y familiar Tierra y, por obra y gracia de algún extraño retorcimiento del destino o de las circunstancias, habían entrado en aquel lugar que no era la Tierra sino que era, quizá, uno de aquellos lejanos planetas alienígenas que en un tiempo tal vez la humanidad hubiera visitado.

Serpiente Trémula se había instalado adoptando la forma de un resplandeciente halo que giraba pausadamente en el aire, inmediatamente encima de la cabeza de Rollo, y al borde del alcance de la luz de la fogata se agitaban las sombras más profundas que eran los Seguidores. En algún lugar ahí afuera, recordó, se hallaba el lugar que andaba buscando... no un lugar, quizá, sino sólo una leyenda; y su viaje hacia aquel lugar, también, podía convertirse en una leyenda. Ellos... él y una bruja y un robot, quizá el último robot que quedaba; no el último que quedaba con vida —puesto que muchos de ellos seguían aún vivos—, sino el último que podía moverse, que podía ir de un lado para otro y hacer cosas, el último que podía ver y oír y hablar. Y él y Meg, pensó... quizá los únicos que sabían que todos los demás estaban vivos, prisioneros en la silenciosa oscuridad. Un extraño equipo: un vagabundo de los bosques; una bruja que podía ser una falsa bruja, una mujer que se asustaba fácilmente, que nunca se había quejado en voz alta de las dificultades del viaje; un anacronismo, un símbolo de aquellos otros días en los cuales la vida debía haber sido mucho más fácil pero había albergado en su núcleo un cáncer que la había ido devorando hasta que la vida fácil ya no valía la pena de ser vivida.

Ahora que la otra forma de vida, más fácil y afectada por el cáncer, había desaparecido, ¿qué pasaba con la vida actual?, se preguntó. Durante casi quince siglos los hombres habían avanzado a tientas a través de una insensible y brutal barbarie, y seguían aún sumergidos en esa barbarie. Lo peor de todo, se dijo a sí mismo, era que no parecía haber ningún intento de avanzar más

allá de esa barbarie. Era como si el hombre, fracasando en el camino que había emprendido, ya no tuviera ni la intención ni la fuerza, quizá ni siquiera la voluntad, de intentar construirse otra vida. ¿O era que la raza humana ya había tenido su oportunidad y la había desperdiciado, y ya no iba a tener otra?

—Chico, estás preocupado.

—No, no preocupado. Solamente pensativo. Haciéndome preguntas. Si encontramos el Lugar de Ir a las Estrellas, ¿qué diferencia representará?

—Sabremos que está ahí. Sabremos que hubo un tiempo en el que el hombre viajó a las estrellas.

—Pero eso no es suficiente —dijo él—. Sólo saber no es suficiente.

A la mañana siguiente su depresión había desaparecido. Había, de alguna extraña manera, algo excitante en el vacío, una cierta precisión y claridad, una vastedad, que lo convertía a uno en el señor de todo lo que contemplaba. Seguían estando solos, pero no era una soledad que provocara temor; era como si avanzaran a través de un paisaje que hubiera sido construido a la medida de ellos, un paisaje que eliminaba todo los demás, un paisaje infinito puesto enteramente a tu vista. Los Seguidores continuaban aún con ellos, pero ya no parecían ser una amenaza; antes bien eran compañeros de viaje, parte del grupo.

Más tarde aquel mismo día, encontraron a otros dos seres humanos extraviados, tan desolados como ellos en aquella vasta extensión vacía. Los vieron al coronar un bajo promontorio, a poco menos de un kilómetro de distancia. El hombre era viejo; su pelo y su barba eran grises. Iba vestido con unas desgastadas ropas de piel, y permanecía de pie erguido como un roble joven, mirando a occidente, con el incansable viento del oeste agitando su barba y su pelo. La mujer, que parecía más joven, estaba sentada a un lado y detrás de él, con los pies doblados bajo el cuerpo, y la cabeza y los hombros echados hacia delante, cubiertos con un raído pañuelo. Estaban situados al lado de un pequeño campo de girasoles.

Cuando Cushing y los otros llegaron junto a ellos, pudieron ver que el hombre estaba de pie sobre dos poco profundos agujeros que habían sido cavados en el suelo de la pradera, con los pies descalzos metidos en ellos, mientras un par de gastados mocasines yacían a un lado. Ni él ni la mujer parecieron darse cuenta de su llegada. El hombre permanecía muy erguido e inmóvil. Tenía los brazos doblados sobre el pecho, la barbilla alzada y los ojos cerrados. Había en él una sensación de aguda alerta, como si estuviera escuchando algo que nadie más pudiera oír. No había nada que oír excepto el débil y hueco sonido del viento recorriendo el paisaje, y algún ocasional rumor cuando agitaba los girasoles.

La mujer, sentada con las piernas cruzadas en la hierba, no se movió. Era como si ninguno de los dos fuera consciente de que ya no estaban solos. La cabeza de la mujer estaba inclinada hacia su regazo, donde reposaban sus manos blandamente cruzadas. Mirándola, Cushing comprobó que era muy joven.

Los tres —Rollo, Meg y Cushing— esperaron inmóviles en fila, desconcertados, ligeramente ultrajados, aguardando a que su presencia fuera reconocida. Andy espantaba las moscas y rumiaba hierba. Los Seguidores trazaban lánguidos círculos.

Era ridículo, se dijo Cushing, que los tres tuvieran que permanecer allí de pie como niños atrevidos que se habían metido donde no debían y que, por el

hecho mismo de su intrusión, eran deliberadamente ignorados. Sin embargo, había como un aura en torno a aquellas otras dos personas que impedía que uno rompiera aquella situación.

Mientras Cushing estaba debatiendo si debía mostrarse irritado o avergonzado, el viejo se movió, volviendo lentamente a la vida. Primero sus brazos se descruzaron y cayeron blandamente, casi graciosamente, a sus costados. Su cabeza, que había permanecido echada hacia atrás, se inclinó hacia adelante, a una posición más normal. Alzó los pies, primero uno, luego el otro, sacándolos de los agujeros donde habían permanecido metidos. Giró el cuerpo, con una extraña deliberación, para enfrentarse a Cushing. Su rostro no era el severo, duro y patriarcal rostro que uno había esperado tras verlo en su aparente trance, sino un rostro amable, aunque sobrio... el rostro de un hombre benevolente que había hallado la paz tras años de dificultades. Por encima de su barba entrecana, que cubría una buena parte de su rostro, un par de helados ojos azules, enmarcados por unas enormes patas de gallo, contemplaban resplandecientes el mundo.

—Bienvenidos, extranjeros —dijo—, a nuestros pocos metros de tierra. ¿Tendréis, me pregunto, un vaso de agua para mi nieta y para mí?

La mujer seguía sentada con las piernas cruzadas en la hierba, pero ahora había alzado la cabeza, y el pañuelo que la había cubierto cayó hacia atrás, colgando sobre sus hombros. Su rostro exhibía una terrible dulzura y una horrible inocencia, y sus ojos eran inexpresivos. Era un rubicundo rostro de muñeca lleno de vacuidad.

—Mi nieta, por si no lo habéis notado —dijo el viejo—, ha sido doblemente bendecida. Vive en otro lugar. Este mundo no puede tocarla. Habladle suavemente, por favor, y no os preocupéis por ella. Es una criatura gentil y no hay que temerla. Es más feliz que yo, más feliz que cualquiera de nosotros. Sobre todo, os pido que no sintáis piedad por ella. Más bien es al revés. Ella, con todo derecho, puede sentir piedad por todos nosotros.

Meg avanzó unos pasos para ofrecerle un vaso de agua, pero él agitó una mano.

—Elayne primero —dijo—. Ella es siempre primero. Puede que os estéis preguntando qué era lo que yo estaba haciendo, de pie ahí en los agujeros que cavé, y encerrado dentro de mí mismo. No estaba tan encerrado como vosotros podéis haber pensado. Estaba hablando con las flores. Hay tantas flores hermosas y tan semillas y bien educadas... Casi diría «inteligentes», aunque eso no sería enteramente cierto, porque su inteligencia, si la llamamos así, no es como nuestra inteligencia, sino quizá, en un cierto sentido, algo mucho mejor que nuestra inteligencia. Un tipo distinto de inteligencia, aunque, pensando bien en ello, la palabra «inteligencia» no es en absoluto la más adecuada.

—¿Es esto un logro reciente por tu parte —preguntó Cushing, con una cierta incredulidad—, o siempre has hablado con las flores?

—Más ahora que hace un cierto tiempo —le dijo el viejo—. Pero siempre he tenido ese don. No sólo con las flores, sino con los árboles y otro tipo de plantas... hierbas, musgos, enredaderas, malezas, si existe realmente alguna planta que pueda ser llamada maleza. No es que hable mucho con ellas, aunque a veces lo hago. Lo que hago la mayor parte de las veces es escuchar. Hay ocasiones en las que estoy seguro de que saben que estoy aquí. Cuando ocurre esto, intento hablar con ellas. Casi siempre creo que me comprenden,

aunque no estoy seguro de que sean capaces de identificarme, de saber con certeza qué es lo que está hablando con ellas. Es posible que sus percepciones no sean de un orden que les permita identificar otras formas de vida. En su mayor parte, estoy seguro de ello, existen en un mundo propio que es tan ciego al nuestro como nosotros somos ciegos al suyo. No ciegos en el sentido de que no seamos conscientes de ellas, porque, para su desgracia, somos muy conscientes de ellas. A lo que somos completamente ciegos es al hecho de que poseen una consciencia, del mismo modo que la poseemos nosotros.

—Me disculparás —dijo Cushing— si parezco incapaz de captar al primer momento todo el significado de lo que me estás diciendo. Esto es algo en lo que nunca había pensado, ni siquiera en mis más locas fantasías. Dime... en este momento, ¿estabas solamente escuchando, o estabas hablando con ellas?

—Ellas estaban hablando conmigo —dijo el viejo—. Estaban contándome algo maravilloso. Hacia el oeste, me estaban diciendo, hay un grupo de plantas, creo que se trata de árboles, que parecen extraños a este lugar, traídos hasta aquí hace muchos años. Cómo fueron traídos es algo que no saben, o quizá yo no he sabido comprenderlo, pero de cualquier forma son grandes plantas que se yerguen como gigantes del conocimiento... Oh, querida, te doy las gracias.

Tomó el vaso de manos de Meg y bebió, no tragando sino sorbiendo lentamente, como si estuviera saboreando cada gota.

—¿Hacia el oeste? —preguntó Cushing.

—Sí, hacia el oeste han dicho.

—Pero... ¿cómo pueden saberlo?

—Parece que lo saben. Quizá las semillas, al ser arrastradas por el viento, difundan las noticias. O el propio viento las susurre. O tal vez pasen de una raíz a otra...

—Es imposible —dijo Cushing—. Todo eso es imposible.

—Esta criatura de metal, construida con la forma de un hombre... ¿qué puede ser? —preguntó el viejo.

—Soy un robot —dijo Rollo.

—Robots —dijo el viejo—. ¿Robots? Oh, sí, ahora ya sé. He visto cajas craneanas de robots, pero ningún robot vivo. ¿Así que tú eres un robot?

—Mi nombre es Rollo —dijo el robot—. Soy el último que queda de mi especie. Aunque, si no puedo encontrar un oso...

—Mi nombre es Ezra —dijo el viejo—. Soy un anciano vagabundo. Vago arriba y abajo por ahí para conversar con mis vecinas, siempre que puedo encontrarlas. Este espléndido campo de girasoles, una gran extensión de plantas rodadoras, una mata de rosales, incluso la hierba a veces, aunque la hierba tiene muy poco que decir...

—Abuelo —dijo Elayne—, ponte los mocasines.

—Es cierto —dijo Ezra—, los había olvidado. Y tenemos que seguir nuestro camino.

Deslizó sus pies dentro de los informes y gastados mocasines.

—No es esta la primera vez —dijo— que he oído hablar de esos extraños árboles en el oeste. Lo oí por primera vez hace muchos años y la noticia me hizo pensar mucho, aunque no hice nada al respecto. Pero ahora, con la edad apretando su huesuda mano sobre mí, debo actuar según la información.

Porque si fracaso en hacerlo, quizá nadie más lo haga nunca. He preguntado ampliamente, y sé que no hay nadie más que pueda hablar con las plantas.

—Ahora pues —dijo Meg— vas a ir en busca de esas legendarias plantas.

Él asintió con la cabeza.

—No sé si voy a encontrarlas, pero nos dirigimos hacia el oeste y voy preguntando por el camino. Los míos protestaron ante nuestra marcha, porque creían que era una búsqueda estúpida. «La muerte en el camino —decían—, eso es todo lo que vais a encontrar». Pero cuando vieron que estábamos decididos a emprender el camino, nos pidieron que aceptáramos al menos una escolta, una fuerza de jinetes que, dijeron, no iba a interferir, sino que simplemente nos acompañaría a distancia para ofrecernos protección en caso de que hubiera algún peligro. Pero rechazamos la escolta. La gente de buen corazón puede viajar tranquilamente sin que les alcance ningún peligro.

—¿Quiénes son los tuyos? —preguntó Meg.

—Una tribu —dijo Ezra— que vive en las praderas al este de aquí, en unas tierras mejores que éstas. Cuando nos marchamos, nos ofrecieron caballos y una gran cantidad de provisiones, pero no aceptamos nada de aquello. Tenemos mayores posibilidades de encontrar lo que buscamos si viajamos desnudos de todo impedimento. No llevamos nada excepto un trozo de acero y pedernal con los cuales hacer fuego.

—¿Cómo os las arregláis para comer? —preguntó Cushing.

—Con grandes disculpas hacia nuestras amigas y vecinas, subsistimos de raíces y frutas que hallamos a lo largo del camino. Estoy seguro de que nuestras amigas las plantas comprenden nuestra necesidad y no albergan ningún resentimiento. He intentado explicárselo, y aunque puede que no hayan comprendido enteramente, no ha habido ninguna censura hacia nosotros, ningún alejamiento horrorizado.

—Has dicho que viajáis hacia el oeste.

—Buscamos esas extrañas plantas en algún lugar al oeste.

—Nosotros también viajamos hacia el oeste —dijo Cushing—. Puede que estemos buscando cosas distintas, pero lo que nos has dicho me hace sospechar que lo que estamos buscando se halla en el mismo lugar. ¿Te importaría viajar con nosotros? ¿O tienes que ir solo?

Ezra se lo pensó durante un momento. Luego dijo:

—Me parece que estaría bien que fuéramos juntos. Parecéis gente llana y sencilla, no hay maldad en vosotros. Así que nos alegrará viajar con vosotros, con una condición.

—¿Qué condición?

—Que ocasionalmente, durante el camino, pueda detenerme por un tiempo para hablar con mis amigas y vecinas.

Al oeste del río, el terreno se alzaba en tortuosas ondulaciones para alcanzar las resacas extensiones vacías de las altas llanuras.

Desde donde estaba, Cushing miró hacia abajo, a la amarillenta corriente del río, una lisa y sedosa franja de agua que tenía algo de la apariencia de una serpiente, o de un puma. Era tan diferente aquí de lo que había sido durante los días que habían acampado junto al río, descansando para aquella última



etapa de su viaje... sí, de hecho, había realmente una última etapa. Visto desde cerca, el río era un turbio, arenoso y beligerante terror, un áspero y fanfarrón curso de agua que arañaba su paso por el paisaje que cruzaba. Era extraño, pensó, cómo los ríos poseían características distintivas... el poderoso y solemne empuje del Mississippi superior; la rumorosa y charloteante camaradería del Minnesota; y aquí, la pendenciera belicosidad del Missouri.

Rollo había encendido el fuego para la noche en una hondonada en la parte baja de una ladera, seleccionando un lugar que les proporcionara una cierta protección contra el viento que soplaba aullante desde la gran extensión de la pradera que se abría a lo largo de kilómetros y kilómetros hacia el oeste.

Mirando hacia el oeste, apartándose del río, uno podía ver la constante elevación del suelo, el terreno ascendente que se abría en ondulantes pliegues, para terminar finalmente en la oscuridad de una quebrada línea impresa contra el cielo occidental, aún iluminado por el sol. Otro día, calculó Cushing, antes de que alcanzaran las llanuras superiores. Tanto tiempo, pensó, había tomado tanto tiempo... todo el viaje mucho más tiempo del calculado. Si hubiera viajado solo ya habría llegado, aunque, ahora que pensaba en ello, si hubiera viajado solo no tendría ahora ni la menor idea de la localización del lugar que buscaba. Ponderó por un momento la extraña combinación de circunstancias que lo habían conducido a encontrar a Rollo, en cuya mente estaba el nombre del Otero del Trueno; y luego el descubrimiento de los mapas geológicos, que le habían mostrado dónde podía ser localizado el Otero del Trueno... o al menos uno de los muchos Oteros del Trueno posibles. Viajando solo, se dio cuenta, lo más probable era que no hubiera encontrado ni a Rollo ni los mapas.

El avance de la expedición había sido más lento desde que se les habían añadido el viejo y la muchacha, con Ezra cavando hoyos en los cuales plantarse, para hablar con o escuchar a (o lo que fuera que hiciese) unos cactus o una extensión de plantas rodadoras, o dejándose caer sentado para comunicarse con un aislado grupo de violetas. Aguardando a un lado, rechinando los dientes más veces de las que le gustaba recordar, Cushing había reprimido un impulso de patear al viejo estúpido para que se pusiera nuevamente en marcha, o simplemente seguir su camino y abandonarlo. Pese a todo ello, sin embargo, tenía que admitir que le gustaba bastante Ezra. A pesar de sus obstinadas excentricidades, era un viejo sagaz y probablemente sabio, que en general se guardaba sus habilidades para sí mismo excepto en lo que hacía referencia a su abrumadora obsesión. Permanecía sentado por las noches al lado de la fogata y hablaba de los viejos tiempos en los cuales había sido un gran cazador y, en ocasiones, guerrero, sentándose en el consejo con otros viejos miembros tribales cuando era necesario el consejo, con la convicción cada vez más firme en él de que poseía una extraña comunión con la vida vegetal. Cuando esto se hizo evidente a los demás miembros de la tribu, su status fue cambiando gradualmente, hasta que al final se convirtió, a los ojos de la tribu, en un hombre sabio y poseedor de un don más allá del alcance común de los mortales. Aparentemente, aunque hablaba poco de ello, la idea de marcharse para comunicarse de modo más íntimo con las plantas y las flores había ido creciendo también lentamente en él, una progresiva convicción que había ido aumentando con los años hasta alcanzar un punto en el cual pudo ver con claridad que estaba destinado a una misión y debía llevarla a cabo, no con la pompa y la grandeza que sus compañeros de tribu le hubieran proporcionado alegremente, sino con humildad y solo, excepto por aquella

extraña nieta.

—Ella forma parte de mí —decía—. No puedo decirlos cómo, pero hay entre nosotros una innata comprensión que no puede ser descrita.

Y mientras hablaban, de ella o de otras cosas, ella permanecía sentada junto a la fogata con los demás, relajada, en paz, con las manos dobladas sobre el regazo, la cabeza inclinada a veces como si rezara, otras veces alzada y mantenida alta, dando la impresión de que estaba mirando, no a la oscuridad de más allá del fuego, sino a otro mundo, otro lugar o tiempo. Durante la marcha, avanzaba con pies ligeros —había momentos en los que parecía flotar antes que caminar—, serena y graciosa, y más que graciosa, una criatura aparentemente llena de gracia, distinta de todas las demás, un espíritu salvaje que era humano de una forma provocadora, una extraña y concentrada esencia de humanidad que permanecía completamente aparte del resto de ellos, no porque lo deseara sino porque tenía que ser así. Raramente hablaba. Cuando lo hacía, era normalmente a su abuelo. No era que ignorara al resto de ellos, sino que raramente sentía la necesidad de hablarles. Cuando lo hacía, sus palabras eran claras y gentiles, perfecta y correctamente pronunciadas, no la jerga o los balbuceos de los deficientes mentales, cosa que a veces parecía ser, dejándoles a todos con la duda de si lo era o no, y si lo era, qué tipo de dirección había tomado su deficiencia.

Meg estaba a menudo con ella, o ella con Meg. Observándolas a las dos juntas, caminando juntas o sentadas juntas, Cushing intentaba a menudo decidir cuál de ellas era la que estaba con la otra. No podía decidir; era como si alguna cualidad magnética natural las empujara a estar juntas, como si compartieran algún factor común que las hacía dirigirse la una hacia la otra. No para encontrarse; siempre quedaba una distancia de alguna clase separándolas. Meg hablaba ocasionalmente con Elayne, pero no a menudo, respetando el silencio que las separaba... o el silencio que, a veces, podía hacer de ellas una. Elayne, por su parte, no hablaba más a menudo con Meg de lo que lo hacía con todos los demás.

—Lo que está mal en ella, si es que puede considerarse como algo que esté mal —dijo en una ocasión Meg a Cushing—, es lo que tendría que estar mal en un mayor número de nosotros.

—Vive dentro de sí misma —dijo Cushing.

—No —dijo Meg—. Vive fuera de sí misma. Muy fuera de sí misma.

Cuando llegaron al río, establecieron un campamento en un bosquecillo de chopos que crecía en una orilla que se alzaba a una treintena de metros o así por encima de la corriente, un lugar agradable tras la larga marcha a través de la inhóspita pradera. Allí permanecieron durante una semana. Había ciervos en las quebradas de los riscos que orillaban el río por el este. Las tierras bajas hormigueaban con chachalacas y con patos que remoloneaban por los pequeños remansos. Había barbos en el río. Vivieron bien, tras la frugalidad del viaje.

Ezra estableció relación con un enorme chopo que llevaba las cicatrices de muchas estaciones, permaneciendo durante horas de pie frente al árbol, abrazándolo, comunicándose con él mientras sus hojas agitadas por el viento parecían murmurarle. Mientras permanecía allí, Elayne estaba con él, sentada a poca distancia, con las piernas cruzadas sobre el suelo, la piel de ante comida por las polillas cubriéndole la cabeza, las manos cruzadas sobre el regazo. A veces, Serpiente Trémula abandonaba a Rollo y se quedaba con

ella, girando y danzando a su alrededor. Ella no le prestaba más atención que al resto de ellos. En otras ocasiones, los Seguidores, glóbulos púrpura de sombra, se sentaban en círculo en torno a ella, como otros tantos lobos aguardando un festín, y ella no les prestaba más atención de la que prestaba a Serpiente Trémula. Observándola, Cushing tenía la sorprendente sensación de que ella no les prestaba atención porque los había reconocido como lo que eran y en consecuencia los había borrado de sus pensamientos.

Rollo salía a cazar osos grises, y durante un par de días Cushing: fue con él para ayudarle en su caza. Pero no había osos grises; no, había osos de ninguna clase.

—El aceite está a punto de terminárame —se quejaba Rollo— Ya casi estoy empezando a chirriar. Para conservar el poco que me queda, estoy gastando menos del que debería.

—El ciervo que maté estaba gordo —dijo Cushing.

—¡Sebo! —exclamó Rollo—. Yo no uso sebo.

—Si se te acaba el aceite, lo mejor que puedes hacer es utilizar lo que tengas a mano. Deberías haber matado un oso allá en el Minnesota. Había un montón de ellos.

—Esperaba al oso gris. Y ahora no hay osos grises.

—Todo esto es una maldita estupidez —dijo Cushing—. El aceite de oso gris no es distinto del aceite de cualquier otro oso, Aún no se te ha terminado, ¿verdad?

—No por completo. Pero no tengo ninguna reserva.

—Encontraremos osos grises al oeste del río —dijo Cushing.

Andy había comido la rala y amarga hierba de la pradera en el este con relucencia, consumiendo tan sólo la suficiente como para mantener la vida dentro de su cuerpo. Ahora se hundía hasta las rodillas en la lujurante hierba del valle. Con gruñidos de satisfacción, la barriga prominente, gozaba revolcándose en la arenosa playa que ascendía desde el borde del río, mientras los frailecillos y los aguzanieves, ultrajados por aquella invasión de sus dominios, huían protestando corriente arriba y corriente abajo.

Más tarde, Andy ayudó a Rollo y a Cushing a arrastrar los troncos depositados en las orillas por anteriores crecidas a lo largo del río. Con esos troncos Cushing y Rollo construyeron una balsa, cortando la madera con el hacha a la longitud adecuada y uniendo los troncos entre sí de la mejor manera posible con tiras de cuero verde cortadas del pellejo del ciervo. Cuando cruzaron el río, Rollo y Meg condujeron la balsa... Meg porque no sabía nadar, Rollo porque tenía miedo de mojarse ahora que su provisión de aceite estaba agotándose. Los otros se sujetaron a la balsa y la ayudaron nadando, procurando de la mejor manera posible empujarla a través del cauce sin que derivara demasiado río abajo. Andy, tras dudar si meterse en la rápida corriente, se sumergió al fin y nadó con tanta energía que les rebasó y tuvo que aguardarles al otro lado, relinchándoles amistosamente cuando llegaron.

Puesto que era media mañana, habían ascendido en una sola etapa. Ezra, por una vez, no había insistido en detenerse para hablar con las plantas. Tras ellos el río había ido empequeñeciéndose lentamente; delante las prominencias purpúreas no parecían acercarse.

Cushing descendió la corta pendiente del terreno hasta alcanzar el fuego que habían encendido para la noche. «Mañana —pensó—; mañana puede que lleguemos arriba.»

Cinco días más tarde, desde muy lejos, divisaron el Otero del Trueno. No era más que una mancha en el horizonte septentrional, pero la mancha, lo sabían, no podía ser otra cosa que el otero; no había ninguna otra cosa en aquella llanura vacía que pudiera elevarse así para formar una prominencia en el liso círculo del horizonte.

—Lo hemos conseguido —le dijo Cushing a Meg—. Estaremos allí en unos cuantos días más. Me pregunto qué es lo que encontraremos.

—Eso no importa, chico muchacho —le dijo ella—. Ha sido un viaje encantador.

16

Tres días más tarde, con el Otero del Trueno irguiéndose enorme ante el cielo septentrional, encontraron a los guardianes aguardándoles. Los cinco guardianes permanecían sentados sobre sus monturas en la cima de una pequeña prominencia, y cuando Cushing y los demás se les acercaron, uno de ellos avanzó, con la mano izquierda alzada y la palma abierta hacia ellos, en un signo de paz.

—Somos los guardianes —dijo—. Mantenemos la fe. Montamos guardia contra los vagabundos y los buscapleitos.

No tenía mucho aspecto de guardián, aunque Cushing no estaba demasiado seguro tampoco de cuál debía ser el aspecto de un guardián. El guardián se parecía más bien a un nómada que estuviera pasando un mal momento. No llevaba lanza, pero un carcaj colgaba de su espalda, con un corto arco asomando entre las flechas. Llevaba pantalones de lana, largos hasta las rodillas y deshilachados en sus bordes. No llevaba chaqueta, sino un chaleco de cuero que había conocido mejores días. Su caballo era un mustang estrábico que en algún momento puede que hubiera llevado el diablo en él, pero que ahora estaba tan estropeado que se apreciaba más allá de cualquier amenaza.

Los otros cuatro, sentados en sus rocines a unos cuantos pasos de distancia, no parecían en mejores condiciones.

—No somos ni vagabundos ni buscapleitos —dijo Cushing—, de modo que no tenéis que preocuparos por nosotros. Sabemos dónde vamos y no queremos problemas.

—Entonces será mejor que deis la vuelta —dijo el guardián—. Si os acercáis más al otero, estaréis causando problemas.

—¿Es este el Otero del Trueno? —preguntó Cushing.

—Es lo que es —dijo el guardián—. Lo sabrías si hubierais estado observándolo esta mañana. Había una gran nube negra pasando por encima de él, y los rayos lamían su cima, y los truenos resonaban.

—Lo vimos —dijo Cushing—. Nos preguntamos si así era como había adquirido su nombre.

—Día tras día —dijo el guardián— hay esa gran nube negra...

—Lo que vimos esta mañana —dijo Cushing— no era más que una tormenta pasando cerca de nosotros y dirigiéndose al norte.

—Me has interpretado mal, amigo —dijo el guardián—. Será mejor que charlemos. —Hizo una seña a los otros cuatro y se deslizó de su caballo. Dio unos pasos hacia adelante y se acuclilló—. Será mejor que te acomodes —

dijo—, y tengamos un poco de conversación.

Los otros cuatro se bajaron también de sus monturas, se adelantaron y se acuclillaron a su lado. El caballo del primer hombre retrocedió para unirse a los otros.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Cushing—, charlaremos un poco contigo, si eso es lo que quieres. Pero no podemos entretenernos mucho rato. Tenemos kilómetros que recorrer.

—¿Y éste? —preguntó el guardián, señalando con el pulgar a Rollo—. Nunca había visto antes a nadie como él.

—Todo está bien —dijo Cushing—. No tienes necesidad de preocuparte.

Mirando a los cinco de cerca, vio que excepto uno que era más bien gordinflón, el resto eran tan delgados y hoscos como espantapájaros, como si hubieran sufrido hambre hasta quedar famélicos. Sus rostros eran poco más que calaveras envueltas en una reseca y apergaminada piel curtida, tensa sobre los huesos. Sus brazos y piernas eran como cañas.

Desde el pequeño promontorio, el Otero del Trueno podía verse al completo, un rasgo dominante en el paisaje que alzaba su cima terriblemente plana. En torno a su base había un anillo más oscuro y que debían ser los árboles que Rollo había dicho que formaban un círculo protector alrededor suyo... y muy probablemente también los árboles de Ezra, aunque quizá no con exactitud la clase de árboles que Ezra decía le habían comunicado los girasoles y las otras plantas.

—Esta mañana —dijo Cushing a los acuclillados guardianes—, a través de los binoculares, he captado un atisbo de algo blanco en la cima del Otero del Trueno. Tenía la apariencia de edificios, pero no puedo estar seguro de ello. ¿Sabes si hay edificios ahí arriba?

—Hay habitaciones mágicas —dijo el portavoz del grupo—. Allí duermen las criaturas que seguirán a los hombres.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de «que seguirán a los hombres»?

—Cuando los hombres hayan desaparecido, ellas surgirán y tomarán el lugar de los hombres. O, si se despiertan antes, incluso antes de que el último de los hombres haya desaparecido, bajarán y desplazarán a los hombres. Barrerán a los hombres fuera de la Tierra y ocuparán su lugar.

—Dices que sois guardianes —les indicó Meg—. ¿Queréis decir que guardáis a esas criaturas, que las mantenéis libres de interferencias?

—Si alguien se acercara demasiado —dijo el guardián—, podrían despertar. Y no queremos que despierten. Deseamos que sigan durmiendo. Porque, una vez despierten y salgan, los días de los hombres sobre la Tierra están contados.

—¿Y vosotros patrulláis para advertir a todo aquel que se acerque demasiado?

—Durante siglos y siglos —dijo el guardián— hemos patrullado. Esta es tan sólo una patrulla; hay muchas otras. Se necesita a muchos de nosotros para mantener alejados a los vagabundos. Es por eso por lo que os hemos detenido. Dabais la sensación de estaros dirigiendo hacia el otero.

—Eso es cierto —dijo Cushing—. Estamos dirigiéndonos hacia el otero.

—No sirve de nada ir hacia allí —dijo el guardián—. Jamás podréis alcanzar el otero. Los Árboles no os dejarán pasar a su través. Y aunque los Árboles no os detuvieran, hay otras cosas que sí lo harán. Hay piedras para romper

vuestros huesos...

—¡Piedras! —exclamó Meg.

—Sí, piedras. Piedras vivientes que mantienen la guardia junto con los Árboles.

—Entonces, ¿te das cuenta? —dijo Meg a Cushing—. Ahora sabemos de dónde procedía aquella piedra.

—Pero eso era a ochocientos kilómetros de distancia —dijo Cushing—. ¿Qué estaría haciendo una piedra allí?

—Ochocientos kilómetros es una larga distancia —dijo el guardián—, pero las piedras viajan. ¿Decís que encontrasteis una piedra viviente? ¿Cómo pudisteis saber que era una piedra viviente? No son diferentes en nada de las otras; se parecen a cualquier otra piedra.

—Yo puedo distinguirlas —dijo Meg.

—Los Árboles nos dejarán pasar —dijo Ezra—. Yo hablaré con ellos.

—Tranquilo, abuelo —dijo Elayne—. Estos caballeros tienen una razón para no desear que nosotros vayamos allí. Debemos escucharles.

—Ya os he dicho —dijo el guardián— que tememos que los Durmientes despierten. Hemos montado guardia durante siglos... nosotros y las otras generaciones que vinieron antes que nosotros. El cargo pasa de generación en generación, de padres a hijos. Hay viejas historias, contadas hace siglos, acerca de los Durmientes y de lo que ocurrirá cuando termine su sueño. Nosotros mantenemos la antigua fe...

Las palabras siguieron brotando de su boca... las solemnes y dedicadas palabras de un hombre profundamente sumergido en su fe. Las palabras, pensó Cushing, prestando poca atención a ellas, de una secta que había deformado una antigua fábula convirtiéndola en un cuerpo de doctrina y en una dedicación que daba una finalidad a sus vidas, manteniéndoles en aquel error.

El sol estaba poniéndose al oeste, y su oblicua luz convertía el paisaje en un lugar de alargadas sombras. Más allá del promontorio donde permanecían acucillados, una profunda hondonada cortaba el terreno, y a lo largo de sus bordes crecían densas marañas de ciruelos. Lejos en la distancia se arracimaba un pequeño bosquecillo, quizá alrededor de un pozo. Pero excepto por los ciruelos y la mancha de distantes árboles, el paisaje era un suave océano de seca y marchita hierba que ondulaba suavemente hacia la alta inmensidad del Otero del Trueno.

Cushing se levantó de donde había estado acucillado y se dirigió hacia un lado de los dos pequeños grupos que estaban frente a frente. Rollo, que no se había acucillado con los demás sino que había permanecido de pie unos pocos pasos más atrás, se le acercó.

—¿Y ahora qué? —preguntó el robot.

—No estoy seguro —dijo Cushing—. No quiero luchar con ellos. Por la forma en que actúan, ellos no desean luchar tampoco.

Podemos simplemente instalarnos aquí, supongo, e intentar engañarlos aguardando, pero no creo que funcione. Y no sirve de nada argumentar con ellos. Son tranquilos y presuntuosos fanáticos que creen en lo que están haciendo.

—No son tan duros como eso —dijo Rollo—. Con una exhibición de fuerza... Cushing agitó la cabeza.

—Alguien podría resultar herido.

Elayne se alzó en pie. Su voz llegó hasta ellos, tranquila, despreocupada,

impactando con precisión.

—Estáis equivocados —dijo a los guardianes—. Las cosas que nos habéis estado diciendo no contienen verdad en ellas. No existen los Durmientes, y no hay peligro. Vamos a seguir adelante.

Con aquello, caminó hacia ellos, lentamente, deliberadamente, como si no hubiera nadie allí para detenerla. Meg se alzó con rapidez, sujetando su brazo, pero Elayne se desprendió de su mano. Ezra se puso rápidamente en pie y se apresuró a situarse al lado de su nieta. Andy agitó la cola y los siguió de cerca.

Los guardianes se pusieron rápidamente en pie y empezaron a retroceder, sus ojos clavados en la terrible dulzura del rostro de Elayne.

De un lado les llegó un tosiente rugido, y Cushing se volvió en redondo para mirar en aquella dirección. Un enorme animal, gris y marrón, de gibosos hombros y enorme boca abierta en su rugido, había salido de un grupo de ciruelos que crecían junto a la hondonada, y estaba cargando contra los caballos de los guardianes. Los caballos, por un instante, permanecieron inmóviles a causa del miedo, luego reaccionaron repentinamente, corveteando y dando grandes saltos para escapar de la carga del oso.

Rollo entró en acción como una catapulta, a gran velocidad a partir de su segunda zancada; su lanza, sujeta con sus dos manos, se extendía directamente frente a él.

—¡Un oso gris! —exclamó—. ¡Después de todo este tiempo, un oso gris!

—¡Vuelve, estúpido! —gritó Cushing, cogiendo una flecha y asegurándola en la cuerda del arco.

Los caballos corrían como locos. Inmediatamente detrás de ellos iba el oso, gritando en su furor, acercándose con rapidez a los asustados animales. Corriendo en línea recta hacia el oso iba Rollo, con la alzada lanza apuntando directamente al pecho del enorme animal.

Cushing alzó el arco y tensó la cuerda, casi hasta su mejilla. La soltó, y la flecha fue un relincho a la dorada luz del sol de última hora de la tarde. Alcanzó al oso en el cuello y el oso se volvió, rugiendo horriblemente. Cushing buscó otra flecha. Mientras alzaba de nuevo el arco, vio al oso, alzándose sobre sus patas traseras, su rostro espumeando de rabia, sus patas delanteras levantadas para golpear, y a Rollo casi debajo de él, la lanza lista para herir. Con el rabillo del ojo Cushing vio a Andy, la cabeza tendida hacia adelante, las orejas tendidas hacia atrás, la cola ondeando al viento, cargando a todo galope contra el oso dispuesto a atacar.

Cushing soltó la flecha y la oyó golpear, vio su emplumado extremo asomando en el pecho del oso, justo debajo del cuello. Luego el oso estaba cayendo hacia adelante, con las patas delanteras tendidas para aferrar entre ellas a Rollo, pero con la lanza de éste profundamente enterrada en su pecho. Andy giró sobre sus patas delanteras, y sus patas traseras patearon locamente en el aire. Alcanzaron al oso en la barriga, con un fofu y desagradable sonido.

El oso estaba caído en el suelo y Rollo se arrastraba saliendo de debajo de él, con el brillante metal de su cuerpo manchado de sangre. Andy pateó de nuevo al oso, luego se alejó trotando, corveteando, el cuello orgullosamente doblado. Rollo bailó una loca danza de guerra alrededor del oso caído, lanzando gritos mientras bailaba.

—¡Grasa! —exclamaba—. ¡Grasa, grasa, grasa!

El oso pateó y se estremeció en un movimiento reflejo. Los caballos de los guardianes se estaban convirtiendo rápidamente en menguantes puntos allá en

la pradera, al sur. Los guardianes, corriendo desesperadamente detrás de ellos, eran otros tantos puntos apenas más grandes.

—Chico muchacho —dijo Meg, observándolos—, diría que esto ha interrumpido las conversaciones.

—Ahora —dijo Elayne—, iremos al otero.

—No —contradijo Cushing—. Primero obtendremos un poco de aceite para Rollo.

17

Como habían dicho los guardianes, las piedras vivientes estaban aguardándoles justo delante de los Árboles. Había docenas de ellas, y otras más acudían desde ambos lados, rodando tranquilamente, con un fluyente, fácil y al parecer controlado movimiento, avanzando durante un tiempo, luego deteniéndose, luego rodando de nuevo. Eran de color oscuro, algunas completamente negras, y medían —al menos la mayor parte— más de un metro de diámetro. No formaron una hilera frente a los viajeros para bloquear su camino, sino que avanzaron hasta situarse a su alrededor, cerrándose a sus espaldas y a cada lado, como si tuvieran intención de conducirlos hacia los Árboles.

Meg se acercó a Cushing. Él apoyó su mano en el brazo de ella y notó que estaba temblando.

—Chico caballero —dijo ella—, noto de nuevo la frialdad, la gran indiferencia. Como la vez que hallamos la piedra en la primera noche fuera.

—Todo irá bien —dijo él— si conseguimos abrirnos camino a través de los Árboles. Las piedras parecen querer que nos dirijamos hacia ellos.

—Pero los guardianes dijeron que los Árboles no nos dejarían pasar a su través.

—Los guardianes —dijo él— están actuando según una vieja tradición que es posible que no posea ningún significado ahora o incluso no haya tenido nunca ningún significado, algo a lo que se han aferrado durante siglos, porque era la única realidad de que disponían, lo único en lo que podían creer. Les proporcionaba un sentido de continuidad, una pertenencia al antiguo pasado. Era algo que los situaba aparte como una gente especial y los hacía importantes.

—Y sin embargo —apuntó Meg—, cuando el oso ahuyentó a los caballos, nos dejaron y se marcharon corriendo detrás de ellos, y aún no han regresado.

—Creo que fue Elayne —dijo Cushing—. ¿Viste sus rostros cuando la miraron? Estaban aterrados. El oso, al ahuyentar a los caballos, les proporcionó una razón psicológica y les dio una excusa para marcharse de aquí.

—Quizá también fueron los caballos —dijo Meg—. Para la gente de las llanuras, un caballo es algo muy importante. Sin caballo se convierten en unos inválidos. Los caballos forman parte de ellos. Son tan importantes que tienen que echar a correr detrás de ellos, no importa todo lo demás.

Los Árboles se erguían delante de ellos, un sólido muro de verdor que se extendía hasta el mismo suelo. Tenían la apariencia de un gigantesco seto. Su aspecto era normal, como el de cualquier otro árbol, pero Cushing se sintió incapaz de identificarlos. Eran árboles de madera dura, pero no eran ni robles



ni arces, ni olmos ni nogales. No eran exactamente como ningún otro árbol. Sus hojas, agitándose en la brisa, danzaban y hablaban el lenguaje de todos los árboles, aunque, escuchándoles, Cushing tenía la impresión de que estaban diciendo algo, de que si sus oídos fueran lo suficientemente agudos y estuvieran sintonizados con su habla, podría comprender sus palabras.

Serpiente Trémula, posicionada formando un halo justo encima de la cabeza de Rollo, estaba girando tan aprisa que en su imaginación uno podía creer oír el silbido de su velocidad. Los Seguidores se habían acercado más, manchas imprecisas que les pisaban los talones, como si quisieran acercarse lo máximo posible para buscar protección.

Ezra se había detenido a no más de tres metros del verde seto de los Árboles y se había sumido en su actitud formal, rígidamente de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados. Ligeramente detrás de él y a un lado, Elayne se había dejado caer al suelo, con los pies doblados bajo el cuerpo, las manos cruzadas en su regazo, y la cabeza inclinada y cubierta con la raída piel de gamo.

Ahora había un nuevo sonido, un débil cliquetear que parecía proceder de detrás de ellos, y cuando Cushing se volvió para ver lo que podía ser, descubrió que eran las piedras. Se habían unido en una formación semicircular, extendiéndose desde el frente de los Árboles a un lado, y formando un arco hasta el frente de los Árboles al otro lado, espaciadas equidistantemente las unas de las otras, con una separación de no más de treinta centímetros, formando una línea casi sólida de piedras, encerrando a los viajeros, manteniéndolos en aquel lugar. El cliquetear, vio, se producía cuando las piedras, cada una sin moverse de su lugar, pero todas oscilando ligeramente, primero a un lado, luego al otro, golpeaban con la inmediata en la línea.

—Es horrible —dijo Meg—. Esa frialdad... me aterra.

La escena parecía haberse inmovilizado. Ezra permanecía rígido; Elayne estaba sentada sin moverse; Andy agitaba una nerviosa cola. Los Seguidores se acercaron aún más; ahora estaban prácticamente entre ellos, glóbulos de sombra que parecían mezclarse con los demás apiñados allí. Serpiente Trémula se superó a sí misma en su frenético girar.

Rollo dijo suavemente:

—No estamos solos. Mirad detrás de nosotros.

Cushing y Meg se dieron la vuelta para mirar. A un kilómetro de distancia, cinco jinetes estaban sentados en sus monturas, recortados contra la línea del cielo.

—Los guardianes —dijo Meg—. ¿Qué están haciendo aquí?

Mientras hablaba, los guardianes lanzaron un gemido, un solitario y desamparado lamento, una especie de apagado sollozo en el cual iba escrita una absoluta desesperación.

—Dios mío, chico muchacho —dijo Meg—, ¿nunca va a terminar esto?

Y, con aquellas palabras, avanzó deliberadamente hasta situarse al lado de Ezra, alzando los brazos en una actitud suplicante.

—¡En nombre de todo lo que es misericordioso —exclamó— dejadnos pasar!

Los Árboles parecieron cobrar vida. Se agitaron, sus ramas vibrando y moviéndose hacia un lado para formar una especie de puerta por la que los viajeros pudieran entrar.

Avanzaron, penetrando en un lugar donde remaba una quietud como la de

un templo, un lugar del cual el resto del mundo parecía excluido para siempre. Allí no había un cercano verdor, sino una oscura y vacía vastedad que se alzaba muy por encima de ellos, una vastedad sostenida por enormes troncos de árboles que se alzaban y alzaban hacia la oscuridad, como grandes pilares de una catedral que se elevaban hacia las alturas de un edificio santificado. Bajo sus pies el mantillo propio del suelo de un bosque era como una alfombra... los desechos que habían ido cayendo y acumulándose a lo largo de los siglos sin jamás haber sido hollados. Tras ellos la abertura se cerró, el verdor externo volvió a su lugar.

Se detuvieron, de pie en el silencio que, descubrieron, no era realmente un silencio. Desde muy arriba les llegaba el susurrar de árboles puestos en movimiento por el viento, pero, extrañamente esos susurros no hacían más que enfatizar el rumor básico que albergaba aquel lugar de intensa penumbra.

«Bien, lo hemos conseguido», pensó decir Cushing, pero el profundo rumor y la intensa penumbra parecieron estrangularle, y no logró pronunciar ninguna palabra. Aquel no era un lugar donde iniciar una conversación ociosa. Aquello era algo que nunca había esperado, que ni siquiera había soñado. Se había lanzado a una búsqueda directa de un Lugar de Ir a las Estrellas, e incluso las veces en que podía pensar que tal vez tuviera la suerte de encontrarlo, lo había imaginado como un conjunto de instalaciones absolutamente ordinarias desde las cuales los hombres habían despegado con sus grandes naves hacia el espacio. Pero los Árboles y las piedras vivientes, e incluso los guardianes, ponían un toque de fantasía que no cuadraba con el lugar que él había esperando encontrar. Y si este otero era, con toda probabilidad, el Lugar de Ir a las Estrellas, ¿qué infiernos había ocurrido?

Ezra había caído de rodillas y sus labios estaban moviéndose, pero las palabras que pronunciaba, si estaba pronunciando palabras, eran ininteligibles.

—Ezra —preguntó Cushing secamente—, ¿qué es lo que está pasando?

Elayne no estaba sentada junto a su abuelo, como había sido su costumbre, sino que estaba de pie junto a él. Ahora se volvió hacia Cushing.

—Déjalo solo —dijo fríamente—. Déjalo solo, estúpido.

Meg tiró de la manga de Cushing.

—¿El Sanctasanctórum? —preguntó.

—¿De qué estás hablando, en nombre de Dios?

—Este lugar. Es el Sanctasanctórum. ¿Acaso no lo sientes? Él agitó negativamente la cabeza. A él nada de aquello le parecía santo. Estremecedor sí. Impío sí. Un lugar de donde marcharse tan pronto como uno fuera capaz. Un lugar de quietud que repentinamente parecía contener una extraña inquietud. Pero nada que fuera sagrado.

*Tienes razón, le dijeron los Árboles. No hay nada sagrado aquí. Este es el lugar de la verdad. Aquí encontramos la verdad; aquí extraemos la verdad. Este es el lugar de las preguntas, del examen. Aquí es donde miramos dentro de las almas.*

Por un instante creyó ver (¿en su imaginación?) una hosca y terrible figura vestida de negro, con una negra cogulla que cubría un huesudo rostro despiadado. La figura y el rostro lo llenaron de terror. Sus piernas temblaron y se doblaron; su cuerpo se puso flácido y su cerebro se convirtió en un grumo de temblorosa gelatina. Su vida, toda su vida, todo lo que había sido o visto o hecho, fue sorbida de él, y ahora que estaba fuera de él, pudo sentir pegajosos dedos provistos de sucias uñas hurgando frenéticamente en ella, rebuscando,

sondeando, examinando, juzgando, y luego haciendo una bola con ella y apretándola con un largo y huesudo puño y volviendo a meterla de nuevo dentro de él.

Se desmoronó hacia adelante sobre sus temblorosas piernas, que aún parecían doblarse, y sólo con el mayor de los esfuerzos consiguió no caer. Meg estaba a su lado, sujetándole y ayudándole, y en aquel momento su corazón fue todo de ella... aquella maravillosa vieja bruja que lo había acompañado sin quejarse ni un solo momentó a lo largo de los extenuantes kilómetros que los habían conducido hasta aquel lugar.

—Directamente al frente, chico muchacho —dijo ella—. Ahora el camino está abierto. Sólo un poco más.

A través de unos nublados ojos vio frente a él una abertura, un túnel con luz al otro extremo, no a poca distancia como había insinuado ella, sino bastante lejos. Avanzó tambaleante, con Meg muy cerca a su lado, y aunque no volvió la vista atrás para ver —temeroso de que, al mirar atrás, pudiera perder el paso—, sabía que los otros venían tras él.

El tiempo se alargó, o pareció alargarse, y luego la boca del túnel estaba directamente ante él. Con un esfuerzo final la cruzó tambaleándose, y vio ante él una empinada ladera que ascendía y no parecía tener fin, una ladera cubierta con el hermoso color tostado de la hierba seca por el sol, rota por los salientes rocosos que emergían aquí y allá, orlados con matorrales y, de tanto en tanto, algún árbol.

Tras él, Rollo dijo:

—Lo conseguimos, jefe. Finalmente estamos aquí. Estamos en el Otero del Trueno.

18

A poca distancia ladera arriba, encontraron un pequeño estanque de agua alimentado por un arroyuelo cuyo escaso caudal descendía por una profunda quebrada, con un grupo de cedros deformados y torturados por el viento formando un abrigo semicircular contra el viento del oeste. Allí encendieron un pequeño fuego con ramas secas arrancadas de los cedros, y asaron bistecs de la pata de un venado apenas destetado de la madre.

Habían ascendido lo suficiente como para poder ver por encima del anillo de los Árboles las llanuras más allá. En aquel punto, justo por encima de las copas de los Árboles, pudieron ver las figuras parecidas a muñecos de los guardianes. Sus caballos estaban agrupados a un lado, y los cinco guardianes permanecían en fila, de cara al otero. A veces alzaban los brazos al unísono y, en otras ocasiones, cuando el viento cesaba momentáneamente, los reunidos en torno al fuego podían oír sus agudas voces.

Meg los estudió a través de los binoculares.

—Es como una especie de lamento —dijo—. Posturas rígidas, luego uno o dos pasos de danza, luego alzan los brazos y gritan.

Ezra asintió gravemente con la cabeza.

—Son hombres devotos, pero están equivocados —dijo.

Cushing le lanzó un gruñido.

—¿Cómo demonios lo sabes? Tienes razón, por supuesto, pero dime cómo lo sabes. No me importa decirte que ya estoy harto de tus rituales, que son tan

malos como cualquier cosa que puedan estar haciendo los guardianes.

—Me juzgas mal —dijo Ezra—. Yo fui quien abrió el camino para que pudiéramos atravesar los Árboles. Hablé con ellos, y ellos abrieron un paso para nosotros; luego hablé de nuevo con ellos, y nos dejaron salir por el otro lado.

—Esa es tu versión —dijo Cushing—. La mía es que Meg nos hizo entrar, luego nos hizo salir por el otro lado. Todo lo que tú hiciste fueron meras tonterías.

—Chico muchacho —dijo Meg—, no nos peleemos entre nosotros. En realidad no importa quién nos hizo atravesar la barrera de los Árboles. Lo importante es que nos dejaron pasar.

Elayne miró a Cushing, y por una vez sus ojos no estaban como vacíos. Había en ellos frialdad y odio.

—Nunca te hemos gustado —dijo—. No has dejado de burlarte de nosotros. Lamento habernos unido a vosotros.

—Vamos, vamos, querida —dijo Ezra—, todos estamos bajo tensión, pero la tensión ya ha desaparecido, o debería haberlo hecho. Admitiré que tal vez haya actuado un poco aparatadamente, aunque te juro que mi creencia en mi propia habilidad no ha menguado en absoluto; que sigo creyendo, como siempre, que puedo hablar con las plantas. Hablé con los Árboles; juro que hablé con ellos, y que ellos hablaron conmigo. De una forma distinta a la que lo hacen las demás plantas con las que nunca haya hablado antes. Una conversación más profunda, que no comprendí en su totalidad, que no comprendí en su mayor parte. Hablaron de conceptos que nunca antes había oído, y aunque yo sabía que eran nuevos e importantes, solamente podía captarlos superficialmente. Miraron profundamente dentro de mí y me dejaron mirar, a poca distancia, en ellos. Era como si me estuvieran examinando, no mi cuerpo sino mi alma, y me ofrecieran la posibilidad de hacer lo mismo con ellos. Pero yo no sabía qué hacer; ni siquiera cuando ellos intentaban mostrármelo sabía cómo hacerlo.

—El espacio es una ilusión —dijo Elayne, hablando con una precisa voz de libro de texto, como si estuviera hablando no con ellos, no con nadie, sino tan sólo recitando algo que sabía o había aprendido recientemente, hablando como si fuera una letanía—. El espacio es una ilusión, y el tiempo también. No existen ni el factor tiempo ni el factor espacio. Hemos sido cegados por nuestra propia inteligencia, cegados por las falsas percepciones de esas cualidades que denominamos eternidad e infinito. Hay otro factor que lo explica todo, y una vez es reconocido ese factor universal, todo resulta simple. Ya no hay ningún misterio, ya no hay ninguna maravilla, ya no hay ninguna duda; porque la simplicidad de todo ello es ofrecida a nuestros ojos... la simplicidad... la simplicidad... la simplicidad...

Su voz fue descendiendo con aquella sola palabra, y se hundió en el silencio. Permaneció sentada mirando más allá de la fogata, sus manos cruzadas sobre su regazo, su rostro asumiendo nuevamente la expresión de aterrador vacío y terrible inocencia.

Los demás permanecieron sentados en silencio, sorprendidos, y de algún lugar en la ladera por encima de ellos les llegó un estremecimiento que los mantuvo inmóviles, presas de un incomprensible temor.

Cushing se sacudió de él y dijo con voz tensa:

—¿Qué demonios es todo esto?

Ezra hizo un gesto de resignación.

—No lo sé. Nunca antes había hecho algo así.

—Pobre niña —dijo Meg.

Ezra dijo irritablemente:

—Os lo dije antes, y vuelvo a decíroslo ahora: no sintáis piedad por ella; antes bien, es ella quien debería sentir piedad por vosotros.

—No había ninguna piedad en lo que he dicho —murmuró Meg.

—Hay más guardianes ahí afuera —dijo Rollo—. Acaba de aparecer un nuevo grupo. Seis o siete, esta vez. Y desde lejos por el este parecen estar acudiendo otros. Hay una gran nube de polvo, pero no puedo ver más.

—Fue una vergüenza lo que hicimos con los guardianes —dijo Meg—. Los confundimos horriblemente, después de tantos años de vigilancia. Todas esas generaciones, y nunca nadie había cruzado.

—Quizá nunca hasta ahora hubiera habido nadie que deseara hacerlo —dijo Rollo.

—Es posible que eso sea cierto —admitió Meg—. Nadie que deseara tanto como nosotros cruzar. Nadie con un propósito.

—De no haber sido por el oso —dijo Rollo—, quizá tampoco nosotros lo hubiéramos hecho. El oso proporcionó la distracción. Y ellos perdieron sus caballos. Se quedaron desnudos e indefensos sin sus caballos.

—Lo del oso acabó de hundirles —dijo Ezra—. Ningún hombre en su sano juicio se enfrenta a un oso con sólo una lanza.

—Yo no soy un hombre —señaló Rollo, razonablemente—, y no estaba solo. Cushing le clavó varias flechas, e incluso Andy acudió al combate.

—Mis flechas no hicieron nada —dijo Cushing—. Tan sólo lo irritaron.

Se levantó de donde estaba sentado y echó a andar ladera arriba, trepando hasta que la fogata no fue más que un pequeño ojo rojizo brillando en la oscuridad. Encontró un pequeño saliente rocoso que surgía del suelo, y se sentó en él. Ya casi era noche cerrada. Los Árboles eran una cinta de oscuridad, y más allá de ellos lo que debían ser las fogatas de los campamentos de los guardianes parpadeaban débilmente, a veces visibles, otras no.

Sentándose en el saliente, Cushing sintió una intranquila paz. Tras kilómetros del valle del río y las altas y reseca llanuras, habían alcanzado finalmente el lugar a donde iban. Habían llegado a su destino, y la expectación diaria de alcanzarlo había desaparecido, y parecía haber muy poca cosa para llenar el vacío que había dejado la expectación. Meditó en todo aquello, un poco confuso. Cuando uno alcanzaba un destino, tenía que haber, si no otra cosa, al menos autocomplacencia.

Debajo de él algo rascó contra una piedra, y cuando miró en aquella dirección vio el débil brillo de algo moviéndose. Observando más atentamente, vio que se trataba de Rollo.

El robot trepó los últimos pocos pasos que le separaban del hombre y, sin decir palabra, se sentó en el saliente al lado de Cushing. Permanecieron sentados en silencio por un momento; luego Cushing dijo:

—Ahí abajo, hace un rato, me llamaste jefe. No debiste hacerlo. No soy ningún jefe.

—Simplemente me salió así —dijo Rollo—. Guiaste un buen safari... ¿es esa la palabra correcta? Oí a alguien usarla una vez. Y nos trajiste hasta aquí.

—He estado sentado aquí pensando acerca de eso de haber llegado hasta aquí —dijo Cushing—. Estoy un poco preocupado por ello.

—No deberías preocuparte —dijo Rollo—. Este es el Lugar de Ir a las Estrellas.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. No estoy seguro de que lo sea. Es algo, pero estoy casi convencido de que no es el Lugar de Ir a las Estrellas. Mira, para ir a las estrellas, para enviar naves al espacio, necesitas plataformas de lanzamiento. Este no es el tipo de lugar donde construir plataformas de lanzamiento. Ahí arriba del otero, quizá, si hay alguna explanada lo suficientemente grande, tal vez puedas construir plataformas de lanzamiento. ¿Pero por qué arriba de un otero? La altura del terreno no representa ninguna ventaja. El trabajo de trasladar los materiales hasta aquí arriba al lugar de lanzamiento... Sería ridículo instalar plataformas aquí arriba cuando afuera en las llanuras tienes miles de hectáreas de terreno llano.

—Bueno, no sé —dijo Rollo—. No sé nada acerca de todas esas cosas.

—Yo sí —dijo Cushing—. Allá en la universidad, leí acerca de los lanzamientos a la Luna y los lanzamientos a Marte y todos los demás lanzamientos. Había un buen número de artículos y libros que contaban cómo habían sido hechos, y no habían sido hechos desde la cumbre de una colina.

—Los Árboles —dijo Rollo—. Alguien puso los Árboles en torno al otero... a todo su alrededor... para proteger lo que sea que haya aquí. Quizá, poco antes de los Días Turbulentos, la gente se alzó en armas contra el ir a las estrellas.

—Pudo haber sucedido eso —dijo Cushing—. Pudo necesitarse protección en los últimos centenares de años o así antes de que el mundo se desmoronara, pero aun así hubieran podido poner igualmente los Árboles en torno a las plataformas de lanzamiento en cualquier superficie llana.

—Lugar de Ir a las Estrellas o no —dijo Rollo—, hay algo ahí, algo protegido por los Árboles.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero era el Lugar de Ir a las Estrellas lo que yo quería.

—Lo que me preocupa es por qué nos dejaron cruzar. Los Árboles, quiero decir. Hubieran podido mantenernos fuera. Las piedras estaban ahí afuera esperando. Todo lo que hubieran tenido que hacer los Árboles era dar la orden, y las piedras hubieran avanzado y nos hubieran aplastado.

—Yo también me lo he preguntado. Pero me alegra que nos dejaran pasar.

—Porque querían dejarnos pasar. Porque decidieron que era mejor dejarnos pasar. No solamente porque podían ver que no íbamos a causar ningún daño, sino porque nos deseaban, como si nos hubieran estado aguardando durante todos esos años. Cushing, ¿qué es lo que vieron en ti?

—Maldito sea si lo sé —dijo Cushing—. Vamos. Regresemos al campamento.

Ezra estaba acurrucado cerca del fuego, completamente dormido y roncando. Meg estaba sentada junto al fuego, envuelta en una manta para protegerse del frío de la noche. Andy permanecía un poco más lejos, medio acostado, la cabeza apoyada entre sus rodillas delanteras. Al otro lado del fuego, frente a Meg, Elayne permanecía sentada muy rígida, los pies doblados bajo su cuerpo, las manos cruzadas sobre su regazo, el rostro inexpresivo, los ojos fijos en la nada.

—Así que habéis vuelto —dijo Meg—. ¿Has visto algo, chico muchacho?

—Absolutamente nada —dijo Cushing. Se sentó a su lado.

—¿Hambriento? Puedo cocinarte un filete de ciervo. Será mejor que comamos mientras podemos. Otro día más y no tendremos nada para comer.

—Conseguiré algo mañana —dijo Cushing—. Debe haber venados por aquí.

—Vi un grupo pequeño en una barranca al oeste —dijo Rollo.

—¿Quieres que te cocine un filete? —preguntó Meg.

Cushing negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Mañana seguiremos subiendo. ¿Tienes alguna idea de cuándo llegaremos arriba?

—Los guardianes dijeron que hay edificios —apuntó Rollo— Donde duermen los Durmientes.

—Podemos olvidar a los Durmientes —le dijo Cushing—. Son una historia de viejas.

—Los guardianes han construido sus vidas en torno a ello —dijo Rollo—. Eso hace pensar que tiene que haber algo más que historias de viejas. Alguna evidencia, por pequeña que sea.

—Auténticas religiones han sido edificadas sobre menos que eso —dijo Cushing.

Tomó un tronco, se inclinó hacia adelante para juntar un poco más el fuego. Surgieron unas momentáneas llamas, y su resplandor brilló sobre algo que estaba suspendido en el aire justo encima del fuego y un poco más arriba de sus cabezas. Cushing retrocedió sorprendido, el tronco aferrado aún en su mano.

La cosa era cilíndrica, de casi un metro de largo y medio de ancho, un grueso y romo torpedo colgando en el aire, flotando sin ningún esfuerzo aparente, sin oscilar, sin emitir ningún sonido, sin tictaqueos ni zumbidos que indicaran un mecanismo diseñado para mantenerlo en aquel lugar. A lo largo de toda su superficie, no situados a intervalos regulares sino esparcidos aquí y allá, había lo que parecían ser pequeños ojos de cristal que brillaban a la débil luz del fuego. El cilindro en sí era metálico, o parecía metálico: poseía un débil lustre metálico excepto por el brillo de los resplandecientes ojos.

—Rollo —dijo Cushing—, es un familiar tuyo.

—Estoy de acuerdo —dijo Rollo— en que tiene una apariencia rebotica, pero, déjame cruzar los dedos, jamás había visto nada parecido.

Y allí estaban, pensó Cushing, sentados y hablando acerca de ello, haciendo del fenómeno un hecho banal, mientras según todas las reglas del sentido común deberían estar helados por el terror. Sin embargo, por extravagante que pareciera, no emanaba ningún miedo del objeto, ninguna amenaza ni asomo de amenaza, no era más que un gordo, rechoncho payaso colgando en el aire. Mirándolo, por un momento pareció conjurar un rostro, un fatuo, sonriente, travieso rostro que se asomó un momento y desapareció al momento siguiente. Sabía que nunca había habido ningún rostro; el rostro que había visto era el tipo de rostro que encajaba con el rechoncho cilindro suspendido en el aire.

Ezra murmuró algo en su sueño, tragando saliva, y se dio la vuelta; luego siguió roncando. Elayne permanecía sentada muy erguida; no había visto el cilindro, o si lo había visto, no le había prestado ninguna atención.

—¿Puedes sentirlo, Meg? —preguntó Cushing.

—Es una nada, chico muchacho —dijo ella—. Una nada formada de muchas cosas, desordenada, caótica, insegura de sí misma, amistosa, ansiosa, como un perro sin hogar buscando desesperadamente uno...

—¿Humana?

—¿Qué quieres decir con humana? No es humana.

—Humana. Como nosotros. No alienígena. No extraña.

Entonces la cosa les habló, con palabras entrecortadas, metálicas. No había partes móviles que pudieran ser una boca, ninguna indicación de dónde procedían las palabras... pero no había ninguna duda de que era el cilindro que flotaba en el aire el que les estaba hablando.

—Había un líquido púrpura —dijo—. No agua. Líquido. Más pesado que el agua. Más denso que el agua. Yacía en hondonadas, y luego salió de ellas y fluyó por la tierra. Era una tierra escarlata, arenosa, y extrañas cosas brotaron en la tierra escarlata, cosas con forma de barril y cosas con forma de tubo y cosas con forma de bola, pero grandes. Muchas veces más grandes que yo mismo. Con espinas y agujas en ellas con las que podían ver y oler y oír. Y hablar, pero no puedo recordar lo que decían. Hay tanto que no puedo recordar, que hubo un tiempo que sabía y ahora ya no sé. Dieron la bienvenida al líquido púrpura que avanzaba por la tierra, colina arriba y colina abajo... podía ir a cualquier lugar. Avanzaba en grandes olas cruzando la arena escarlata, y las cosas con forma de barril y las demás cosas le dieron la bienvenida con su canción. Dando las gracias, alegre, llegó el púrpura. Aunque no recuerdo por qué alegre. Es difícil pensar por qué deberían darle la bienvenida, porque cuando pasó por encima de las cosas vivas, éstas murieron. Sus espinas y agujas colgaron todas flaccidas, y ya no hablaron más, y se contrajeron sobre sí mismas, y yacieron hediendo bajo el sol. Había un gran sol rojo que llenaba la mitad del cielo, y uno podía mirarlo directamente porque no era un sol caliente, no era un sol brillante. El púrpura fluyó por sobre la tierra, luego se acumuló en las depresiones, y las cosas con forma de barril y las otras cosas sobre las que aún no había pasado le cantaron suavemente, invitándolo a venir...

Otra voz dijo, sonando más fuerte que la primera, intentando cubrirla:

—Las estrellas rodaron y rodaron, la estrella verde y la estrella azul, y se movían tan aprisa que no eran bolas de fuego sino estelas de fuego, y alzándose en aquel punto del espacio donde giraban había una nube que estaba viva, tomando su energía de las dos estrellas que giraban, y me pregunté si las estrellas habrían sido así siempre o si la nube que parecía ser toda destellos habría hecho que los soles giraran y giraran, la nube diciéndole a los soles lo que tenían que hacer y...

Y otra voz aún:

—Oscuridad, y en la oscuridad algo hirviente que vivía sobre la oscuridad y no podía soportar la luz, que tomaba la débil luz que yo arrojaba y la devoraba, drenando las baterías de tal modo que ya no había ninguna luz, así que yo, falto de fuerzas, caí en la oscuridad, y, la hirviente cosa se cerró sobre mí...

Y otra:

—Algo púrpura que me atrapó, que me tomó y me englobó y me hizo parte de ello y me dijo cosas de hacía mucho tiempo, de antes de que el universo empezara.

—¡Dios mío! —exclamó Meg—. ¡Están a todo nuestro alrededor!

Y lo estaban. El aire parecía lleno de ellos, una muchedumbre de rechonchos cilindros que flotaban sobre ellos a la luz del fuego y más allá de la luz del fuego, todos ellos hablando, cada uno de ellos intentando cubrir la voz de los otros.

—... no podía hablar con ellos, no había forma de hablar con ellos; no pensaban ni actuaban ni veían ni oían como yo; no había nada que yo tuviera y



que tuvieran ellos, nada que ellos tuvieran y que tuviera yo... La cosa tenía tan sólo un cuerpo, un feo y terrible cuerpo que no puedo describir porque mis sentidos y mi mente rechazan su horrible fealdad; pero una cosa sí sabía, que tenía muchas mentes, y que esas mentes conversaban las unas con las otras, y todas ellas me hablaban y me mostraban una gran piedad porque yo solamente tenía una mente... Eran máquinas, pero no máquinas como nosotros somos máquinas, como yo soy una máquina; eran metales vivos y plásticos sintientes, y tenían un espíritu que... Yo era una hormiga y ellas no se daban cuenta de mi presencia, no tenían la menor idea de que yo estaba ahí, y yo permanecía tendido en mi hormiguero y las escuchaba, experimentando algo de lo que ellas experimentaban, no todo, por supuesto, porque yo no poseía ni el conocimiento ni las percepciones; eran como dioses, y yo como polvo bajo sus pies, aunque no sé si ellas tenían pies, y las amaba y me sentía aterrado por ellas, las dos cosas a la vez... Había ese cáncer que se esparcía de mundo en mundo, que devoraba todo lo que tocaba, y surgió una voz y me dijo: «Benditos seamos, nosotros somos la vida»... Había gente; no sé si debo llamarles gente, pero tenían todo el tiempo en sus manos, criaturas para las cuales el tiempo no significaba nada, puesto que habían conquistado el tiempo, o más bien sólo lo habían comprendido, y ya no temían su tiranía; y eran miserables, porque lo habían eliminado, y habían descubierto que necesitaban el tiempo y habían intentado hacerlo volver, pero no podían porque lo habían matado... «Soy un exterminador», me dijo. «Elimino la vida que no tiene derecho a existir; limpio los mundos que han empezado a ir mal, que no tienen derecho a existir. ¿Qué pensarías si yo te exterminara?»... Había esta raza de reidores, riéndose en sus mentes; todo lo que podían hacer era reír, era su única reacción a cualquier cosa, aunque era una forma distinta de risa de la que nunca haya conocido, y no había realmente mucho de lo que pudieran reírse...

Parloteo, parloteo, parloteo. Chachara, chachara, chachara. Ruido, ruido, ruido. Inconexo y fragmentario, aunque si uno de ellos hubiera podido ser escuchado aisladamente tal vez la historia que contaba habría resultado comprensible. Pero era imposible... cada cual, con su propia historia que contar, insistía en hablar mientras todos los demás hablaban, de tal modo que todos estaban hablando a la vez.

Para entonces había tantos de ellos, y su charloteo era tan insistente y entremezclado, que no había forma de oír nada excepto alguna frase ocasional. Cushing se descubrió hundiéndose inconscientemente los hombros y ocultando la cabeza, agachándose sobre el suelo, adoptando una actitud protectora, como si el cada vez más intenso flujo de palabras fuera un auténtico ataque físico.

Ezra fue arrancado de su sueño y se sentó, desconcertado, frotándose los ojos. Su boca se movió, pero había tantas palabras, había tantas voces, que no pudo ser oído.

Cushing volvió la cabeza para mirar a Elayne. Permanecía sentada como antes, mirando a la noche, con la sensación de no estar mirando nada. Ezra había dicho de ella, aquel primer día en que los habían encontrado, «Es de otro mundo», y aquello, pensó Cushing, debía ser la explicación... que ella habitaba en dos mundos, de los cuales éste, quizá, fuera el menos importante.

Rollo permanecía de pie al otro lado del fuego, y había algo raro en él. Cushing se preguntó qué era, y de pronto lo supo: Rollo estaba solo; Serpiente

Trémula ya no estaba con él. Retrocediendo mentalmente, intentó recordar la última vez que había visto a la serpiente, y no pudo estar seguro.

«Estamos aquí —se dijo Cushing a sí mismo—, estamos finalmente aquí... sea esto lo que sea. Negado el acceso por los guardianes, acosados por las piedras, franqueado el paso por los Árboles». Pero antes de que los Árboles les dejaran pasar, había habido un interrogatorio y un sondeo, una inquisición, una búsqueda de herejías o pecados. Aunque no los habían sondeado a todos, quizá; tal vez solamente lo habían sondeado a él. Por supuesto no a Meg, porque ella le había ayudado cuando sus piernas se doblaban y sus sentidos se dispersaban. No a Ezra, porque él afirmaba que había sostenido una conversación con los Arboles. ¿Y a Elayne? Con respecto a Elayne, ¿quién sabía? Era una persona secreta, una persona exclusiva que no compartía nada con nadie. ¿Andy?, se preguntó. ¿Y Andy, el buscador de agua, el matador de serpientes cascabel, el atacante de osos? Se rió para sí mismo al pensar en Andy.

¿Había sido él el único que había sido interrogado y examinado, el representante de todos los demás, el líder que respondía por el resto del grupo? Y en el interrogatorio, en la búsqueda de las uñas sucias que había puesto aparte lo esencial de su ser, ¿qué habían encontrado? Algo, quizá, que había persuadido finalmente a los Árboles a dejarles pasar. Se preguntó vagamente qué podía haber sido eso, y no pudo responderse, puesto que él mismo no lo sabía.

El charloteo se interrumpió bruscamente, y los rechonchos cilindros habían desaparecido. En algún lugar en medio de la noche podía oírse el chirriar de un grillo.

Cushing se estremeció, la mente aún atontada por aquella avalancha de palabras. Sintió un dolor físico que iba extendiéndose por todo su cuerpo.

—Alguien los llamó —dijo Meg—. Alguien los llamó a casa, regañándoles, irritado con ellos.

Con su voz de libro de texto, Elayne dijo:

—Vinimos a una frontera sin patria, un lugar donde no éramos bienvenidos, donde nada que viviera era bienvenido, donde el pensamiento y la lógica eran detestables, y nosotros estábamos asustados, pero vinimos a este lugar porque el universo se extendía ante nosotros, y si queríamos conocernos a nosotros mismos, debíamos conocer el universo...

19

Se detuvieron para la pausa del mediodía al borde de un pequeño bosquecillo. Cushing había cazado un ciervo, que Andy había transportado ladera arriba. Ahora Cushing y Rollo lo trocearon, y ya tenían carne para varios días.

El camino había sido duro, todo subida, interrumpido a menudo por prominencias rocosas que había que rodear, cortado por barrancos que les obligaban a alterar el rumbo. La reseca hierba era resbaladiza, haciendo inseguro el paso, y se habían producido muchas caídas.

Bajo ellos los Árboles eran una oscura franja de follaje que seguía el curso de las últimas estribaciones del otero. Más allá de los Arboles la alta llanura era una mancha de marrón y sombras más profundas, difuminándose en un color

más suave, casi plateado, a medida que se extendía hacia el horizonte. Utilizando los binoculares, Cushing vio que ahora había más que guardianes en las llanuras. Pudo ver al menos tres grupos separados, acampados o acampando. Y esos grupos, sabía, debían ser tribus, o delegaciones de tribus, quizá alertadas por los guardianes de lo que había ocurrido. ¿Por qué, se preguntó, debían acudir allí las tribus? Eso podía significar que los guardianes no eran una pequeña sociedad de fanáticos, como había parecido, sino que tenían el respaldo de al menos algunas de las tribus occidentales, o estaban actuando para las tribus. Aquel pensamiento le preocupó, y decidió, mientras devolvía los binoculares a su estuche, no decir nada de aquello a los demás.

Aún no había señales de los edificios que habían entrevisto a través de los binoculares varios días antes y que los guardianes habían dicho que había allí. Frente a ellos se extendía solamente la sempiterna ladera que debían seguir ascendiendo.

—Quizá —dijo Rollo—, antes de que termine el día, podamos ver los edificios.

—Espero que sí —le dijo Meg—. Los pies están empezando a dolerme con toda esta subida.

Las únicas señales de vida que vieron fueron el pequeño grupo de venados en el que Cushing había logrado su presa, unos cuantos conejos de largas orejas, una solitaria marmota que les había lanzado un silbido desde el borde de una roca, y un águila que se puso a trazar círculos muy arriba contra el azul del cielo. Los rechonchos cilindros no habían vuelto a aparecer.

A media tarde, mientras estaban trepando con mucho trabajo un desacostumbradamente empinado y traicionero trecho cubierto de resbaladiza hierba, vieron las esferas. Había dos de ellas, parecidas a iridiscentes burbujas de jabón, descendiendo cautelosamente la ladera en dirección a ellos. Estaban a una considerable distancia, y cuando el pequeño grupo se detuvo para observarlas, las dos esferas se detuvieron también, en un lugar bastante llano al final de la cuesta.

Desde donde estaban, Cushing intentó averiguar qué eran. Calculando la distancia que les separaba, tuvo la impresión de que debían medir unos dos metros de diámetro. Parecían lisas y pulidas, perfectamente redondas, y sin dar ninguna sensación de masa; seres insustanciales... y seres porque no parecía haber ninguna duda de que estaban vivas.

Meg las había estado mirando a través de los binoculares; los apartó de su rostro.

—Tienen ojos —dijo—. Ojos flotantes. O, al menos, parecen como ojos, y flotan por toda su superficie.

Le tendió los binoculares a Cushing, pero éste agitó la cabeza.

—Sigamos subiendo —dijo—, y descubramos qué son».

Las esferas les aguardaron mientras ellos seguían su ascensión. Cuando alcanzaron el lugar relativamente llano donde aguardaban las esferas, descubrieron que no estaban a más de siete metros de sus visitantes.

Como había dicho Meg, las esferas poseían ojos que estaban esparcidos por toda su superficie, moviéndose de tanto en tanto a nuevas posiciones.

Cushing caminó hacia ellas, con Meg pegada a sus talones, mientras los otros se quedaban atrás. Las esferas, vio Cushing, tenían aproximadamente el tamaño que había estimado. Excepto los ojos, no parecían poseer otros órganos visibles.

A dos metros de ellas, Cushing y Meg se detuvieron, y por un momento no ocurrió nada. Luego una de las esferas emitió un sonido que era un cruce entre un zumbido y un gruñido. Curiosamente, sonó como si la esfera carraspeará.

La esfera gruñó de nuevo, y esta vez el gruñido se transformó en un habla retumbante. Las palabras eran como las que hubiera pronunciado un tambor si un tambor hubiera sido capaz de articular palabras.

—Sois humanos, ¿verdad? —preguntó—. Por humanos, entendemos...

—Sé lo que entendéis —dijo Cushing—. Sí, somos seres humanos.

—¿Sois la especie inteligente nativa de este planeta?

—Correcto —dijo Cushing.

—¿Sois la forma de vida dominante?

—Exacto —dijo Cushing.

—Entonces —dijo la esfera—, permitid que nos presentemos. Somos un equipo de investigadores procedente de muchos años luz de distancia. Yo soy Número Uno, y éste que está a mi lado es denominado Número Dos. Eso no quiere decir que uno de nosotros sea primero y el otro segundo; solamente sirve para darnos una identidad.

—Eso está bien —dijo Cushing—, y nos complace conoceros. ¿Pero os importaría decir qué es lo que estáis investigando?

—En absoluto —dijo #1—. De hecho, nos encantará hacerlo, porque tenemos algunas esperanzas de que vosotros podáis ser capaces de arrojar un poco de luz sobre algunas cuestiones que nos tienen muy desconcertados. Nuestro campo de estudio son las civilizaciones tecnológicas, ninguna de las cuales parece ser viable por mucho tiempo. Llevan en sí mismas las semillas de su destrucción. En otros planetas que hemos visitado y donde la tecnología ha fallado, parece que eso ha sido el fin definitivo. La tecnología falla, y la raza que la ha diseñado y ha vivido con ella falla también. Cae en la barbarie y no vuelve a alzarse, y superficialmente eso es lo que ha ocurrido también aquí. Durante más de mil años los humanos de este planeta han vivido en la barbarie y han mostrado todos los signos de que iban a continuar en ella, pero el A y R nos asegura que eso no es así, que la raza ha fallado ya una y otra vez a lo largo de su historia y que después de un cierto período de descanso y recuperación se ha alzado de nuevo a alturas aún mayores. Y así, dice el A y R, ese será también el esquema del actual fallo...

—Estás hablando en acertijos —dijo Cushing—. ¿Quién es ese A y R?

—Bueno, se trata del Anciano y Reverendo, el A y R para abreviar. Es un robot y un caballero y...

—También tenemos a un robot con nosotros —dijo Cushing—. Rollo, por favor, avanza unos pasos y saluda a estos nuevos amigos. Nuestra compañía incluye también un caballo.

—Conocemos los caballos —dijo #2 en tono despectivo—. Son animales. Pero no sabíamos...

—Andy no es ningún animal —dijo Meg ácidamente—. Puede que sea un caballo, pero es un caballo especial. Es un buscador de agua y un embestidor de osos y muchas otras cosas además.

—Lo que quería decir —indicó #2— es que no sabíamos que hubiera otros robots aparte de los que viven sobre esta eminencia geográfica. Teníamos entendido que todos los otros robots habían sido destruidos en los llamados Días Turbulentos.

—Por todo lo que sé —dijo Rollo—, yo soy el único robot que queda vivo. Y

sin embargo, decís que el Anciano y Reverendo...

—El Anciano y Reverendo —dijo #1— y un montón de otros. Seguramente os los habréis encontrado. Pequeñas y desagradables criaturas que descienden sobre uno y lo regalan con una interminable chachara sin sentido, todos hablando al mismo tiempo, todos insistiendo en que uno les escuche. —Suspiró—. Son de lo más irritante. Durante años hemos intentado escucharles, con la esperanza de que nos proporcionaran algún indicio. Pero no nos han proporcionado nada excepto una gran confusión. Sostengo la teoría, no compartida por el otro miembro del Equipo, de que son sencillos pero antiguos contadores de historias, programados de tal modo que recitan sin parar sus aventuras ficticias a cualquiera que se ponga a su alcance, sin pensar en ningún momento si lo que van a decir...

—Hey, espera un momento —dijo Rollo—. ¿Estás seguro de que esas cosas son robots? Nosotros habíamos tenido esa impresión, pero esperábamos que... —Entonces, ¿os habéis encontrado con ellos?

—Por supuesto que sí —dijo Meg—. ¿De modo que creéis que las cosas que ellos os han contado no son más que historias pensadas para entretener?

—Eso es lo que yo creo —dijo #1—. El otro miembro del Equipo cree, equivocadamente, que puede que nos cuenten cosas significativas que nosotros, en nuestra alienígena estupidez, no somos capaces de comprender. Dejadme preguntaros, con toda honestidad, ¿qué os parece a vosotros? Como humanos puede que seáis capaces de ver en ellos algo que a nosotros se nos ha pasado por alto.

—Los escuchamos durante demasiado poco tiempo —dijo Cushing— como para emitir ningún juicio.

—Estuvieron con nosotros solamente durante un rato —dijo Meg—, luego alguien los llamó.

—Probablemente el A y R —dijo #1—. Los mantiene muy controlados.

—El A y R... —murmuró Cushing—, ¿cómo podemos entrar en contacto con él?

—Es un poco difícil entrar en contacto con él —dijo #2—. Mantiene una estricta intimidad. En ocasiones nos ha concedido audiencias.

—Audiencias —dijo #1—. Uf. No nos sirvieron de mucho.

—Entonces, ¿os dijo poco?

—Nos dijo mucho —admitió #1—, pero acerca de cosas tales como su fe en la raza humana. Pretende poseer un punto de vista extremadamente a largo plazo, y para ser honestos con él, no parece perturbado en absoluto.

—¿Decís que es un robot?

—Un robot, indudablemente —dijo #2—, pero algo más que eso. Como si su parte robótica no fuera más que una indicación superficial de otro factor que es mucho más grande.

—Eso es lo que tú piensas —dijo #1—. Es muy listo, eso es todo. Un robot muy listo.

—Hubiéramos debido decíroslo antes —dijo #2—, pero os lo decimos ahora. Nos sentimos muy contentos de haberos conocido. Ningunos otros humanos habían venido hasta ahora por aquí. Tenemos entendido que los Árboles no dejan pasar a nadie. ¿Cómo conseguisteis vosotros atravesar la barrera de los Árboles?

—No fue difícil —dijo Cushing—. Simplemente se lo pedimos, y nos dejaron pasar.

—Entonces debéis ser unas personas muy especiales.

—En absoluto —dijo Meg—. Simplemente estamos buscando el Lugar de Ir a las Estrellas.

—¿De ir adonde? ¿Hemos oído correctamente?

—Las estrellas —dijo Meg—. El Lugar de Ir a las Estrellas.

—Pero éste —dijo #1— no es un Lugar de Ir a las Estrellas. En todo el tiempo que llevamos aquí, no hemos oído ninguna mención de ir a las estrellas. Sabemos, por supuesto, que hubo un tiempo en el que los hombres fueron al espacio, pero en cuanto a las estrellas...

—¿Estás seguro —preguntó Cushing— de que éste no es el Lugar de Ir a las Estrellas?

—No hemos oído ninguna mención al respecto —dijo #2—. No hay evidencia de que nunca fuera usado para eso. Tenemos la impresión de que éste es el último lugar de refugio de aquellos intelectuales de élite que pudieron haber previsto los Días Turbulentos e intentaron ponerse a salvo. Pero si es así, no hay ninguna constancia de ello. No lo sabemos; simplemente lo hemos supuesto. El último baluarte de la razón en este planeta. De todos modos, si eso es cierto, el refugio falló, puesto que no hay ninguna indicación de que haya habido humanos aquí desde hace muchos siglos.

—Entonces —dijo Cushing—, ¿no es el Lugar de Ir a las Estrellas?

—Me temo que no —dijo #1.

—Yo nunca lo aseguré —dijo Rollo a Cushing—. Simplemente dije lo que había oído.

—Dijiste hace un momento —señaló Meg— que nosotros somos los primeros en haber llegado hasta aquí, implicando en ello que os alegrabais de que así fuera. Pero si deseabais contactar y hablar con la gente, os hubiera resultado muy sencillo. Todo lo que teníais que hacer era ir y encontrarla. A menos, por supuesto, que los Árboles no os dejaran salir.

—Salimos y fuimos en busca de la gente hace muchos años —dijo #2—. Los Árboles no son ninguna barrera para nosotros. Podemos elevarnos y flotar por encima de ellos muy fácilmente. Pero la gente no quería saber nada de nosotros... la asustábamos. Echaban a correr aullando al vernos, o lanzaban ataques desesperados contra nosotros.

—Y ahora que nosotros estamos aquí —dijo Cushing—, ahora que los humanos han venido a vosotros en vez de ir vosotros a los humanos, ¿qué podemos hacer por vosotros?

—Podéis decirnos —señaló #1— si hay alguna base para la esperanza y la fe tan ciegamente expresadas por el A y R de que vuestra raza volverá a elevarse de nuevo hacia la grandeza.

—Hacia la grandeza —dijo Cushing—. No lo sé. ¿Cómo medís vosotros la grandeza? ¿Qué es la grandeza? Quizá vosotros podáis decírmelo. Decís que habéis estudiado otros planetas en los cuales la tecnología había fallado.

—Todos ellos han seguido el mismo proceso que éste —dijo #2—. Este planeta es un ejemplo clásico de una situación clásica. La civilización tecnológica falla, y aquellas inteligencias que la han desarrollado se hunden en la nada y nunca vuelven a alzarse de nuevo.

—Entonces, ¿por qué la regla no se aplica aquí? ¿Qué es lo que os preocupa?

—Se trata del A y R —dijo #1—. Insiste en su fe...

—¿Se os ha ocurrido pensar que tal vez el A y R esté tomándoos el pelo?

—¿Tomádonos el...?

—Burlándose de vosotros. Engañándoos. Quizá riéndose de vosotros.

—No se nos ha ocurrido —dijo #2—. El A y R es un auténtico caballero. No haría una cosa así. Debes darte cuenta de que hemos pasado milenios recopilando nuestros datos. Esta es la primera vez en que nuestros datos han sido cuestionados, la única vez en que nos hemos encontrado ante una duda. Todos los demás estudios fueron refrendados hasta el más mínimo detalle. Aquí reside nuestra gran preocupación.

—Sí, creo que lo entiendo —dijo Cushing—. Dejadme preguntaros... ¿habéis ido alguna vez más allá de vuestros datos, vuestros datos inmediatos? Decís que estáis convencidos de que cuando la tecnología falla, la carrera ha terminado, ya no hay forma de volver atrás. ¿Pero qué ocurre a continuación? ¿Qué ocurre después de eso? Si, en este planeta, el hombre se hunde en la insignificancia, ¿qué es lo que ocupa su lugar? ¿Qué es lo que viene después del hombre? ¿Qué sustituye al hombre?

—Esto —dijo #1 con un tono estricto— es algo en lo que nunca hemos pensado. Nadie nos ha planteado nunca la cuestión. Nosotros no nos hemos planteado la cuestión. No se nos ha ocurrido.

Los dos permanecieron en silencio durante un rato, sin hablar, pero oscilando hacia uno y otro lado, como agitados. Finalmente, #2 dijo:

—Pensaremos en ello. Tenemos que estudiar vuestra sugerencia..

Tras eso, rodaron pendiente arriba, sus ojos agitándose por toda su superficie mientras rodaban, ganando velocidad mientras ascendían la ladera, de modo que al poco rato habían desaparecido de su vista.

## 20

Antes de la caída de la noche, Cushing y los demás alcanzaron los alrededores de la Ciudad, una enorme explanada pavimentada con piedras que precedía al masivo grupo de edificios de piedra gris. Se detuvieron allí a fin de instalar el campamento para pasar la noche, con una inexpresada reluctancia a entrar en la Ciudad en sí, prefiriendo permanecer en su borde por un tiempo, quizá para estudiarla desde una cierta distancia o acostumbrarse más a su realidad.

Una docena de peldaños de piedra conducían a una amplia explanada, que se extendía a lo largo de kilómetro y medio o quizá dos antes de que los edificios empezaran a alzarse en el aire. La amplia extensión pavimentada de piedra se veía interrumpida por jardineras de ladrillo clavadas en el suelo y que ahora contenían más hierbajos que flores, fuentes que ahora no funcionaban, estanques que ahora contenían el polvo arrastrado por los vientos en vez de agua, bancos de piedra donde uno podía sentarse y descansar. En una de las jardineras más cercanas sobrevivían aún algunos desordenados rosales, de los que colgaban ajados restos de flores, cuyos marchitos pétalos eran arrastrados por el viento por entre las piedras.

La Ciudad, según todas las apariencias, estaba abandonada. No había habido, desde la noche anterior, signos de los rechonchos charlatanes. El Equipo no había vuelto a presentarse. No había nada excepto una media docena de gorjeantes y descontentos pájaros que revoloteaban de los resecos matojos de una jardinera a los resecos matojos de otra jardinera.

Sobre la Ciudad se extendía el solitario cielo, y desde donde estaban podían ver hasta muy lejos en el brumoso azul de las llanuras.

Cushing reunió algunos troncos de los muertos o moribundos matorrales y encendió un fuego sobre una de las piedras del pavimento. Meg sacó la sartén y cortó lonchas de una pierna de ciervo.

Andy, Ubre de su carga, trotó de un lado para otro de la explanada, como un soldado montando rítmica guardia, sus cascos resonando apagadamente sobre las piedras. Ezra se sentó al lado de la jardinera que contenía todavía los pocos y descuidados rosales, adoptando una actitud de escuchar. Elayne, esta vez, no se sentó junto a él con las piernas cruzadas, sino que caminó varios cientos de metros cruzando la explanada y se detuvo allí rígidamente, enfrentándose a la Ciudad.

—¿Dónde está Rollo? —preguntó Meg—. No lo he visto en toda la tarde.

—Probablemente esté explorando —dijo Cushing.

—¿Explorando qué? No hay nada que explorar.

—Tiene el pie inquieto —dijo Cushing—. Ha explorado cada kilómetro desde que se unió a nosotros. Probablemente sólo sea un hábito. No te preocupes por él. Ya aparecerá.

Ella colocó los bistecs en la sartén.

—Chico muchacho, este no es el lugar que estábamos buscando, ¿verdad? Es algo diferente. ¿Tienes alguna idea de lo que es?

—Ninguna idea —dijo Cushing, secamente.

—Y tras todo este tiempo que estuviste esforzándote para encontrar el Lugar de Ir a las Estrellas. Es una maldita lástima, sí. ¿Qué es lo que hicimos mal?

—Quizá —dijo Cushing— no exista ningún Lugar de Ir a las Estrellas. Puede que se trate tan sólo de una historia. Hay tantas historias.

—No puedo creer eso —rechazó Meg—. Chico muchacho, de alguna forma, simplemente no puedo creerlo. Tiene que existir ese lugar.

—Debió existir —le dijo Cushing—. Hace mil quinientos años o más, los hombres llegaron a la Luna y a Marte. No pudieron detenerse ahí. Tuvieron que ir más lejos. Pero este no es la clase correcta de lugar. Han tenido que disponer de plataformas de lanzamiento, y es ridículo construir plataformas de lanzamiento aquí arriba. Sería difícil transportar hasta aquí arriba la clase de suministros que necesitaría una base así.

—Tal vez hallaron una forma distinta de ir a las estrellas. Este podría ser el lugar, después de todo.

Cushing agitó la cabeza.

—No lo creo.

—Pero este lugar es importante. Tiene que ser importante. ¿Por qué si no estaría guardado por los Árboles? ¿Por qué estarían los guardianes ahí afuera.

—Lo descubriremos —dijo Cushing—. Intentaremos descubrirlo.

Meg se estremeció.

—Tengo una extraña sensación en mis huesos —dijo—. Como si no debiéramos estar aquí. Como si estuviéramos fuera de lugar. Puedo sentir esos grandes edificios mirándonos desde su altura, preguntándose quiénes somos y por qué estamos aquí. Cuando los miro, se me pone la piel de gallina.

—Dame, déjame hacerlo a mí —dijo una voz.

Meg alzó la vista. Elayne estaba inclinada sobre ella, la mano tendida hacia la sartén.

—No hace falta —dijo Meg—. Puedo arreglármelas.



—Lo has estado haciendo durante todo el tiempo —dijo Elayne—. Siempre has cocinado tú. Yo no he hecho nada. Déjame hacer mi parte.

—De acuerdo —dijo Meg—. Gracias, muchacha. Estoy agotada.

Se levantó, se dirigió hacia un banco de piedra y se sentó. Cushing se sentó a su lado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Se está volviendo humana?

—No lo sé —dijo Meg—. Pero sea cual sea la razón, me alegro. Estoy realmente agotada. Ha sido un viaje largo y difícil. Aunque no me lo hubiera perdido por nada del mundo. Me alegra que estemos aquí, por muy inquietante que pueda ser todo esto.

—No dejes que la inquietud te venza —dijo él—. Todo parecerá distinto por la mañana.

Cuando acudieron a la llamada de Elayne para cenar, Ezra despertó de su comunión con las rosas y se unió a ellos. Agitó perplejo la cabeza.

—No comprendo en absoluto —murmuró— las cosas que me han dicho las rosas. Hay en ellas una sensación de ancianidad, de lejanos lugares, de tiempo que es imposible contar. Como si estuvieran empujándome al borde del universo, desde donde pudiera mirar a toda la eternidad y toda la infinitud, y luego me preguntaran qué es lo que veo y yo no pudiera decírselo, porque hay demasiadas cosas que ver. Hay fuerzas poderosas aquí, y misterios que ningún hombre puede comprender...

Siguió hablando y hablando, murmurando digresivamente mientras comía la carne. Nadie le interrumpió; nadie le hizo preguntas. Cushing se dio cuenta de pronto de que él ni siquiera estaba escuchándole.

Horas más tarde, Cushing se despertó. Los otros estaban dormidos. El fuego se había reducido a unas cuantas brasas. Andy permanecía sobre sus patas un poco alejado, la cabeza colgando, o bien dormido de pie o bien dormitando.

Cushing echó a un lado su manta y se levantó. La noche se había vuelto fría, y sobre su cabeza el viento silbaba huecamente entre las brillantes estrellas. La luna se había puesto, pero los edificios se reflejaban con un fantasmal color blanco gracias a la débil luz estelar.

Se dirigió hacia la Ciudad, se detuvo frente a ella, sus ojos ascendiendo por las fachadas parecidas a riscos. «No te necesito para nada —le dijo a la Ciudad, las palabras goteando en su mente—. No te quiero para nada. No salí a buscarte».

Demasiado grande, pensó, demasiado grande, preguntándose si él, en aquel momento, no estaría pensando del mismo modo que habían pensado otros hombres cuando asestaron el golpe que había derribado aquella enorme e impersonal tecnología que los había tragado y abrumado.

Con su golpe, habían derribado una forma de vida que se había convertido en algo aborrecible para ellos, pero en vez de reemplazarla con alguna otra forma de vida habían dejado una nada, un vacío en el cual era imposible existir, retirándose hacia una existencia más antigua, hacia casi el lugar desde donde habían empezado, como se retiraría un hombre a sus más antiguas raíces en busca de un nuevo empezar. Pero no habían empezado de nuevo; se habían quedado simplemente allí, quizá contentándose por un tiempo con lamer sus heridas y descansar, para recuperar de nuevo el aliento. Habían recuperado el aliento y habían descansado, y las heridas habían sanado, y ellos seguían todavía allí... no se habían movido durante siglos. Quizá temerosos de

moverse, temerosos de que si se movían pudieran crear otro monstruo que en tiempos futuros tuvieran también que destruir, preguntándose a sí mismos cuántos comienzos en falso podía permitirse una raza.

Aunque, sabía, estaba fantaseando, filosofando sobre bases insuficientes. El problema había residido en que la gente después del Colapso no había pensado en absoluto. Herida y golpeada tras todos los años de progreso, simplemente se había acurrucado, y aún seguía acurrucada.

Y aquel gran edificio —o quizá muchos edificios, cada uno de ellos enmascarando al otro, de modo que pareciera haber un solo edificio— ¿qué podía ser, alzado allí en un lugar desierto y que siempre había estado desierto? ¿Una estructura especial, edificada por una razón específica, quizá una razón misteriosa y secreta, guardada como estaba por los Árboles y las piedras vivientes? Hasta ahora, no había ningún indicio que revelara cuál podía ser esa razón. Ni ningún indicio tampoco acerca de los Árboles y las piedras. Y ninguno, incidentalmente, acerca de los Seguidores y la Serpiente Trémula.

Caminó lentamente, cruzando la explanada hacia la Ciudad. Directamente frente a él se alzaban dos grandes torres, de construcción cuadrada y sólida, sin ninguna extravagancia arquitectónica, albergando una oscuridad que tanto podía ser una sombra como una puerta.

A medida que se acercaba, pudo ver que era una puerta, y que estaba abierta. Un corto y plano tramo de escaleras conducía hasta ella, y mientras empezaba a subirlo, vio un rayo de luz en la oscuridad que había más allá de la puerta. Se detuvo y se inmovilizó, conteniendo el aliento, observando, pero el rayo no volvió a repetirse.

La puerta era más grande de lo que había pensado, siete metros de ancho o más, y alzándose hasta unos doce metros o así. Se abría a una completa oscuridad. Al llegar a ella, se detuvo indeciso por un momento, luego la cruzó, arrastrando los pies para prevenirse contra cualquier caída o irregularidad en el suelo.

A unos cuantos pasos en el interior, se detuvo de nuevo, y aguardó a que sus ojos se adaptaran, pero la oscuridad era tan profunda que era posible muy poca adaptación. Lo más que podía conseguir era distinguir algunas variaciones en la oscuridad, las masas más oscuras de objetos que estaban apoyados contra las paredes del corredor por el cual avanzaba.

Entonces, frente a él, llameó una luz, y luego otra, y después muchos haces de luz; extrañas, temblorosas, oscilantes luces que chisporroteaban antes que brillar, y tras un momento de algo muy parecido al pánico supo lo que eran: centenares de serpientes trémulas, danzando en la oscuridad de una habitación que se abría al corredor.

Con el corazón medio subido a su boca, se encaminó hacia la puerta y la alcanzó. Se detuvo en ella, ni dentro ni fuera, y pudo ver la habitación, o medio verla: un lugar de amplias dimensiones con una masiva mesa dispuesta en su centro, iluminado de un modo parpadeante por las burlonas evoluciones de las burlonas serpientes; y de pie a la cabecera de la mesa, una forma que no parecía ser un hombre, pero que sugería la forma de un hombre.

Cushing intentó hablar, pero las palabras murieron antes de asomarse a su boca y se convirtieron en polvo, que pareció inundar su garganta, y cuando intentó hablar de nuevo, descubrió que no podía recordar lo que quería decir, y aunque hubiera sido capaz de hacerlo no hubiera hablado.

Una suave mano tocó su brazo, y sonó la voz de Elayne:

—Aquí estamos al borde de la eternidad —dijo—. Un paso más, y estaremos en la eternidad, y ésta se nos revelará. ¿No puedes sentirlo?

Negó abyectamente con la cabeza. No sentía nada excepto un terrible torpor, tan paralizante que dudaba que jamás fuera capaz ya de moverse del lugar donde estaba anclado ahora.

Logró, con un esfuerzo, volver ligeramente la cabeza hacia un lado, y la vio a ella de pie allí junto a él, delgada y erguida en su deshilachada ropa, que en una ocasión había sido blanca, pero que ahora ya no lo era. A la parpadeante luz de las serpientes, su rostro y el vacío que reflejaba eran más terribles de lo que nunca había visto, un rostro aterrador, que marchitaba el alma, pero su anterior torpor dominaba cualquier otra sensación posterior, y miró aquel rostro sin un estremecimiento de emoción, anotando simplemente para sí mismo el absoluto horror que emitía.

Su voz, sin embargo, era clara y precisa. No había emoción en ella, ni un temblor, cuando dijo:

—Como nos indicó mi abuelo, como las plantas le habían indicado a él, la eternidad está aquí. Yace al alcance de nuestras manos. Está justo más allá de la punta de nuestros dedos. Es una extraña condición, completamente distinta de la eternidad en la que siempre hemos pensado... un lugar sin tiempo ni espacio, porque no hay lugar en ella ni para el tiempo ni para el espacio. Es una infinitud que lo abarca todo, que nunca ha tenido un principio y nunca tendrá un final. Engastadas en ella están todas las cosas que han ocurrido o han de ocurrir... —Entonces jadeó, y su presión sobre el brazo de Cushing se hizo más fuerte, hasta que él pudo sentir sus uñas clavándose profundamente en su carne. La joven sollozó—. No es en absoluto como eso. Eso era solamente superficial. Es un lugar... No, no un lugar... —Se tambaleó, y Cushing la sujetó mientras se derrumbaba, manteniéndola en pie.

La figura a la cabecera de la mesa permanecía inmóvil. Cushing la miró a través del espacio que los separaba, y la figura le devolvió la mirada con unos ojos resplandecientes que fulguraban en medio de las agitaciones de la luz proporcionada por las girantes, retorcientes serpientes.

Elayne colgaba en sus brazos, sus piernas flaccidas bajo ella.

Cushing la recogió en sus brazos y se dio la vuelta, encaminándose hacia la puerta. Sintió los ojos de la figura a la cabecera de la mesa ardiendo en él, pero no volvió la cabeza. Cruzó tambaleante el umbral y avanzó por el corredor hasta que hubo cruzado la puerta de la entrada y bajado los escalones hasta la explanada. Allí se detuvo y depositó a Elayne, y las rodillas de la muchacha ya no estaban flaccidas bajo ella. Se mantuvo en pie, sujetándose a él en busca de apoyo. A la pálida luz de las estrellas, su vacío rostro tenía una expresión afligida.

Se oyó a un lado un ruido de cascos, y volviendo la cabeza hacia allá Cushing vio que se trataba de Andy, pastando y retozando en un loco abandono, el cuello inclinado hacia el suelo, la cola enhiesta detrás, danzando sobre las piedras del pavimento. Por un momento pareció que estaba solo; luego Cushing vio a los otros... débiles sombras a la luz de las estrellas, corriendo locamente con él como una bandada de alegres lobos, dando vueltas en torno suyo y saltando por encima de él, corriendo por debajo de su barriga, cabrioleando alegremente para animarle, como un puñado de cachorrillos jugaría con un condescendiente perro de cuatro años.

Elayne se desprendió de él y echó a correr en dirección al campamento,

corriendo silenciosamente, sus ropas agitándose tras ella. Cushing avanzó en pos de ella, dejándola que ganara distancia. En el campamento, Meg se levantó y se puso delante de ella, intentando sin conseguirlo sujetarla para detener su alocada huida.

—¿Qué ocurre con ella, chico muchacho? —preguntó Meg cuando él llegó a su lado—. ¿Qué es lo que le has hecho?

—Nada —dijo Cushing—. Simplemente vio la realidad, eso es todo. Estábamos dentro de la Ciudad y ella estaba soltando algunas de esas insípidas tonterías, principalmente acerca de la eternidad, que ha estado soltando durante todo el tiempo, y entonces...

—¿Estabais en la Ciudad?

—Sí, por supuesto —dijo Cushing—. Dejaron la puerta abierta de par en par.

Elayne se había hundido en su posición ritual, los pies doblados bajo su cuerpo, las manos cruzadas sobre su regazo, la cabeza inclinada. Ezra, que había salido con torpeza de debajo de su manta, estaba preocupadamente inclinado sobre ella.

—¿Qué es lo que encontrasteis allí? —preguntó Meg—. ¿Y qué es lo que le pasa a Andy?

—Está bailando con una pandilla de Seguidores —dijo Cushing—. No te preocupes por él. Se las está arreglando bien.

—¿Y Rollo? ¿Dónde está Rollo?

—Que me maldiga si lo sé —dijo Cushing—. Nunca está aquí cuando lo necesitamos. Debe estar vagando por ahí.

Un cilindro apareció en el aire encima de ellos, flotando inmóvil, sus receptores destellando hacia ellos.

—Lárgate —dijo Cushing—. En este momento precisamente no necesitamos otra historia.

—No tengo ninguna historia que contaros —dijo el charlatán—. Tengo información para vosotros. Traigo un mensaje del A y R.

—¿El A y R?

—El Anciano y Reverendo. Me ha ordenado que os diga que la Ciudad está cerrada para vosotros. Me ha ordenado que os diga que no tenemos tiempo para perderlo con un grupo de boquiabiertos turistas.

—Bien, esto es estupendo —dijo Meg—. No somos unos boquiabiertos turistas, pero nos alegraremos de irnos.

—Eso tampoco podéis hacerlo —dijo el charlatán—. No se os permitirá. No podéis irnos; porque si lo hicierais, llevaríais con vosotros estúpidas historias, y eso es algo que no deseamos.

—Así pues —dijo Cushing—, no se nos permite marcharnos, y la Ciudad está cerrada para nosotros. ¿Qué es lo que esperas que hagamos?

—Eso es asunto vuestro —dijo el charlatán—. A nosotros no nos preocupa.

Tres días más tarde sabían que lo que había dicho el charlatán era cierto. Meg y Cushing habían rodeado la ciudad, buscando algún medio de entrar en ella. No encontraron ninguno. Había puertas, un montón de puertas, pero todas ellas estaban cerradas y aseguradas. Las ventanas, y había pocas, no estaban más bajas de un segundo o tercer piso. Las pocas que podían alcanzar

estaban igualmente cerradas, y construidas de un material distinto al cristal, imposible de romper. Más aún, eran opacas, y no había forma de mirar a su través. Los pozos de ventilación, de los que había tan sólo unos cuantos, estaban protegidos de tal modo que no ofrecían ninguna posibilidad de deslizarse a través de ellos.

La Ciudad era mucho más grande de lo que había parecido, y era, descubrieron, un solo edificio con muchas alas; de hecho, con alas añadidas a otras alas, de tal modo que el esquema de construcción, a veces, se hacía confuso. Las alturas de las diversas alas variaban, algunas con sólo cinco o seis pisos, otras alzándose hasta los veinte pisos o más. Toda la estructura estaba flanqueada, a todo su alrededor, por la explanada de piedra.

Excepto en una ocasión, el segundo día, no vieron a nadie. En ese segundo día, a última hora de la tarde, se habían encontrado con el Equipo, que parecía estar aguardándoles cuando doblaron una esquina de una de las múltiples alas.

Meg y Cushing se detuvieron asombrados, y en cierto modo alegres de encontrar algo con lo que pudieran comunicarse. Los dos grandes globos rodaron hacia adelante para acudir a su encuentro, sus ojos flotando al azar. Cuando alcanzaron uno de los bancos de piedra, se detuvieron hasta que los humanos llegaron a él.

#1 retumbó con su voz de tambor:

—Por favor, sentaos y descansad, como hemos observado es la costumbre de los de vuestra clase. Así será posible comunicarnos con mucha más comodidad.

—Nos estábamos preguntando —dijo Meg— qué os habría ocurrido. Aquel día que hablamos os fuisteis más bien un poco apresuradamente.

—Hemos estado cogitando —dijo #2—, y muy preocupados por aquella cosa que nos dijisteis... la cuestión que planteasteis.

—¿Quieres decir —indicó Cushing— la referente a lo que viene después del hombre?

—Exacto —dijo #1—, y no era el concepto en sí lo que nos preocupaba tanto, sino el hecho de que podía formularse con respecto a cualquier raza. Tiene muchas conexiones con el punto de vista del A y R, que parece completamente convencido de que vuestra raza se recuperará de la última catástrofe y volverá a levantarse de nuevo a alturas aún mayores de las que habéis conocido antes. Por casualidad, ¿os habéis encontrado con el A y R?

—No —dijo Cushing—, no nos hemos encontrado con él.

—Oh. Entonces —dijo #2—, volviendo a la cuestión que formulasteis... ¿Podéis explicarnos cómo llegasteis a ella? Decir de alguna otra cosa que a su debido tiempo será sustituida por otra forma de vida es algo completamente lógico, pero para una especie, mantener la idea de que ella misma será sustituida representa una sofisticación que no habíamos considerado posible.

—Responder a eso —dijo Cushing— es realmente muy simple. Una especulación así es de sentido común, y se halla completamente en línea con la mecánica de la evolución. Las formas de vida ascienden hasta un punto dominante debido a ciertos factores de supervivencia. En este planeta, a lo largo de las eras, ha habido muchas razas dominantes. El hombre adquirió su dominio debido a su inteligencia, pero la historia geológica nos demuestra que no permanecerá por siempre como raza dominante. Y una vez reconocido esto, surge de forma natural la cuestión de qué vendrá tras él. ¿Qué es, podríamos

preguntar, lo que tiene un valor de supervivencia superior a la inteligencia? Y aunque no podemos responder a eso, sabemos que tiene que haber algo. De hecho, parece que la inteligencia ha demostrado tener muy poco valor en lo que a la supervivencia se refiere.

—¿Y vosotros no protestáis? —preguntó #2—. ¿No os golpeáis furiosos vuestros pechos? ¿No os arrancáis el cabello? ¿No sentís debilidad y pánico ante el pensamiento de que llegará un día en el que no habrá ninguno de vosotros, que en el universo no habrá nada como vosotros, que no quedará nadie para recordaros o lloraros?

—Infiernos, no —dijo Cushing—. No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿podéis prescindir de vuestras reacciones personales —dijo #2—, hasta el punto de especular fríamente sobre lo que va a sustituirlos?

—Creo —dijo Meg— que sería divertido saberlo.

—No conseguimos comprenderlo —dijo #1—. Esa diversión de la que habláis. ¿Qué es lo que queréis decir con «divertido»?

—¿Queréis dar a entender, pobres cosillas —exclamó Meg—, que vosotros nunca os habéis divertido? ¿Que no conocéis lo que significa «divertido»?

—Captamos el concepto —dijo #2—, aunque quizá de una forma imperfecta. Se trata de algo que nunca antes habíamos encontrado. Nos cuesta comprender que algún ser pueda derivar ni siquiera la más pequeña satisfacción del hecho de contemplar su propia extinción.

—Bueno —dijo Cushing—, aún no nos hemos extinguido. Puede que nos queden todavía unos cuantos años.

—Pero no hacéis nada al respecto.

—No activamente —dijo Cushing—. No ahora. Quizá no en ningún momento. Simplemente intentamos seguir adelante. Pero suponed que ahora somos nosotros quienes os preguntamos... ¿no habéis tenido ningún atisbo de respuesta a la cuestión que formulamos? ¿Qué es lo que vendrá después de nosotros?

—Es una cuestión a la que no podemos responder —dijo #1—, pese a que, desde que nos la formulasteis, no hemos dejado de pensar en ella. El A y R afirma categóricamente que la raza continuará. Pero nosotros creemos que el A y R está equivocado. Hemos visto otros planetas donde las razas dominantes fallaron, y ese fue el fin de todas ellas. No había nada que ofreciera promesas de venir después.

—Quizá —dijo Cushing— no fuisteis capaces de quedaros el tiempo suficiente para ver. Puede que se necesite un cierto tiempo para que otra forma de vida entre en juego, llene el vacío.

—No sabemos nada de eso —dijo #2—. Era algo que no nos preocupaba demasiado; de hecho, era un factor que nunca tuvimos en cuenta. Quedaba fuera del área de nuestro estudio. Comprendedlo, nosotros dos hemos pasado toda una vida en el estudio de algunos puntos críticos que daban como resultado la abolición de sociedades tecnológicas. En muchos otros planetas hemos encontrado un esquema clásico. La tecnología crece hasta un cierto punto, y luego se destruye a sí misma y a la raza que la ha edificado, íbamos ya a volver a nuestro planeta natal y registrar nuestro informe, cuando llegamos a este planeta, y las dudas empezaron a insinuarse en nosotros...

—Las dudas se insinuaron en nosotros —dijo #1— debido a las evasivas y a la testarudez del A y R. Se niega a admitir lo obvio. Pretende, a veces de una forma convincente, dar cuerpo a la fe de que vuestra raza humana volverá a

alzarse de nuevo, que es inconquistable, que posee un espíritu indomable que no aceptará la derrota. Habla alegóricamente acerca de lo que llama un fénix alzándose de sus cenizas, una alusión que se nos escapa por completo.

—No hay necesidad de andarnos con rodeos —dijo #2—. Tenemos la impresión de que vosotros sois capaces de abstraer una respuesta mucho mejor que nosotros, y esperamos que, una vez la tengáis, en aras de la amistad, la compartáis con nosotros. Tenemos la impresión de que la respuesta, si existe alguna, lo cual dudamos bastante, se halla encerrada dentro de la Ciudad. Como nativos de este planeta, es posible que tengáis mayores posibilidades de encontrarla que nosotros, que somos viajeros alienígenas, abrumados por nuestras dudas e insuficiencias.

—Lo veo difícil —dijo Cushing—. Estamos encerrados fuera de la Ciudad y, al parecer, varados aquí. El A y R nos ha prohibido marcharnos.

—Creíamos que habíais dicho que no habíais visto al A y R.

—No lo hemos visto. Nos envió un mensaje con uno de sus charlatanes.

—Que se mostró maliciosamente divertido al respecto —dijo Meg.

—Eso suena muy propio del A y R —dijo #1—. Un viejo caballero sofisticado, pero a veces quisquilloso.

—¿Un caballero, dices? Entonces, ¿es posible que el A y R sea humano?

—No, por supuesto que no lo es —dijo #2—. Ya os lo dijimos. Es un robot. Tendríais que conocer a los robots. Tenéis a uno como miembro de vuestro equipo.

—Hey, espera un momento —dijo Cushing—. Había algo de pie junto a la cabecera de la mesa. Parecía un hombre, y sin embargo no parecía un hombre. Podía haber sido un robot. Podía haber sido el A y R.

—¿Le hablaste?

—No, no le hablé. Había demasiadas otras cosas...

—Hubieras debido hablarle.

—Maldita sea, sé que hubiera debido hacerlo, pero no lo hice. Ahora ya es demasiado tarde. El A y R se halla dentro de la Ciudad y nosotros no podemos llegar a él.

—No es tan sólo el A y R —dijo #1—. Hay algo más encerrado detrás de aquellas paredes. No lo sabemos directamente. Pero lo sospechamos. Lo hemos recepcionado.

—Querrás decir que lo habéis recibido. O captado.

—Sí, eso es —dijo #1—. Nuestra sensación no es algo en lo que se pueda confiar mucho, pero es todo lo que podemos decirnos.

Cushing y Meg volvieron al finalizar el día al desierto campamento. Un poco más tarde apareció Andy para darles la bienvenida. No había ninguna señal de los otros tres. Ezra y Elayne habían bajado del otero para hablar con los Árboles, y Rollo simplemente estaba vagabundeando.

—Ahora pues ya lo sabemos, chico muchacho —dijo Meg—. El A y R quiso dar a entender exactamente lo que dijo. La Ciudad está cerrada para nosotros.

—Fue esa maldita Elayne —dijo Cushing—. No hacía más que hablar y hablar de toda esa tontería de la eternidad, hasta que llegó un momento en que...

—Eres demasiado duro con ella —dijo Meg—. Puede que su cerebro esté un poco confuso, pero tiene un cierto poder. Estoy segura de que lo tiene. Vive en otro mundo, a otro nivel. Ve y oye cosas que nosotros no vemos ni oímos. Y de todos modos, no sirve de nada hablar de eso ahora. ¿Qué vamos a hacer si no

podemos salir de este otero?

—Aún no estoy dispuesto a abandonar —dijo Cushing—. Si queremos salir de aquí, encontraremos un medio.

—¿Qué le ha ocurrido —preguntó ella— al Lugar de Ir a las Estrellas que buscábamos al principio? ¿Cómo nos equivocamos?

—Nos equivocamos —dijo Cushing— porque íbamos a ciegas. Nos aferrábamos a cualquier rumor que oíamos, a todas las historias contadas junto a las fogatas de los campamentos que Rollo había oído. No fue culpa de Rollo. Fue culpa mía. Estaba demasiado ansioso. Estaba demasiado dispuesto a aceptar cualquier cosa que oyera.

Rollo regresó poco después de oscurecer. Se sentó en el suelo junto a los otros dos y se quedó contemplando el fuego.

—No he descubierto mucho —dijo—. Encontré una pedrera al oeste, de donde fue sacada la piedra para la Ciudad. Encontré una vieja carretera que conducía al sudoeste, construida y utilizada antes de que fueran plantados los Árboles. Ahora los Árboles ciegan la carretera. Intenté pasar a través de ellos y no hubo forma de conseguirlo. Lo intenté en varios lugares. Forman simplemente una barrera inexpugnable. Quizá un centenar de hombres con hachas consiguieran abrirse camino, pero no tenemos a un centenar de hombres con hachas.

—Incluso con hachas —dijo Meg—, dudo que pudieran pasar.

—Las tribus están reuniéndose —dijo Rollo—. Las llanuras al este y al sur están negras de ellas, y están llegando más a cada momento. La noticia debe haber viajado rápido.

—Lo que no puedo comprender —dijo Cushing— es por qué tienen que estar reuniéndose. Estaban los guardianes, por supuesto, pero tenía la impresión de que tan sólo eran una pequeña banda de fanáticos engañados.

—Quizá no tan engañados —dijo Meg—. Un engaño no te hace montar guardia en un sitio durante siglos.

—¿Crees entonces que este lugar es importante? ¿Cuán importante?

—Tiene que serlo —dijo Meg—. Es tan grande. Tomó tanto tiempo y trabajo construirlo. Y está tan bien protegido. Los hombres, incluso los hombres de los viejos días de las máquinas, no hubieran dedicado tanto tiempo y esfuerzos...

—Sí, lo sé —dijo Cushing—. Me pregunto lo que es. Por qué está aquí. Si hubiera tan sólo alguna forma de averiguar su significado.

—La congregación de las tribus —dijo Rollo— indica que puede ser más importante de lo que nosotros sabemos. No eran tan sólo los guardianes. Estaban respaldados por las tribus. Quizá eran enviados aquí y mantenidos aquí por las tribus. Puede que sea una leyenda...

—Si es así —dijo Meg—, es una leyenda muy bien guardada. Nunca había oído hablar de ella. Las tribus urbanas de donde venimos, estoy segura, no han oído hablar nunca de ella.

—Las mejores leyendas —dijo Cushing— puede que sean las mejor guardadas. Tan sagradas, quizá, que nadie habla en voz alta de ellas.

Al día siguiente, Rollo los acompañó a dar otra vuelta a la Ciudad. No hallaron nada nuevo. Las fachadas se erguían rectas e inescrutables. No había la menor indicación de ninguna vida.

A última hora de la tarde, Ezra y Elayne regresaron al campamento. Venían cojeando y con los pies doloridos, claramente agotados.

—Sentaos y descansad —dijo Meg—. Tendeos si queréis. Tenemos agua, y



asaré algo de carne. Si queréis dormir un poco antes de comer...

—Los Árboles no nos han dejado pasar —croó Ezra—. Ningún argumento los ha movido. No han querido decirnos por qué. Pero han hablado de otras cosas. Han hablado de memorias ancestrales, de sus memorias ancestrales. En otro planeta, en algún otro sistema solar, muy lejos de aquí. Tienen un nombre para él, pero es un nombre complicado y con muchas sílabas; no he conseguido retenerlo y no he querido preguntar de nuevo, porque no parecía tener importancia. Aunque supiéramos el nombre, no nos serviría de nada. O bien han olvidado cómo llegaron aquí o no han querido decirnoslo, aunque creo que es probable que no lo sepan. No estoy seguro siquiera de que hayan visto alguna vez el planeta del que estaban hablando. Hablaban, creo, de memorias ancestrales. Memorias raciales, transmitidas de una a otra generación.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Cushing—. ¿De que ellos han dicho que procedían de otro planeta?

—Estoy completamente seguro —dijo Ezra—. No hay la menor duda sobre ello. Me han hablado del planeta como un hombre naufragado en algún extraño lugar hablaría del lugar donde había vivido su infancia. Me han mostrado el planeta... una imagen más bien inconcreta, lo admito, pero en la que podían reconocerse algunos rasgos. Una imagen idealizada, estoy seguro. Creo que era un mundo rosa... ya sabéis, el delicado rosa de las flores del manzano a inicios de la primavera, llenando toda una colina contra el azul profundo del cielo. No sólo era el *color* del mundo rosa, sino también su *sensación*. Sé que no estoy explicándolo demasiado bien, pero esa ha sido mi impresión. Un mundo alegre... no un mundo feliz, pero sí un mundo alegre.

—¿Es posible? —preguntó Cushing—. ¿Es posible que los hombres fueran a las estrellas, hasta ese mundo rosa, y se trajeran de vuelta consigo las semillas de los Árboles?

—¿Y —dijo Meg— los Seguidores y las Serpientes Trémulas? ¿Y las piedras vivientes también? Porque estas cosas no pueden pertenecer a este mundo nuestro. No hay ninguna forma en que puedan ser nativas de este planeta.

—Y si todo ello es cierto —dijo Rollo—, entonces, después de todo, este puede ser el Lugar de Ir a las Estrellas.

Cushing agitó la cabeza.

—No hay plataformas de lanzamiento. Las hubiéramos encontrado, si hubiera habido alguna. Y está tan lejos, tan aislado de todas las fuentes de suministros. La economía de un lugar así sería algo ilógico.

—Quizá —dijo Rollo— la existencia de una cierta cantidad de falta de lógica pueda tener algún sentido.

—No en un mundo tecnológico —dijo Cushing—. No en el tipo de mundo que enviaba hombres a las estrellas.

Aquella noche, después de que Ezra y Elayne estuvieran completamente dormidos, Rollo desapareció en otra de sus exploraciones, y con Andy también fuera jugueteando con los Seguidores, Cushing le dijo a Meg:

—Hay una cosa que sigue preocupándome. Algo que nos dijo el Equipo. Hay algo más aquí, dijeron. Algo distinto del A y R. Algo oculto, algo que debemos descubrir.

Meg asintió.

—Quizá, chico muchacho —dijo—. Quizá haya algo que descubrir. ¿Pero cómo llegaremos a ello? ¿Acaso ese emprendedor y aventurero cerebro tuyo

tiene alguna idea fresca?

—Tú sentiste la piedra viviente —dijo Cushing—, aquella noche hace ya tanto tiempo. Tú sentiste a los Seguidores. Eran una multitud, dijiste. Un conglomerado de mucha gente distinta, toda la gente con la que se habían ido encontrando. Tú sentiste que aquel cerebro robótico estaba aún vivo. Sin siquiera intentarlo, tú sentiste, todas esas cosas. Tú sabías que yo estaba durmiendo en aquel macizo de lilas.

—Te he dicho y te he vuelto a decir, una y otra y otra vez —observó ella—, que soy una bruja más bien miserable. No soy nada más que un viejo pellejo que ha estado utilizando sus pocos talentos para conservar la vida dentro de su cuerpo y quitarse de la espalda a los que le deseaban mal. Una desaliñada vieja bruja, viciosa y sin ética, que te debe, chico muchacho, más de lo que nunca voy a poderte pagar por haberme traído a esta gran aventura.

—Sin siquiera intentarlo —dijo Cushing—, casi como un juego, has estado ejercitando cada día tus talentos...

—Está Elayne. Es a ella a quien deberías...

—No Elayne. Sus talentos son de un tipo distinto. Ella capta el conjunto, los grandes panoramas. Tú vas a las cosas básicas; tú puedes manejar los detalles. Tú ves las menudencias, sientes lo que está ocurriendo.

—Estás loco —dijo ella—. Más loco que yo.

—¿Lo harás, Meg?

—Será una pérdida de tiempo.

—Tenemos que resolver este rompecabezas. Tenemos que averiguar lo que está ocurriendo. Si no queremos quedarnos aquí para siempre, perchados en este otero.

—De acuerdo. Mañana, entonces. Sólo para demostrarte que estás equivocado. Si no te importa perder un poco de tiempo.

—Tengo tiempo que perder —dijo Cushing—. No tengo ninguna otra cosa que hacer con él.

22

No deseaba hacerlo, pero se dijo a sí misma que tenía que intentarlo, si no por otra razón al menos para terminar con aquello. También tenía miedo de intentarlo, porque podía averiguar la auténtica pequenez de sus poderes. Si es que tenía realmente algunos poderes. De todos modos, se dijo a sí misma, como un pequeño consuelo, hasta ahora había conseguido algunas cosas.

—Espero —le dijo a Cushing— que estés satisfecho.

La luz de primera hora de la mañana iluminaba las grandes puertas metálicas, grabadas con simbólicas figuras que no significaban nada para ella. Las torres de piedra que se alzaban a cada lado y encima de las puertas eran impresionantes en su solidez. Tuvo la creciente impresión, mientras ella y los otros permanecían allí, a los pies de los planos peldaños de piedra que conducían hasta la puerta, de que todo el edificio estaba frunciéndoles el ceño.

El Equipo había dicho que había algo en algún lugar detrás de las puertas, en algún lugar en la Ciudad, pero no sabían lo que era, y ahora su misión era descubrirlo. Era una tarea imposible, lo sabía, y ni siquiera debería intentarla, pero el chico muchacho tenía fe en ella y ella no podía fallarle. Los otros, lo sabía también, no tenían fe en ella, porque ella no les había proporcionado

ninguna razón. Miró a Elayne y, por un momento, pensó que podía captar en los ojos de la otra mujer un asomo de tranquilo regocijo, aunque Dios sabía muy bien, se dijo a sí misma, que nadie era capaz de decir lo que podía haber en los vacuos ojos de Elayne.

Se dejó caer sobre sus rodillas y se acomodó confortablemente, los muslos apoyados en sus talones. Intentó lanzar su mente hacia adelante, y resultó fácil al principio, sin empujar demasiado, simplemente haciendo avanzar, con suavidad, los zarcillos de su mente, tanteando, sondeando, como los zarcillos de una planta trepadora tantean las grietas en la pared por la cual está trepando. Sintió la dureza de la piedra, la pulida frialdad del metal, y luego los había atravesado y se hallaba en el vacío al otro lado. Y había algo allí.

Los zarcillos retrocedieron cuando tocaron aquella cosa extraña... una clase de cosa (o cosas) que jamás había conocido antes, que nadie había conocido antes. No una cosa, se dijo a sí misma, sino muchas cosas distintas, resbaladizas, que no tenían definición. Que no podían definirse, se dio cuenta, mientras su mente se apartaba de ellas, porque no estaban vivas, o al menos no parecían tener vida, aunque no había ninguna duda de que eran entidades de algún tipo. Un hormigueante miedo la atravesó —un estremecimiento, una repulsión—, como si hubiera arañas allí, mil millones de escurridizas arañas con hinchados y distendidos cuerpos, y patas cubiertas con un estremecedor vello negro. Un grito se insinuó en su garganta, pero lo tragó convulsivamente. «No pueden hacerme ningún daño —se dijo a sí misma—; no pueden alcanzarme; están ahí dentro, y yo estoy aquí fuera.»

Lanzó su mente hacia ellas y se encontró en medio de ellas, y ahora que estaba allí supo que no eran arañas, que no podían causar ningún daño, porque no estaban vivas. Pero pese al hecho de carecer de vida, de alguna forma tenían un cierto significado. Carente de sentido, sin embargo. ¿Cómo podía algo que no tenía vida contener un significado, o muchas pequeñas cosas carentes de vida contener muchos significados? Porque estaba rodeada y abrumada por todos aquellos significados, pequeños significados carentes de vida que le susurraban vagamente, llamando su atención. Sintió los incontables zumbidos de muchas pequeñas energías, y, dentro de su mente, se insinuaron momentáneamente aleteantes imágenes, que se desvanecieron casi al instante, se desvanecieron tan pronto como se iban formando... no una sino hordas de ellas, como un enjambre de mosquitos volando en un pozo de luz solar, sin verlos realmente, pero sabiendo que están allí por el leve reflejo de la luz en las vibraciones de sus alas.

Intentó concentrarse, para permitir que sus zarcillos mentales se enfocaran todo lo posible y consiguiera al menos captar una de las pequeñas imágenes danzantes, captarla y retenerla lo suficiente como para identificar lo que era. Sintió, como muy lejano, como si le estuviera ocurriendo a alguien distinto de ella, el sudor sobre su frente y descendiendo por su rostro. Se inclinó aún más hacia adelante, apretando su torso contra la parte delantera de sus muslos, concentrando su cuerpo en un pequeño espacio, como si a través de aquella concentración pudiera concentrar también sus poderes. Cerró apretadamente los ojos, intentando bloquear toda luz, a fin de formar en su mente una pantalla negra sobre la cual pudiera enfocar uno de los vibrantes mosquitos que danzaban dentro de su cabeza.

Las imágenes parecieron enfocarse, pero seguían danzando y oscilando, el resplandor aún era atrapado por las vibrantes alas, enmascarando las

semiformas que ella intentaba forzar, imprecisas y llenas de sombras, sin ninguna auténtica definición. Era inútil, pensó; había ido tan lejos como era posible, y había fallado. Había algo allí, algo sutilmente extraño, pero no podía aferrarlo.

Se derrumbó, cayendo hacia adelante y rodando hacia un costado, agarrotada aún en una posición fetal. Permitted que sus ojos se abrieran, y vio confusamente a Cushing inclinado sobre ella.

—Estoy bien, chico muchacho —le susurró—. Hay algo ahí, pero no he podido captarlo. No he podido definirlo, conseguir que se enfocara.

Él se arrodilló a su lado y medio la levantó, sujetándola entre sus brazos.

—Está bien, Meg —dijo—. Has hecho lo que has podido.

—Si tuviera mi bola de cristal —susurró ella.

—¿Tu bola de cristal?

—Sí. Tenía una. La dejé atrás, en casa. Nunca tuve mucha fe en ella. Era tan sólo para impresionar.

—¿Quieres decir que te hubiera ayudado?

—Tal vez. Me ayudaba a concentrarme. Siempre he tenido problemas en concentrarme.

Los otros permanecían a su alrededor, contemplándoles. Andy se acercó silenciosamente, estirando su largo cuello para olisquear a Meg. Esta le palmeó el morro.

—Siempre se preocupa por mí —dijo—. Cree que su trabajo es cuidarme.

Se apartó de Cushing y se sentó erguida.

—Dame un poco de tiempo —dijo—, y lo intentaré de nuevo.

—No tienes ninguna obligación de hacerlo —dijo Cushing.

—Tengo que hacerlo. El Equipo tenía razón. Hay algo ahí.

Las grandes paredes de piedra se alzaban contra un cielo sin nubes... insensible, burlón, hostil. Muy alto en el azul, un gran pájaro, reducido por la distancia al tamaño de una mosca, parecía colgar inmóvil.

—Bichos —dijo Meg—. Un millón de pequeños bichos. Escurridizos. Zumbantes. Como hormigas, como arañas, como mosquitos. Moviéndose todo el tiempo. Confusos. Y yo también. Nunca había estado tan confusa.

—Yo puedo ayudar —dijo Elayne, con su dura y fría voz.

—Querida, mantente fuera de esto —dijo Meg—. Ya tengo bastantes problemas sin que tú te inmiscuyas.

Se dejó caer de rodillas de nuevo, se echó hacia atrás hasta que sus muslos descansaron sobre sus talones.

—Es la última tentativa que hago —dijo—. Definitivamente la última. Si no funciona esta vez, se acabó.

Esta vez fue más fácil. No hubo necesidad de atravesar la piedra y el metal. Inmediatamente, de nuevo, se encontró con las arañas y los mosquitos. Y, esta vez, los mosquitos volaban en esquemas, formando símbolos que ella podía captar, pero nunca claramente y nunca comprensiblemente, aunque parecía como si esa comprensión se hallara tan sólo a un paso más allá de los límites de su percepción. Si tan sólo pudiera acercarse un poco más, si de alguna manera consiguiera frenar la danza de los mosquitos o retardar el deslizarse de las arañas, entonces tenía la impresión de que podría atrapar y retener aquella pizca de comprensión. Porque tenía que existir una finalidad en ellos; tenía que existir una razón por la cual revoloteaban y se deslizaban de aquella forma. Todo no podía ser producto del azar; tenía que existir una razón en algún lugar,

en el tapiz que estaban tejiendo. Intentó meterse más, y por un instante la loca danza de los mosquitos redujo su tempo, y en aquel momento sintió la felicidad, el repentino brotar de una felicidad tan profunda y tan pura que fue un auténtico shock físico, echándola hacia atrás sobre sus ruedas mentales, envolviéndola en su abandonada dulzura. Pero aunque sabía todo aquello, sabía también que había algo equivocado... que era inmoral, si no ilegal, conocer una felicidad tan profunda. Y en el instante mismo en que pensó en aquello, le llegó el conocimiento de qué era lo que estaba equivocado. Era, supo instintivamente, una felicidad manufacturada, una felicidad sintética; y su escudriñadora, confusa mente captó una aleteante imagen de una complicada sucesión de símbolos que podían explicar la felicidad, que podían incluso causar la felicidad. Y todo ello en un espacio de tiempo tan corto que ni siquiera era mensurable; luego la felicidad desapareció, y pese a su naturaleza sintética, el lugar pareció desolado y frío y duro sin ella, un vacío pese al hecho de que estaba todavía poblado por millones de millones de insectos que sabía no eran realmente insectos sino tan sólo algo que su mente humana traducía como insectos. Gimiendo, buscó de nuevo aquella felicidad; por falsa que fuera, era algo que ella necesitaba, con una histérica desesperación, tocar de nuevo, aferrar tan sólo por un momento, captar su rosado resplandor. No podía seguir en la monotonía que era el mundo sin ella. Gimiendo lastimeramente, buscó de nuevo y halló de nuevo, pero cada vez que los dedos de su mente lo tocaban, el resplandor rosado se deslizaba fuera de su alcance y desaparecía de nuevo.

Desde muy lejos, desde otro mundo, alguien le habló, una voz que en un tiempo había conocido pero que no pudo identificar:

—*Aquí, Meg* —dijo—, *aquí está tu bola de cristal*.

Sintió la dureza y la redondez de la bola colocada entre sus palmas y, abriendo ligeramente los ojos, vio su pulido brillo, resplandeciendo con los ojos del sol de la mañana.

Otra mente estalló e impactó en su mente... una mente fría, aguzada, oscura, que gritaba triunfante y aliviada, como si lo que había estado aguardando hubiera sucedido por fin, mientras al mismo tiempo retrocedía temerosa ante la obscena realidad de una condición que no había conocido en siglos tras siglos, que había olvidado, que había perdido toda esperanza de recuperar y a la que ahora se veía abocada por la fuerza.

La insospechada mente se aferró a su mente, uniéndose a ella como la única seguridad que conocía, sujetándose desesperadamente, temerosa de estar sola de nuevo, de ser devuelta a la oscuridad y al frío. Se aferró a su mente en una frenética desesperación. Rechazó las proyecciones de su mente hacia aquel lugar donde cabrioleaban las arañas y los mosquitos. Retrocedió por una fracción de segundo, luego avanzó de nuevo, arrastrando consigo la mente de Meg, sumergiéndose en el enjambre de vibrantes alas y frenéticas patas peludas, y a medida que lo hacía, las alas y las patas iban desapareciendo, las arañas y los mosquitos iban desapareciendo, y allá afuera en el vórtice de inseguridad y confusión surgió un sentido del orden que era tan confuso como las arañas y los mosquitos. Un sentido del orden que era confuso porque era, en gran parte, incomprendible, un ceremonial y una elección de configuraciones que ni siquiera en su nitidez parecía tener significado.

Entonces llegaron los significados... semisignificados, sospechados, oscuros

y fragmentarios, pero sólidos y reales en las sombras y en los fragmentos. Se amontonaron en su mente, abrumándola, desbordándola, de modo que solamente pudo captar parte de ellos, como una persona escuchando una conversación pronunciada de una manera tan rápida que únicamente podía oír una palabra de cada veinte. Pero más allá de todo esto captó por un momento el contexto superior de todo ello... la bullente masa de conocimiento que parecía llenar y desbordar el universo, la respuesta a todas las preguntas que nunca habían sido formuladas.

Su mente retrocedió con violencia, retrayéndose ante la abrumadora masa de respuestas, y sus ojos se abrieron. La bola de cristal cayó de sus manos y rodó de su regazo, para rebotar contra el pavimento de piedra. Vio que no era ninguna bola de cristal, sino la caja craneana de robot que Rollo llevaba en su bolsa. Se tendió hacia adelante y la aferró con sus dedos, murmurándole, acariciándola, horrorizada de lo que había hecho. Despertarla, dejarle saber que no estaba sola, crear en ella una esperanza que no podría prosperar... eso, se dijo a sí misma, era una crueldad que jamás podría ser borrada, para la cual no podía haber recompensa. Despertarla por un momento, luego hundirla de nuevo en la oscuridad y la soledad, tocarla por un momento y luego soltarla. La recogió y la acunó entre sus pechos, como haría una madre con su hijo.

—No estás solo —le dijo—. Yo estaré contigo. —Sin saber, mientras pronunciaba aquellas palabras, si podría hacerlo o no. En aquel momento de duda sintió de nuevo la mente... ya no fría, ya no sola u oscura, un calor de repentina camaradería, la abrumación de una abyecta gratitud.

Encima de ella las grandes puertas de metal estaban abriéndose. En ellas había un robot, una máquina mucho más grande y masiva que Rollo, pero muy parecida a él.

—Me llaman el Anciano y Reverendo —les dijo el robot—. ¿Queréis entrar? Me gustaría hablar con vosotros.

## 23

Permanecían sentados ante la mesa en la habitación donde Cushing y Elayne habían visto por primera vez al A y R, pero esta vez había la luz procedente de una vela colocada a un extremo de la mesa. Había también Serpientes Trémulas, pero no tantas como aquella primera vez, y las que había ahora se habían congregado cerca del techo, girando y retorciéndose y haciendo todo tipo de tonterías.

El A y R se sentó pesadamente en la silla a la cabecera de la mesa, y los demás tomaron sillas y se alinearon a ambos lados. Meg depositó la caja craneana del robot sobre la mesa frente a ella y mantuvo las dos manos encima, no sujetándola realmente sino tan sólo dejándole saber que estaba allí. De tanto en tanto sentía la presencia sondeando con suavidad su mente, quizá tan sólo para asegurarse de que no la había abandonado. Andy permanecía en el umbral, medio dentro de la habitación, medio fuera, la cabeza inclinada hacia el suelo pero examinándolo todo. Tras él en el corredor flotaban las formas grises de sus compañeros los Seguidores.

El A y R se instaló cómodamente en la silla y les miró durante un largo rato antes de hablar, como si estuviera evaluándolos, quizá debatiendo consigo mismo la cuestión de si habría cometido un error invitándolos a aquella

conferencia.

Finalmente, habló.

—Me complace —dijo— daros la bienvenida al Lugar de Ir a las Estrellas.

Cushing golpeó la mesa con su mano abierta.

—Deja de contar cuentos de hadas —exclamó—. Este no puede ser el Lugar de Ir a las Estrellas. No hay plataformas de lanzamiento. En un lugar como éste la logística sería imposible.

—Señor Cushing —dijo suavemente el A y R—, si me permite explicarme. No hay plataformas de lanzamiento, dice. Por supuesto que no hay plataformas de lanzamiento. ¿Ha intentado usted calcular alguna vez los problemas de ir a las estrellas? ¿Lo lejos que están, el tiempo que tomaría alcanzarlas, lo corto de la vida humana?

—He leído la literatura —dijo Cushing—. La biblioteca de la universidad...

—Ha leído usted las especulaciones —dijo el A y R—. Ha leído usted lo que se escribió acerca de ir a las estrellas varios siglos antes de que hubiera ninguna posibilidad de ir a las estrellas. Lo que se escribió cuando el hombre no había ido más lejos en el espacio que a la Luna y Marte.

—Eso es cierto, pero...

—Usted ha leído acerca de criogenia: congelar a los pasajeros y luego revivirlos. Usted ha leído las controversias sobre ir más rápido que la luz. Usted ha leído la esperanza de las colonias humanas instaladas en los planetas parecidos a la Tierra de otros sistemas solares.

—Algo de eso pudo haber funcionado —dijo testarudamente Cushing—. El hombre, a su debido tiempo, pudo encontrar otras formas mejores de hacerlo.

—Las encontraron —dijo el A y R—. Algunos hombres fueron a algunas de las más cercanas estrellas. Encontraron muchas cosas interesantes. Trajeron de vuelta las semillas de las que brotó el anillo de Árboles que rodea este otero. Trajeron de vuelta las piedras vivientes, las Serpientes Trémulas y los Seguidores, a todos los cuales ya han visto. Pero no resultó práctico. Era demasiado costoso, y el factor tiempo demasiado grande. Habla usted de logística, y la logística de enviar a los seres humanos a las estrellas estaba equivocada. Un vez pones en marcha un sistema tecnológico, una vez está operando realmente, descubres lo que está equivocado en él. Tu perspectiva cambia, y tus finalidades tienden a cambiar también. Te preguntas qué es lo que quieres realmente, qué es lo que estás intentando conseguir, qué valores pueden hallarse en el esfuerzo que estás realizando. Nos preguntamos esto a nosotros mismos una vez empezamos a ir a las estrellas, y la conclusión fue que el aterrizaje en sí en otro planeta de otro sistema solar no tenía demasiado valor. Estaba la gloria, por supuesto, y la satisfacción, y aprendíamos algunas cosas valiosas, pero el proceso era demasiado lento; tomaba demasiado tiempo. Si hubiéramos podido enviar un millar de naves, cada una de ellas orientada a un punto distinto del espacio, los regresos se hubieran acelerado. En su conjunto el proceso hubiera tomado el mismo tiempo, pero con tantas naves hubiera habido un flujo constante de resultados, tras una espera de unos cuantos centenares de años, a medida que las naves empezaran a regresar, una tras otra. Pero no podíamos enviar un millar de naves. La economía no resistiría una sangría así. Y una vez has enviado un millar de naves, tienes que seguir construyéndolas y enviándolas para mantener la cadena. Sabíamos que no disponíamos de los recursos necesarios para hacer algo así, y sabíamos que no disponíamos tampoco del tiempo, puesto que algunos de nuestros

científicos sociales nos estaban advirtiéndolo ya del Colapso que finalmente nos desmoronaría. De modo que nos preguntamos, nos vimos obligados a preguntarnos, qué era lo que estábamos buscando realmente. Y la respuesta pareció ser que estábamos buscando información.

»Sin haber vivido la época de la que estoy hablando, es difícil comprender las presiones a las que nos vimos sometidos. Con el tiempo, se convirtió no en un simple asunto de ir a las estrellas; se convirtió en un asunto de acumular un cuerpo de conocimiento que pudiera proporcionarnos un indicio de las acciones capaces de impedir el Colapso predicho por nuestros científicos sociales. La gente común no era completamente consciente de los peligros vistos por los científicos, y por lo general no era consciente de todo lo que nosotros estábamos haciendo. Durante años había sido bombardeada con advertencias de todo tipo de expertos, la mayoría de las cuales eran erróneas, y estaban tan llenos de opiniones supuestamente autorizadas que no prestaban atención a nada de lo que se les decía. Porque no había ninguna forma de saber qué era fundado y qué no.

»Pero aquí había ese pequeño grupo de científicos e ingenieros... y cuando digo un pequeño grupo quiero decir varios miles de ellos... que veía claramente el peligro. Era posible que existiera un cierto número de formas con las cuales evitar el Colapso, pero la que parecía tener mayores posibilidades era apostar a que del conocimiento que podía reunirse de esas otras civilizaciones entre las estrellas podía surgir una respuesta. Era posible, nos dijimos, que fuera una respuesta básica en la cual nosotros simplemente no habiéramos pensado, una respuesta humana por completo en su concepción, o podía ser una respuesta enteramente alienígena que nosotros pudiéramos adaptar.

Se detuvo y miró en torno a la mesa.

—¿Me siguen? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Ezra—. Aunque estás hablando de antiguos tiempos que son desconocidos para nosotros.

—Pero no para el señor Cushing —dijo el A y R—. El señor Cushing ha leído acerca de esos días.

—Yo no sé leer —dijo Ezra—. Hay muy pocos que sepan. En toda mi tribu no había nadie que supiera.

—Lo cual me conduce a preguntarme —dijo el A y R— cómo es posible que el señor Cushing sepa. Habló usted de una universidad. ¿Siguen existiendo aún las universidades?

—Sólo una, que yo sepa —dijo Cushing—. Puede que haya otras, pero no las conozco. En nuestra universidad un hombre llamado Wilson, hace siglos, escribió una historia del Colapso. No es una historia muy buena; en su mayor parte está basada en leyendas.

—¿Así que tiene usted alguna idea de lo que fue el Colapso?

—Sólo en líneas generales —dijo Cushing.

—¿Pero sabía del Lugar de Ir a las Estrellas?

—No por la historia. Wilson había oído hablar de él, pero no lo incluyó en la historia. Lo dejó a un lado, supongo, porque parecía un poco demasiado fantástico. Encontré algunas de sus notas, y en ellas lo mencionaba.

—Y vino usted en su busca. Pero cuando lo encontré, no creyó que fuera el lugar que estaba buscando. No tenía plataformas de lanzamiento, dijo. Hubo un tiempo en que sí había plataformas de lanzamiento, a una cierta distancia de este lugar. Luego, tras un tiempo, después de que vimos que eso no iba a



funcionar, nos preguntamos si las sondas robot no harían el mismo trabajo que los hombres...

—Los charlatanes —dijo Cushing—. Eso es lo que son... sondas interestelares robot. El Equipo los considera unos mentirosos.

—El Equipo —dijo el A y R— son un par de chismosos de algún planeta muy distante que tienen intención de escribir algún día lo que podría denominarse «Declive y caída de las civilizaciones tecnológicas». Se han sentido enormemente desconcertados aquí, y yo no he hecho ningún intento por remediar esa situación. De hecho, he considerado que mi deber era desconcertarles aún más. Si les hubiera brindado mi ayuda, hubieran estado husmeando por aquí otro centenar de años, y no quiero eso. Ya he tenido bastante de ellos.

»Los viajeros... esas sondas que llaman ustedes los charlatanes... podían construirse mucho más baratos que las astronaves. La investigación y el desarrollo fueron costosos, pero una vez fue perfeccionado el diseño, con todos los distintos sensores funcionando, así como el sistema de proceso de la información, de tal modo que las sondas pudieran utilizar sus propios datos para elaborar la información y no se limitaran a traernos masas enormes de datos en bruto, cuando todo esto se hubo conseguido, podían ser construidos con un coste muy inferior al de las naves. Los construimos y programamos a centenares, y los enviamos. Al cabo de un siglo o así, empezaron a llegar de regreso, cada uno de ellos repleto con la información que había recogido y almacenado en su memoria. Hubo algunos de ellos que no regresaron. Supongo que debió ocurrirles algún accidente de algún tipo. En la época en que los primeros de ellos empezaron a regresar, sin embargo, ya había llegado el Colapso, y no quedaban seres humanos en la estación. Yo y algunos otros robots, eso era todo. Ahora incluso los otros robots han desaparecido. A lo largo de los años, se ha ido produciendo un desgaste: uno de ellos resultó muerto por un desprendimiento de rocas; otro cayó víctima de una extraña enfermedad... lo cual me desconcierta enormemente, puesto que nosotros somos inmunes a las enfermedades. Otro resultó electrocutado en un momento de gran descuido, porque pese a la vela, disponemos de electricidad. Es proporcionada por los paneles solares que se hallan en la parte superior de este edificio. La vela es debido a que se nos han agotado las bombillas, y no hay forma de reemplazarlas. Pero, haya sido de la manera que haya sido, de una forma u otra todo los robots excepto yo fueron dejando de funcionar, hasta que me quedé completamente solo.

»Cuando regresaron los viajeros, transferimos sus datos codificados al banco de datos central de este lugar, los reprogramamos, y volvimos a enviarlos. Durante los últimos siglos no hemos vuelto a enviarlos una vez regresaron. Parecía no tener ningún sentido el hacerlo. Nuestro banco de datos se halla ya casi al límite de su capacidad. Una vez transferidos los datos, supongo que hubiera debido desactivar a los viajeros y almacenarlos, pero parecía una vergüenza hacer algo así. Les gustaba tanto vivir. Aunque la transferencia al banco de datos extrae de ellos todos los datos, siempre queda un residuo de impresiones en las sondas, tan sólo una sombra de la información que traían, de modo que retienen como una pseudomemoria de lo que han experimentado, y se pasan el tiempo contándose los unos a los otros sus grandes aventuras. Algunos de ellos acudieron a su campamento la primera noche que llegaron ustedes, y antes de que los llamara de vuelta les

proporcionaron un buen ejemplo de su chachara. Hacen lo mismo con el Equipo, y no he hecho ningún intento de detenerles, puesto que eso da al Equipo algo en qué ocuparse y mantiene a esos dos rechonchos pelmazos alejados de mí.

—De modo, chico muchacho —dijo Meg a Cushing—, que has encontrado tu Lugar de Ir a las Estrellas. No el tipo de lugar que tú buscabas, sino otro aún más grande.

—Lo que no comprendo —dijo Cushing al A y R— es por qué nos estás contando ahora todo esto. Nos enviaste un mensaje, ¿recuerdas?, diciendo que este lugar estaba prohibido para nosotros. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Tienen que comprender —dijo el A y R— la necesidad de seguridad en un lugar como este. Cuando empezamos a desarrollar el proyecto, buscamos una localización aislada. Plantamos el anillo de Árboles, que fueron programados genéticamente para mantener fuera a todos los intrusos, y plantamos alrededor y fuera del anillo un círculo de piedras vivientes. Los Árboles eran una defensa pasiva; las piedras, si era necesario, activa. A lo largo de los años, las piedras se han ido dispersando. Muchas de ellas se han alejado a grandes distancias. Se suponía que los Árboles las mantendrían bajo control, pero en muchos casos eso no ha funcionado. En la época en que fue establecida esta estación, parecía evidente que la civilización estaba avanzando hacia su colapso, lo cual significaba que la estación no sólo debía ser mantenida tan en secreto como fuera posible, sino que había que erigir defensas. Nuestra esperanza era, por supuesto, que el colapso fuera retardado unos cuantos centenares de años. Si eso hubiera sido posible, quizá habríamos sido capaces de ofrecer alguna seguridad de que estábamos trabajando hacia soluciones. Pero se nos concedió algo menos de un centenar de años. Durante largo tiempo después de que se produjera el Colapso, contuvimos la respiración. Por aquel entonces los Árboles estaban ya bien desarrollados, pero probablemente no resistirían a un ataque determinado con lanzallamas o artillería. Pero nuestra remota ubicación, más el secreto con el que había sido rodeado el proyecto, nos salvó. Las turbas que finalmente entraron en erupción para dar forma al Colapso sin duda estaban demasiado atareadas, aunque supieran de nuestra presencia, como para ocuparse de nosotros. Había objetivos mucho más atractivos para ellas en otros lugares.

—Pero eso no explica lo que ha ocurrido con nuestro grupo —dijo Cushing—. ¿Por qué cambiaste de opinión?

—Necesito explicar un poco más lo que ocurrió aquí —dijo el A y R—. Después de que finalmente la población humana muriera, tan sólo quedaron robots y, como ya les he dicho, a medida que iban pasando los años, cada vez en menor número. No se requería mucho mantenimiento, y mientras quedáramos varios de nosotros, no teníamos ningún problema con él. Deben darse cuenta de que el sistema de almacenamiento de datos ha sido simplificado tanto como era posible, de modo que no hay grandes posibilidades de averías. Pero un sistema se ha averiado y presenta algunas dificultades. Por alguna razón que soy incapaz de descubrir, el sistema de recuperación...

—¿El sistema de recuperación?

—La parte de la instalación que permite la recuperación de los datos. Hay montañas de datos ahí, pero no hay forma de sacarlos. A mi humilde y torpe manera he intentado averiguar cómo funcionaba el sistema, con la esperanza

de poder reparar lo que fuera que se había averiado, pero deben comprenderlo, yo no soy un técnico. Mi entrenamiento es en trabajo administrativo. De modo que nos hallamos en la situación de poseer todos los datos, y ser incapaces de extraer ninguno de ellos. Cuando aparecieron ustedes, tuve una débil esperanza cuando los Árboles me informaron de que había sensitivos en su grupo. Les dije a los Árboles que les dejaran pasar. Confiaba en que un sensitivo pudiera llegar a los datos, fuera capaz de recuperarlos. Y me sentí tristemente impresionado cuando descubrí que el sensitivo que había entre ustedes no estaba interesado en absoluto en nuestros datos, sino tan sólo en algo que había más allá de nuestros datos, despreciando éstos como algo sin la menor importancia.

—Pero acabas de indicar que los Árboles te hablaron —protestó Cushing—. Entonces, tú también tienes que ser un sensitivo.

—Tecnológicamente sensitivo —dijo el A y R—. Estoy diseñado para estar conectado con los Árboles, pero con nada más. Eso es ser sensitivo, por supuesto, pero un sensitivo parcial y muy selectivo.

—De modo que piensas que un sensitivo humano podría obtener los datos. Pero cuando Elayne no lo hizo...

—En aquel momento pensé que todo había sido un completo fracaso —dijo el A y R—. Pero he vuelto a pensar en ello desde entonces, y ahora sé la respuesta. Ella no es ningún fracaso, sino una sensitiva de un alcance demasiado profundo, demasiado conectada a los factores universales, como para sernos de utilidad. Cuando inadvertidamente captó un atisbo de lo que tenemos en el banco de datos, se sintió impresionada por ello, impresionada por el caos que había allí; porque debo admitir que es un caos... miles de millones de datos distintos, todos amontonados los unos sobre los otros. Pero luego, esta mañana, llegó otra de ustedes. La que llaman Meg. Penetró en los datos; los tocó. No obtuvo nada de ellos, pero fue consciente de ellos...

—No hasta que tuve la caja craneana —dijo Meg—. Fue la caja craneana la que lo hizo posible.

—Te di la caja craneana como sustituto de la bola de cristal —dijo Rollo—. Eso es todo lo que era para ti. Simplemente una cosa brillante para ayudar a concentrarte.

—Rollo —dijo Meg—. Por favor, perdóname, Rollo. Es más que eso. Esperaba que nunca tuvieras que saberlo. El chico muchacho y yo lo sabíamos, pero nunca te lo dijimos.

—Está intentando decirnos —dijo el A y R— que el cerebro vive aún dentro de su caja craneana; que cuando el cuerpo de un robot es desactivado o destruido, el cerebro no resulta afectado, sino que sigue viviendo.

—Pero eso es imposible —exclamó Rollo con voz estrangulada—. No podría ni ver ni oír. Estaría encerrado dentro de sí mismo...

—Así es —dijo Meg.

—Durante un millar de años —dijo Rollo—. Durante más de un millar de años.

—Rollo, lo sentimos —dijo Cushing—. Aquella noche, hace tanto tiempo, cuando le mostraste a Meg la caja craneana... lo recuerdas, ¿verdad?... ella sintió ya entonces que el cerebro estaba todavía vivo. Me lo dijo, y acordamos que tú nunca deberías saberlo, que nadie debería saberlo nunca. Entiende, no había nada que pudiéramos hacer.

—Hay millones de ellas —dijo Rollo—. Millones de cajas craneanas ocultas

en los lugares donde cayeron, y en los que nunca serán encontradas. Otras coleccionadas por las tribus y apiladas en pirámides. Otras utilizadas en juegos infantiles para hacerlas rodar por el suelo...

—Siendo un robot, uno mi lamento al tuyo —dijo el A y R—. Me siento tan impresionado como tú. Pero estoy de acuerdo con el caballero en que no puede hacerse nada.

—No estoy de acuerdo —dijo Rollo—. Podemos construir nuevos cuerpos. Al menos podemos hacer algo para devolverles la vista y el oído. Y sus voces.

—¿Quién puede hacer todo esto? —preguntó Cushing amargamente—. ¿Un herrero en la forja de una comuna agrícola? ¿O uno que fabrique puntas de flecha y de lanza para una tribu de nómadas?

—Y sin embargo —dijo el A y R— ese cerebro, aislado durante todos estos años, fue capaz de responder cuando fue tocado por la sonda de un cerebro humano. Respondió y fue de gran ayuda, creo que dijo usted.

—Yo podía ver las arañas y los mosquitos —dijo Meg—, pero no significaban nada para mí. Con el cerebro del robot, se convirtieron en otra cosa... un esquema, quizá, un esquema en el cual debía haber algún significado, aunque yo no conocía ese significado.

—Creo, sin embargo —dijo el A y R— que ahí reside alguna esperanza. Alcanzó usted el banco de datos; sintió los datos; fue capaz de trasladarlos a una forma visual.

—No sé como puede ayudar en nada eso —dijo Cushing—. La forma visual carece de significado a menos que pueda ser interpretada.

—Eso fue solamente el principio —dijo el A y R—. En una segunda vez, una tercera vez, una centésima vez, el significado puede hacerse evidente. Y eso sería más factible aún si fuéramos capaces de reunir, digamos, un centenar de sensitivos, cada uno de ellos conectado con un cerebro de robot capaz de reforzar al sensitivo, como este cerebro de robot fue capaz de hacer que Meg viera más claramente.

—Todo eso está muy bien —dijo Cushing—, pero no podemos estar seguros de que funcione. Si pudiéramos reparar el sistema de recuperación...

—Usaré sus mismas palabras —dijo el A y R—. ¿Quién lo podrá hacer? ¿Herreros y trabajadores de forja? Y aunque pudiéramos repararlo, ¿cómo podríamos estar seguros de que podíamos leer los datos e interpretarlos? Tengo la impresión de que un sensitivo tendrá más posibilidades de comprender lo que está almacenado ahí dentro...

—Con tiempo suficiente —dijo Cushing—, podemos hallar hombres que encuentren una forma de reparar el sistema de recuperación. Si dispusiéramos de diagramas y especificaciones...

—En este lugar —dijo el A y R— tenemos diagramas y especificaciones. Los he examinado, pero no tienen ningún significado para mí. No puedo extraer nada de ellos. ¿Dijo usted que sabe leer?

Cushing asintió.

—Hay una biblioteca allá en la universidad. Pero eso va a servir de muy poco. Sufrió un proceso de expurgación de todo lo que había sido escrito unos siglos antes de los Días Turbulentos.

—Aquí tenemos una biblioteca —dijo el A y R— que escapó de la expurgación. Tiene que haber materiales que puedan ayudar a entrenar a los hombres que dice pueden reparar el sistema.

—He intentado seguir esta discusión —dijo Ezra con voz

desacostumbradamente alta—, y estoy teniendo problemas. Pero parece que hay dos formas de conseguir lo que se busca: o bien reparando el sistema de recuperación, o mediante nuestros sensitivos. Yo soy un sensitivo, y lo mismo es mi nieta. Pero me temo que ninguno de los dos seamos de ninguna ayuda. Nuestra sensibilidad, al parecer, es especializada. Ella está sintonizada con las universalidades, mientras que yo lo estoy con las plantas. Me temo que este sea el caso si buscamos a otros sensitivos. Sospecho que debe haber muchas clases distintas de ellos.

—Eso es cierto —dijo Cushing—. Wilson tenía un capítulo en su historia que trataba del aumento del número de sensitivos después del Colapso. Creía que la tecnología había servido como un factor represivo contra el desarrollo de los sensitivos, y que una vez extirpada la presión de la tecnología, había un número mucho mayor de ellos.

—Puede que todo eso sea cierto —dijo Ezra—, pero independientemente de ello, me atrevería a vaticinar que encontraremos a muy pocos que puedan hacer algo ni siquiera parecido a lo que ha hecho Meg.

—Estamos olvidando algo —dijo Meg—, y es el cerebro robotico. No estoy segura de que mis poderes se vieran muy reforzados por el cerebro. Sospecho que no hice más que dirigir al cerebro hacia el banco de datos, haciéndolo consciente de su existencia, dándole una oportunidad de ver que estaba allí y luego decirme que efectivamente estaba allí.

—Por mucho que me afecte y me duela el asunto —dijo Rollo—, creo que Meg tiene razón. No es la sensibilidad humana sino los cerebros los que nos proporcionarán las respuestas. Han permanecido encerrados en sí mismos durante todos estos siglos. En el aislamiento y la soledad de su situación, han seguido funcionando. Al no recibir estímulos externos, se han visto obligados a centrarse en sí mismos. Puesto que fueron construidos para pensar, tienen que haber pensado. Habrán seguido realizando la función para la cual fueron originariamente creados. Deben haberse planteado problemas, y habrán intentado solucionarlos. Durante todos estos años habrán estado desarrollando ciertas líneas de lógica, cada una de ellas peculiar en sí misma. Habrá habido intelectos agudos, intelectos ansiosos...

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Ezra—. Tiene sentido para mí. Todo lo que necesitamos pues son sensitivos que puedan trabajar con los cerebros, que puedan servir de intérpretes a esos cerebros.

—De acuerdo entonces —dijo Cushing—. Necesitamos cerebros y sensitivos. Pero creo que debemos buscar también gente que pueda ser adiestrada a reparar el sistema de recuperación. ¿Dices que hay aquí una biblioteca?

—Una biblioteca científica y tecnológica muy completa —dijo el A y R—. Pero para utilizarla necesitamos a gente que sepa leer.

—Allá en la universidad —dijo Cushing—, hay cientos de personas que saben leer.

—Entonces —dijo el A y R—, ¿creen ustedes que deberíamos atacar nuestro problema a dos niveles?

—Sí, lo creo —dijo Cushing.

—Yo también —dijo Ezra.

—Si tenemos éxito —dijo Cushing—, ¿qué creéis que conseguiremos? ¿Unas nuevas bases para una nueva civilización humana? ¿Algo que nos eleve por encima de la barbarie y no nos introduzca de nuevo en el sendero de

la tecnología? No me gusta la perspectiva de que podamos vernos forzados, a través de la necesidad de reparar el sistema de recuperación si el plan de los sensitivos falla, a volver de nuevo a la tecnología para lograr lo que necesitamos.

—Nadie puede estar seguro de lo que vamos a encontrar —dijo el A y R—. Pero tenemos que intentarlo. No podemos quedarnos simplemente sentados aquí.

—Tú tienes que tener alguna idea —insistió Cushing—. Tú tienes que haber hablado al menos con algunas de las sondas que regresaron, quizá con todas ellas, antes de transferir los datos que transportaban a los bancos de memoria.

—Con la mayoría de ellas —dijo el A y R—, pero mi conocimiento es sólo superficial. Apenas una ligera indicación de lo que puede haber en el banco de datos. Una parte de él, por supuesto, tiene muy poca relevancia. Las sondas, comprenderéis, fueron programadas para visitar solamente aquellos planetas donde había una posibilidad de que se hubiera desarrollado la vida. Si sus sensores no daban ninguna indicación de vida, no perdían el tiempo con el planeta. Pero incluso así, en muchos de los planetas donde había surgido la vida no había inteligencia ni análogo de inteligencia. Lo cual no quiere decir tampoco que en esos planetas no se descubriera nada de valor.

—¿Pero en algunos planetas había inteligencia?

—Así es —dijo el A y R—. En muchos más planetas de los que teníamos razones para sospechar. En gran número de ocasiones era una inteligencia extraña. En algunos casos, una inteligencia aterradora. A unos quinientos años luz de nosotros, por ejemplo, sabemos de la existencia de algo que podría ser descrito como un cuartel general galáctico, aunque esta es una interpretación humana y por lo tanto imprecisa de lo que realmente es. Y más aterrador aún, un planeta, quizá a una distancia algo más corta de nosotros, es la morada de una raza tan inconmensurablemente avanzada con respecto a la raza humana en su cultura que consideraríamos a sus representantes como dioses. En esa raza, tengo la impresión, reside un auténtico peligro para la raza humana, porque los humanos siempre han sido muy susceptibles a los dioses.

—¿Pero crees que hay algunos factores, quizá muchos factores, entre los cuales podemos elegir, que puedan ayudarnos a poner de nuevo en marcha a los seres humanos?

—Estoy convencido —dijo el A y R— de que encontraremos algo si tenemos el buen sentido de usarlo correctamente. Como he dicho, obtuve tan sólo una impresión superficial de lo que traían los viajeros. Apenas un destello, y quizá ni siquiera un destello, de la parte más importante de todo el asunto. Déjenme decirles algunas de las cosas que entrevi: un mecanismo de la buena suerte, un método a través del cual podía ser inducida y fabricada la buena suerte; un lugar donde iban a morir los miembros de una gran confederación de alienígenas, que acudían allí al final de sus días y, antes de morir, depositaban todo su equipaje mental y emocional en un lugar de donde podía ser recuperado si alguna vez era necesario; una ecuación que no tenía ningún sentido para mí, pero que estoy convencido de que era la clave para el viaje a mayor velocidad que la luz; una inteligencia que había aprendido a vivir de forma parasitaria en otros lugares distintos del tejido cerebral; unas matemáticas que tenían mucho en común con el misticismo y que, de hecho, utilizaban el misticismo; una raza que poseía una percepción mística en vez de una percepción intelectual. Quizá no podamos utilizar ninguna de estas cosas,

pero quizá sí podamos. Esto es sólo un ejemplo. Hay mucho más, y aunque una buena parte de ello será inútil, no puedo dejar de creer que encontraremos muchos principios o nociones que podamos adaptar y utilizar provechosamente.

Elayne habló por primera vez:

—Llegamos solamente al borde de todo ello —dijo—. Lo vemos todo de forma imperfecta. Nos aferramos a los detalles pequeños y fallamos en comprender la totalidad. Hay cosas mucho más grandes de lo que jamás podamos soñar. Vemos solamente esos pequeños segmentos que podemos comprender, ignorando y dejando a un lado aquellos que no estamos equipados para comprender.

No hablaba para nadie, sino para sí misma. Sus manos estaban cruzadas sobre la mesa frente a ella, y miraba al frente, más allá de las paredes que los encerraban allí dentro, directamente al otro mundo que sólo ella podía ver.

Estaba mirando al universo.

24

—Estás loco —le dijo Meg a Cushing—. Si sales a enfrentarte con ellos, te harán pedazos. Están dolidos de que nosotros estemos aquí. Furiosos de que estemos aquí...

—Son hombres —dijo Cushing—. Bárbaros. Nómadas. Pero siguen siendo hombres. Puedo hablar con ellos. Son básicamente razonables. Necesitamos cajas craneanas; necesitamos sensitivos; necesitamos hombres que tengan sentido tecnológico. Un sentido tecnológico innato. En los viejos días había gente que podía mirar algo y saber cómo funcionaba, saber instintivamente cómo funcionaba... capaz, casi a la primera ojeada, de descubrir la relación entre sus distintas partes.

—La gente en los viejos tiempos —dijo Rollo—, pero no ahora. Esa gente de la que hablas vivió en una época en que las máquinas eran algo común. Vivían con las máquinas y para las máquinas, y pensaban como máquinas. Y otra cosa: de lo que estamos hablando aquí no es de máquinas sencillas, con ruedas dentadas y otros engranajes interconectados. El sistema de recuperación es electrónico, y el arte de la electrónica se perdió hace mucho tiempo. Es un conocimiento especial, para el que se requieren muchos años de adiestramiento...

—Quizá sí —admitió Cushing—, pero el A y R tiene aquí una biblioteca técnica; en la universidad tenemos hombres y mujeres que saben leer y escribir y que no han perdido enteramente la capacidad y la disciplina para el estudio. Puede que tome mucho tiempo. Puede que se necesiten varias generaciones. Pero desde el Colapso hemos malgastado muchas generaciones. Podemos permitirnos el lujo de gastar unas cuantas más. Lo que tenemos que hacer es establecer un cuerpo de élite de sensitivos, de cajas craneanas, de tecnólogos potenciales, de académicos...

—Las cajas craneanas son la clave —dijo Meg—. Son nuestra única esperanza. Si hay alguien que ha mantenido viva la vieja tradición de la lógica, son ellas. Con la ayuda y dirección de sensitivos, pueden alcanzar los datos, y probablemente serán las únicas que puedan interpretarlos y comprenderlos una vez hayan sido interpretados.

—Una vez hayan sido alcanzados y explicados —dijo Cushing—, debe haber quienes puedan ponerlos por escrito. Debemos recoger y registrar todo un cuerpo de datos. Sin eso, sin su meticuloso registro, no puede hacerse nada.

—Estoy de acuerdo —dijo Rollo— en que los cerebros robóticos son nuestra única esperanza. Desde el Colapso no ha habido ni un ápice de desarrollo tecnológico de la raza humana. Con todas las incursiones y pillajes y luchas en general, uno podría pensar que alguien debería haber reinventado la pólvora. Cualquier jefecillo de tres al cuarto se convertiría en un poderoso señor con ella. Pero nadie la ha reinventado. Por todo lo que sé, nadie ha pensado siquiera en ello. Nadie ha oído hablar nunca del asunto. Os lo digo, la tecnología está muerta. No puede hacerse nada por revivirla. Ha sido rechazada en las más profundas fibras de la raza. Fue intentada una vez y falló, y aquel fue su final. Sensitivos y cajas craneanas... eso es lo que necesitamos.

—El A y R señaló que hay cajas craneanas aquí —dijo Ezra—. Los robots murieron, él es el único que quedó.

—Media docena de cajas craneanas o así —dijo Meg—. Puede que necesitemos centenares. Las cajas craneanas no serán todas iguales. Deben ser, supongo, altamente individualizadas. De cada centenar, puede que solamente encontremos una o dos que puedan desentrañar lo que hay que hallar en el banco de datos.

—De acuerdo —dijo Cushing—. Aceptado. Necesitamos un ejército de sensitivos; necesitamos gran cantidad de cajas craneanas. Para obtener ambas cosas, tenemos que acudir a las tribus. Cada tribu puede tener algunos sensitivos; muchas de ellas tienen un buen número de cajas craneanas. Algunas de las tribus están ahí afuera en la llanura, justo al otro lado de los Árboles. No tenemos que viajar mucho para contactar con ellas. Saldré por la mañana.

—No tú —dijo Rollo—. Nosotros.

—Tú te quedarás aquí —dijo Cushing—. Apenas te vean, se lanzarán sobre ti como si fueras un conejo y te arrancarán la caja craneana...

—No puedo dejarte ir solo —protestó Rollo—. Hemos viajado juntos todos esos kilómetros. Estuviste a mi lado contra el oso. Somos amigos, lo sepas o no. No puedo dejarte ir solo.

—Nada de uno de vosotros o dos de vosotros —dijo Meg—. Si uno va, los demás vamos con él. Todos estamos juntos en esto.

—¡No, maldita sea! —exclamó Cushing—. Yo soy quien tiene que ir. Los demás os quedaréis aquí. Le he dicho a Rollo que es demasiado peligroso para él. También hay un cierto peligro para mí, imagino, pero creo que puedo manejarlo. No podemos arriesgarnos todos. Vosotras sois sensitivas y necesitamos sensitivos. Puede que sean difíciles de hallar. Necesitamos todos los que podamos encontrar.

—Olvidas —dijo Ezra— que ni Elayne ni yo somos el tipo de sensitivos que necesitas. Yo solamente puedo hablar con las plantas, y Elayne...

—¿Cómo sabes que sólo puedes hablar con las plantas? Tú lo deseabas así, y eso es lo que hiciste. Incluso aunque sea todo lo que puedes hacer, puedes hablar con los Árboles, y puede ser importante que tengamos a alguien que pueda hablar con ellos. En cuanto a Elayne, posee una habilidad general, universal me atrevería a decir, que puede sernos de mucha utilidad cuando



empecemos a extraer los datos. Puede ser capaz de ver interrelaciones que nosotros seamos incapaces de captar.

—Pero es posible que nuestra propia tribu esté ahí afuera —insistió Ezra—. Si es así, puede ser de mucha ayuda el que nosotros vayamos.

—No podemos correr el riesgo —dijo Cushing—. Puedes hablar por nosotros con tu tribu más tarde.

—Chico muchacho —dijo Meg—, creo que estás loco.

—Este es el tipo de asunto —dijo Cushing— que requiere un poco de locura.

—¿Cómo puedes estar seguro de que los Árboles te dejarán salir?

—Hablaré con el A y R. Él puede arreglar eso por mí.

25

Vistos desde cerca, había más nómadas de los que Cushing había pensado acampados en la pradera. Las tipis, tiendas cónicas adaptadas de aquellas que utilizaban las tribus aborígenes norteamericanas de las llanuras, cubrían una amplia zona, brillando blancas a la luz de la mañana. Aquí y allá en el llano terreno pastaban los caballos de los diversos grupos, todos ellos bajo los vigilantes ojos de media docena de jinetes. Volutas de humo ascendían de las fogatas de los campamentos. Aparte los vigilantes de los caballos que estaban de guardia, había pocas señales de vida.

El sol, a media ascensión en el cielo oriental, derramaba despiadadamente sus rayos sobre la pradera. El aire era tranquilo y bochornoso, tan pesado que resultaba fatigoso el respirar.

Cushing se detuvo inmediatamente delante de los Árboles, estudiando la situación, intentando calmar los latidos de aprensión que amenazaban con anudar su estómago. Ahora que estaba realmente allí, listo para iniciar su caminata a través de la tierra desnuda hasta el campamento, se dio cuenta por primera vez de que podía ser peligroso. Ya lo había insinuado cuando había hablado de ello la tarde anterior, pero una cosa era pensar en ello intelectualmente y otra verse enfrentado a su posibilidad.

Pero los hombres de ahí afuera, se dijo, serían razonables. Una vez les hubiera explicado la situación, le escucharían. Puede que fueran salvajes, que hubieran vuelto a la barbarie después del Colapso, pero seguían teniendo tras ellos siglos de lógica civilizada que ni siquiera la larga cadena de generaciones podía haber extinguido por completo.

Echó a andar, apresuradamente al principio, luego frenando a un paso más razonable y menos agotador. El campamento estaba a una cierta distancia e iba a tomarle un cierto tiempo llegar hasta allí.! No miró hacia atrás, sino que mantuvo la vista fija al frente. A medio camino, se detuvo para descansar un poco, y entonces se volvió para contemplar el otero. Al volverse, vio un destello de sol sobre una superficie brillante delante de los Árboles.

¡El maldito estúpido de Rollo estaba avanzando a largas zancadas hacia él!

Cushing agitó los brazos y gritó:

—¡Vuélvete, estúpido! ¡Vuélvete!

Rollo vaciló unos instantes, luego siguió caminando.

—¡Vuélvete! —aulló Cushing—. Lárgate de aquí. Márchate. Te dije que no vinieras.

Rollo se detuvo, alzó a medias un brazo, saludándole.

Cushing le hizo señas de que retrocediera.

Lentamente, Rollo se dio la vuelta, encaminándose de regreso hacia los Árboles. Tras unos pocos pasos, se detuvo y se volvió de nuevo. Cushing estaba todavía de pie allí, haciéndole señas de que se marchara.

Se volvió una vez más y siguió andando de regreso hacia los Árboles. No se volvió de nuevo.

Cushing lo observó alejarse. El sol seguía ardiendo sobre su piel, y allá a lo lejos en el oeste una profunda oscuridad colgaba sobre el horizonte. ¿Una tormenta?, se preguntó. Podía ser, se dijo; el mismo aire olía a clima pesado.

Convencido de que Rollo no le seguiría, se dirigió de nuevo hacia el campamento. Ahora había evidencias de vida. Algunos perros salieron bruscamente de las tipis, ladrando. Un pequeño grupo de jinetes avanzó hacia él al paso. Un puñado de chiquillos aparecieron en el borde del campamento y se pusieron a gritarle cosas, sus gritos débiles e indistintos en la distancia.

No varió su paso. Los jinetes siguieron avanzando al andar moderado de sus monturas.

Se detuvieron al fin, frente a él. Gravemente, les dijo:

—Buenos días, caballeros.

No respondieron, mirándole con pétreos rostros. La hilera se dividió por la mitad para dejarle pasar y, cuando reanudó su marcha, se alinearon para flanquearle a ambos lados.

Aquello no era bueno, lo sabía, pero debía actuar como si lo fuera. No debía dar señales de temor. Antes al contrario, debía fingir que aquello era una demostración de honor, el enviar una escolta para conducirlo hasta el campamento.

Siguió andando, sin apresurarse, los ojos clavados al frente, sin prestar atención a aquellos que avanzaban a su mismo paso a ambos lados. Sentía el sudor acumulándose en sus sobacos y goteando por sus costados, costillas abajo. Deseaba secarse el rostro, pero se contuvo con una voluntad de hierro.

El campamento estaba directamente ante él, y vio que había sido construido con amplios espacios sirviendo de calles entre las hileras de tipis. Había mujeres y niños de pie delante de muchas de las tipis, sus rostros tan pétreos como los de los hombres que avanzaban a sus lados. Grupos de chicos pequeños recorrían gritando la calle, arriba y abajo.

La mayoría de las mujeres eran mujerucas. Llevaban deformados trajes de lana. Su pelo colgaba irregular, enmarañado y sucio, sus rostros estaban agrietados y reseco por el sol y el viento. La mayor parte de ellas iban descalzas, y sus manos estaban deformadas por el trabajo. Algunas abrían desdentadas bocas para decirle cosas. Otras permanecían en silencio, pero exhibiendo una clara desaprobación.

Al final de la calle había reunido un grupo de hombres, todos ellos mirando en su dirección. Mientras avanzaba, uno de los hombres se adelantó cojeando y arrastrando los pies. Era viejo y encorvado. Llevaba pantalones de cuero y una piel de puma echada sobre un hombro, cruzada sobre su pecho y sujeta al frente con tirillas de cuero. Su pelo blanco como la nieve descendía hasta sus hombros. Parecía como si hubiera sido tallado de un bloque de piedra con un cuchillo mellado.

Cushing se detuvo a unos pocos pasos de él. El viejo lo miró con unos ojos azul hielo.

—Por aquí —dijo—. Sigúeme.

Se volvió y echó a andar calle adelante, arrastrando los pies. Cushing frenó su paso para seguirle.

Hasta él llegó el olor de cocina, unido al hedor de la basura que había estado demasiado tiempo expuesta al calor del verano. A la puerta de algunos alojamientos había caballos estacados, quizá la presa de algunos cazadores o los caballos de guerra de sus propietarios. Había perros merodeando por todos lados, emitiendo hipidos de terror cuando alguien les lanzaba un palo. El calor del sol era opresivo, calentando incluso el polvo que recubría la calle. Sobre todo aquello gravitaba la sensación de una cercana tormenta... el olor, la presión, el bochorno.

Cuando el viejo llegó al grupo de hombres, se abrieron para dejarle pasar, con Cushing siguiéndole. La escolta montada quedó atrás. Cushing no miró a ninguno de los dos lados para ver los rostros de los hombres, pero sabía que si hubiera mirado, habría visto la misma dureza que había captado en los rostros de los jinetes.

Los hombres rompieron las hileras y formaron un círculo, tras el que se apiñaron los curiosos. Al otro lado del círculo había un hombre sentado en un pesado sillón sobre el que había una piel de búfalo. El viejo que había servido de guía a Cushing se apartó a un lado, y Cushing caminó un poco más hasta situarse frente al hombre en el sillón.

—Soy Lobo Loco —dijo el hombre, y habiendo dicho esto, no dijo nada más. Aparentemente tenía la seguridad de que cualquiera sabría quién era una vez pronunciado su nombre.

Era un hombre corpulento, pero no un bruto. Había una inquietante inteligencia en su rostro. Exhibía una densa barba negra, y su cabeza estaba afeitada. Llevaba una chaqueta de piel de lobo, decorada con las colas de varios lobos, abierta por su parte delantera, mostrando un bronceado y muy musculado torso. Unas enormes manos sujetaban los brazos del sillón a ambos lados.

—Mi nombre es Thomas Cushing —le dijo Cushing.

Con un estremecimiento, Cushing vio que el hombre espantapájaros que había sido portavoz de los guardianes estaba de pie junto al sillón.

—Vienes del Otero del Trueno —retumbó Lobo Loco—. Eres uno de los miembros del grupo que utilizó trucos mágicos para pasar a través de los Árboles. Has molestado a los Durmientes.

—No hay Durmientes que molestar —dijo Cushing—. El Otero del Trueno es el Lugar de Ir a las Estrellas. Ahí reside la esperanza para la raza humana. He venido a pedir vuestra ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Necesitamos a vuestros sensitivos.

—¿Sensitivos? Habla claramente, hombre. Aclara lo que quieres decir.

—Vuestras brujas y hechiceros. Vuestros curanderos, si tenéis. Gente que pueda hablar con los árboles, que pueda atraer al búfalo, que pueda adivinar el tiempo. Aquellos que arrojan huesos tallados para ver el futuro.

Lobo Loco gruñó.

—¿Y qué quieres hacer con ellos? Tenemos muy pocos. ¿Por qué debería entregarte los pocos que tenemos, a vosotros que habéis molestado a los Durmientes?

—Te digo que no existen los Durmientes. Nunca existieron los Durmientes.

—Había uno de ellos que nos dijo lo mismo —intervino el guardián—. Una

mujer alta con el vacío en sus ojos y un terrible rostro. «Estáis equivocados», nos dijo, «no existen los Durmientes». —¿Dónde está ahora esa mujer — preguntó Lobo Loco a Cushing—, con el vacío en sus ojos y su terrible rostro?

—Quedó atrás —dijo Cushing—. Está en el otero.

—Despertando a los Durmientes...

—Maldita sea, ¿es que no comprendes? Te lo he dicho, no existen los Durmientes.

—También estaba contigo un hombre de metal, uno de los que en su tiempo se llamaban robots, un término muy antiguo que hoy apenas se pronuncia.

—Fue el hombre de metal —dijo el guardián— el que mató al oso. Este que está delante de nosotros le arrojó flechas, pero fue el hombre de metal el que mató al oso, clavándole una lanza en el pecho.

—Eso es cierto —dijo Cushing—. Mis flechas hicieron poco.

—Así —dijo Lobo Loco— que admites que es un hombre de metal.

—Eso es cierto. Puede que sea el último que quede, y es un amigo mío.

—¿Un amigo?

Cushing asintió.

—¿No te das cuenta —preguntó Lobo Loco— que un robot, si eso es lo que es, es algo diabólico... un superviviente de aquellos días en los que el mundo era sojuzgado por monstruosas máquinas? ¿Que va contra la ley dar cobijo a una tal máquina, y mucho más ser amigo suyo?

—No era así —dijo Cushing—. Por aquel entonces, antes del Colapso, quiero decir. Las máquinas no nos utilizaban; nosotros utilizábamos las máquinas. Ligábamos nuestras vidas a ellas. La culpa fue nuestra, no suya.

—¿Te sitúas en contra de las leyendas del pasado?

—Lo hago —dijo Cushing— porque he leído la Historia.

Quizá, pensó, no fuera juicioso discutir aquello con aquel hombre sentado en el sillón, contradecir tan directamente todo lo que él había dicho. Pero tenía la sensación de que sería peor doblegarse ante él. No debía mostrar debilidad. Todavía podía conseguir que el otro entrara en razón. Lobo Loco podía estar dispuesto, una vez dado el primer paso, a escuchar la verdad.

—¿La Historia? —preguntó Lobo Loco, hablando demasiado suavemente—. ¿Cuál es esa historia de la que hablas?

—Una historia escrita por un hombre llamado Wilson, hará un millar de años. Está en una universidad...

—¿La universidad a orillas del Mississippi? ¿Es de allí de donde vienes... uno de esos gimoteantes, cobardes intelectuales que cavan sus campos de patatas y se esconden detrás de un muro? Y vienes aquí, como si tuvieras derecho, a pedirnos lo que tú llamas nuestros sensitivos...

—Y eso no es todo —dijo Cushing, obligándose a hablar tan temerariamente como le fue posible—. Quiero también vuestros herreros y vuestros fabricantes de lanzas y flechas. Y quiero las cajas craneanas que tengáis.

—Oh, sí —dijo Lobo Loco, hablando aún muy suavemente—. Eso es todo lo que quieres. ¿Estás seguro de que no hay nada más?

Había un secreto regocijo, un taimado regocijo, en los rostros de los hombres que los rodeaban. Aquellos hombres conocían a su jefe, conocían su forma de actuar.

—Eso es todo lo que necesitaré —dijo Cushing—. Teniendo esas cosas, va a ser posible hallar una mejor forma de vida.

—¿Qué hay de malo en la forma en que vivimos? —preguntó Lobo Loco—.

¿Qué tienes que decir contra ella? Tenemos comida con la que llenar nuestras barrigas; tenemos lugares lejanos donde ir. No tenemos que trabajar. Se dice que en los tiempos antiguos todos los hombres tenían que trabajar. Despertaban y comían sus desayunos y partían hacia sus trabajos. Trabajaban durante todo el día y luego volvían a sus casas y se iban pronto a la cama para poder levantarse temprano al día siguiente y volver a sus trabajos. No tenían tiempo para dedicar a ellos mismos. Por todo esto, no estaban mejor de lo que estamos nosotros. A cambio de su trabajo, sólo obtenían comida y sueño. Eso lo obtenemos también nosotros, y mucho más, y no tenemos que trabajar por ello. Has venido de esa fortaleza intelectual tuya para cambiar todo esto, para volver a los viejos caminos, para que tengamos que trabajar del amanecer al anochecer, hasta caer derrengados. Quieres despertar a los Durmientes, un acontecimiento para evitar el cual hemos estacionado guardianes durante todos estos siglos, a fin de que no puedan bajar voraces del otero...

—Ya te he dicho que no existen los Durmientes —dijo Cushing—. ¿No puedes aceptar mi palabra sobre ello? Ahí arriba en el otero hay el conocimiento procedente de las estrellas, que los hombres fueron acumulando a lo largo de muchos años. Conocimiento que nos ayudará, no a volver a los viejos días, que eran malos, sino a encontrar un nuevo camino.

Era inútil, se dio cuenta. No le creían. Había sido un error. Era inútil hacerles entrar en razón. Nunca le creerían.

—Este hombre está loco —dijo el guardián.

—Sí, lo está realmente —dijo Lobo Loco—. Hemos perdido el tiempo con él.

Alguien que había avanzado a sus espaldas sujetó a Cushing, casi gentilmente, pero cuando intentó soltarse, duras manos se cerraron sobre él, le doblaron los brazos a la espalda y lo retuvieron indefenso.

—Has pecado —le dijo Lobo Loco—. Has pecado muy gravemente. —A los hombres que lo sujetaban dijo—: Atadlo al poste.

Los hombres que habían permanecido de pie formando el círculo estaban ahora rompiéndolo, alejándose, y mientras se marchaban Cushing pudo ver el poste que hasta entonces había quedado oculto por la masa de cuerpos. No tenía más de metro y medio de altura, y era un tronco de árbol recién cortado, probablemente un chopo, descortezado.

Sin una palabra, los hombres que lo sujetaban lo arrastraron hasta el poste, le colocaron los brazos a la espalda y los ataron allí, encajando las tiras de cuero de sus ligaduras en profundas entalladuras a ambos lados del poste, de modo que no pudieran deslizarse. Luego, sin una palabra todavía, se alejaron.

No estaba solo, sin embargo, porque las pandillas de chiquillos aún seguían merodeando.

Vio que se hallaba en lo que parecía ser el centro del campamento. El amplio espacio donde estaba plantado el poste era el eje central de un cierto número de calles radiales que discurrían entre las tiendas.

Un grumo de porquería pasó zumbando junto a su cabeza, otro le golpeó en el pecho. La pandilla de chiquillos corrió calle abajo, alardeando de su bravata.

Por primera vez, Cushing se dio cuenta de que el sol había desaparecido y el paisaje se había oscurecido. Un silencio innatural lo abarcaba todo. Una enorme nube negra, casi púrpura en su oscuridad, bullía al oeste. Los primeros jirones arrancados de la nube, corriendo hacia el este, habían cubierto el sol. El trueno resonaba a lo lejos, y encima del otero la gran cebradura de un rayo hendió la densa oscuridad de la nube.

En alguna de las tiendas, se dijo, los principales hombres de la tribu, entre ellos Lobo Loco y el guardián, debían estar decidiendo qué hacer con él. No se hacía ilusiones, no importaba la forma que tomara su decisión, respecto al resultado final. Tiró de las ligaduras, probándolas. Eran resistentes; no iban a ceder.

Había sido una locura, por supuesto, aquella tentativa suya... aquellos hombres no iban a entrar en razón. Se dio cuenta, con un débil e irónico regocijo, de que no le habían dado ninguna oportunidad de explicar de qué se trataba. Su conversación con Lobo Loco se había limitado a generalidades. El fracaso de su intento, comprendió, residía en el concepto de los Durmientes, un mito repetido tantas veces a lo largo de tanto tiempo que se había convertido en un evangelio. Sin embargo, ayer, cuando había hablado de todo ello con los otros, había llegado a la convicción de que sus argumentos estaban adecuadamente presentados, que había bastantes posibilidades de que fuera escuchado. Eran sus años en la universidad, se dijo, los que lo habían traicionado. Un hombre que moraba en un lugar de cordura estaba pobremente equipado para enfrentarse a la realidad, una realidad que aún estaba coloreada por el fanatismo del Colapso.

Se preguntó, con una extraña sensación de irrealidad, qué iba a ocurrir ahora. Ninguno de aquellos que aún estaban en el otero se hallaba preparado para llevar adelante el trabajo, ni siquiera para intentar empezar a formar la organización de un cuerpo de élite que a lo largo de los años pudiera arrancar los secretos del banco de datos. Rollo quedaba descartado; como robot que era, no tenía ninguna posibilidad. Meg, pese a su habilidad, arrastraba un rasgo de timidez que la inhabilitaba. Ezra y Elayne eran simplemente ineficaces.

Andy, pensó, medio sonriendo para sí mismo. Si Andy pudiera tan sólo hablar, sería el mejor de todos ellos.

Un intenso batir de truenos resonaba por el oeste, y sobre la cresta del Otero del Trueno los rayos culebreaban como un nido de nerviosas serpientes. El bochornoso calor se aplastaba contra el suelo. La enorme nube de negrura púrpura seguía bullendo muy arriba en el cielo.

La gente estaba empezando a salir de las tiendas... mujeres y niños y unos cuantos hombres. Los hostigantes chiquillos arrojaron más terrones y piedras contra él, pero su puntería era mala. Un guijarro pequeño, sin embargo, le golpeó en la mejilla y le dejó un paralizante entumecimiento. Al fondo de la calle pudo ver, aún muy lejos en la pradera, a los guardianes conduciendo un grupo de caballos hacia el campamento.

Observando a los caballos, los vio iniciar un repentino galope, lanzándose hacia el campamento, con los guardianes azotando frenéticamente a sus monturas en un intento de controlarlos o de frenarlos. Algo había asustado a la manada... eso era evidente. La caída de un rayo, quizá, o el resonar de algún trueno cercano.

En el extremo más alejado del campamento alguien gritó alarmado, y el grito fue seguido por otros, una serie de asustados gritos recorriendo el campamento entre el retumbar de los truenos. La gente estaba saliendo de las tiendas presa del pánico, llenando la calle, corriendo y gritando, reaccionando instintivamente al terror de los otros gritos.

Entonces lo vio, muy a lo lejos... el flamear de las luces, el absurdo destello de muchas Serpientes Trémulas contra la negrura del cielo, avanzando ante la tormenta que se aproximaba, barriendo hacia el campamento. Retuvo el aliento

y se tensó contra las ligaduras. Las Serpientes, se dijo a sí mismo, ¿qué estaban haciendo aquellas locas Serpientes?

Pero no eran, vio, a medida que las Serpientes se iban acercando, las Serpientes solas. Andy galopaba a su cabeza, crin y cola ondeando al viento, sus patas una confusa mancha en la rapidez de su carrera, mientras a su lado corría el pálido resplandor que era Rollo, y tras ellos y a cada lado de ellos, los oscuros glóbulos de una gran horda de Seguidores, visibles en la oscuridad sólo gracias a las Serpientes que giraban en alocados círculos sobre cada uno de ellos, iluminándolos, resaltando su lobuna forma. Y detrás de todo el grupo, las bamboleantes esferas que eran el Equipo, esforzándose por mantener la marcha.

En el borde del campamento, la aterrada manada de caballos penetró en la calle, encabritándose locamente, relinchando en su terror, lanzándose contra las tiendas, que se derrumbaban con un terrible estrépito. La gente corría locamente hacia todos lados y al parecer sin propósito, gritando con unas bocas muy abiertas que formaban redondas O en el centro de sus rostros. No solamente mujeres y niños sino también hombres, corriendo como si todos los demonios del infierno estuvieran pisándoles los talones.

Cuando los caballos llegaron junto a él, Cushing se agachó todo lo que le fue posible amparándose en el poste. Un fustigante casco raspó su hombro cuando un relinchante caballo retrocedió y giró bruscamente para rodearlo. Otro caballo se estrelló contra una tipi y cayó, aplastando la tienda bajo él, se enredó con la piel y los palos, pateando y golpeando con sus patas delanteras en un esfuerzo por liberarse. De debajo de la caída tienda surgió arrastrándose un hombre, arañando el suelo y reptando hasta conseguir ponerse en pie y echar a correr. El destello de un relámpago, por un momento, silueteó su rostro, iluminándolo de tal modo que pudo reconocerlo. Era Lobo Loco.

Luego Rollo llegó junto a Cushing, cuchillo en mano, cortando sus ligaduras. El campamento estaba desierto ahora excepto por unas cuantas personas atrapadas todavía entre las caídas tiendas, aullando como perros destripados mientras se debatían por liberarse. Las Serpientes Trémulas giraban por todos lados en aros de fuego, y los Seguidores danzaban incesantemente, con Andy cabrioleando en medio de ellos.

Rollo acercó su cabeza al oído de Cushing y gritó, de modo que el otro pudiera oírle por encima del constante retumbar de los truenos:

—¡Esto los mantendrá ocupados! —Barrió con un gesto de su brazo todo el campamento—. Ya no tenemos que preocuparnos más por ellos. No van a parar de correr hasta que lleguen al otro lado del Missouri.

Al lado de Rollo se bamboleaba uno de los miembros del Equipo, agitándose excitadamente. Le gritó a Cushing:

—Usted nos dijo que no conocíamos lo que significaba «divertido», y nosotros no supimos de qué estaba hablando. Pero ahora sí lo sabemos. Rollo nos dijo que viniéramos y viéramos con nuestros propios ojos qué es divertirse.

Cushing intentó responder a Rollo, pero sus palabras fueron arrastradas y ahogadas cuando el frente de la tormenta estalló sobre ellos, con un aullar de fuerte viento y una repentina cortina de agua que golpeó el suelo como un martillo.

Las resacas llanuras de cactus del Missouri estaban ya detrás de ellos, y delante se extendían las ondulantes praderas natales de lo que en un tiempo había sido el estado de Minnesota. Esta vez, se recordó Cushing con una cierta satisfacción, no necesitaban seguir el serpenteante curso del tranquilo río Minnesota, con toda la pérdida de tiempo que ello comportaba, sino que podían avanzar en línea recta cruzando la pradera hacia las ruinosas Ciudades Gemelas de Minneapolis y St. Paul y su destino final, la universidad. Ninguna banda nómada, ninguna tribu urbana, pensaría en ningún momento en interferir con su avance.

Las primeras escarchas del otoño habían rozado los árboles con pinceladas de oro y rojo; las resistentes flores de la pradera mostraban todo su esplendor en todos lados. Cuando llegara la primavera, se encaminarían de nuevo hacia el Otero del Trueno, esta vez con una reata de caballos de carga con provisiones, y como mínimo con unos cuantos residentes universitarios añadidos a la expedición. Quizá, pensó, con más que eso... con algunos sensitivos tal vez, y con unas cuantas cajas craneanas, porque durante el invierno contactarían con algunas de las tribus urbanas y con las bandas más orientales, que tal vez entrarán más en razón que el campamento nómada.

Muy delante de ellos avanzaba Rollo, explorando el terreno, y, a corta distancia, Andy, con su partida de Seguidores cabrioleando a su alrededor como un grupo de cachorros juguetones. El Equipo rodaba pausadamente a un lado y, brillando a la tranquila luz otoñal, los enjambres de Serpientes Trémulas podían verse por todos lados. Acompañaban a Rollo en sus correrías de exploración; danzaban con los Seguidores y con Andy; giraban en brillantes círculos en torno a cualquiera.

—Os lo lleváis todo —les dijo el A y R en burlona queja cuando se fueron—. No me dejáis ni un solo Seguidor ni Serpiente. Es ese estúpido caballo vuestro y ese igualmente estúpido robot. Ellos dos vuelven loca a cualquier maldita cosa que encuentren. Pero me alegra que vayan con vosotros, porque así cualquier banda merodeadora que pretenda haceros alguna jugada sucia se lo pensará dos veces antes de actuar cuando vea la escolta que va con vosotros.

—Volveremos —prometió Cushing— tan pronto como el invierno permita viajar. No perderemos el tiempo. Y espero traer a otros con nosotros.

—He estado solo durante tanto tiempo —dijo el A y R—, que un intervalo tan pequeño no importa realmente. No me costará nada esperar, porque ahora tengo esperanzas.

—Tienes que darte cuenta —le advirtió Cushing— de que es posible que no salga nada de todo esto. Lo intentaremos tanto y tan duramente como podamos, pero puede que no consigamos desentrañar los misterios de los datos. Y aunque lo consigamos, puede que no encontremos nada que podamos usar.

—Todo lo que el hombre ha hecho a lo largo de su historia —dijo el A y R— ha sido una apuesta calculada sin seguridad de éxito. Las posibilidades en contra, ya lo sé, son muchas, pero con toda honestidad, no podemos pedir nada mejor.

—Si Lobo Loco hubiera entrado en razón. Si simplemente hubiera escuchado.

—Hay algunos segmentos de la sociedad que nunca prestarán oído a ninguna idea nueva. Se sientan en cualquier lugar y no se mueven de ahí.



Encontrarán muchas razones para mantener una forma de vida que les resulta cómoda. Se aferrarán a viejas religiones; se envolverán con el manto de éticas que llevan muertas siglos, sin ellos saberlo; abrazarán una lógica que puede ser barrida con un soplo, proclamando que es sacrosanta.

»Pero yo no soy como ellos. Yo soy un estúpido sentimental, y mi optimismo es incurable. Para demostrar eso, voy a empezar, tan pronto como os hayáis ido, a enviar de nuevo las sondas. Cuando empiecen a regresar, dentro de un centenar de años, dentro de un milenio quizá, deberemos estar aquí aguardando, ansiosos de descubrir lo que traigan de vuelta, confiando en que sea algo que podamos usar.

A veces habían encontrado pequeños grupos de exploradores que detenían sus caballos a lo lejos, recortados contra la línea del cielo, y luego desaparecían, llevando la noticia a las tribus que aguardaban. Asegurándose, quizá, de que la marcha de aquel desafiante grupo se hallaba todavía bajo la protección de los grotescos del Otero del Trueno.

El tiempo había sido bueno y el viaje fácil. Ahora que habían alcanzado las praderas natales, Cushing estimaba que en otros diez días estarían ante los muros de la universidad. Allí serían aceptados. Allí encontrarían a aquellos que escucharían y comprenderían. Era posible, pensó, que fuera para ese momento precisamente por lo que la universidad se había conservado durante todos aquellos largos años, manteniendo intacto un núcleo de cordura que estuviera abierto a nuevas ideas... no aceptándolas ciegamente, sino para estudiarlas y considerarlas. Cuando emprendieran de nuevo la marcha, la primavera próxima, hacia el Otero del Trueno, vendrían con ellos algunos miembros de la universidad, estaba seguro, que efectuarían con ellos el viaje de regreso.

Meg iba a corta distancia por delante de él, y aceleró el paso para reunirse con ella. Seguía llevando consigo la caja craneana, pese a lo engorrosa que era de llevar. Durante todos los kilómetros que habían viajado, la había llevado siempre con ella. La aferraba constantemente, incluso mientras dormía.

—Tenemos que asegurarnos de una cosa —le había dicho a él unos días antes—. Cualquier sensitivo que utilice una caja craneana debe darse cuenta y aceptar una obligación hacia ella. Una vez establecido el contacto con ella, ese contacto debe proseguir. No puedes despertar a un cerebro y luego apartarlo de ti. En un cierto sentido, se convierte en una parte de ti. Se convierte en tu mejor amigo, en tu otro yo.

—¿Y cuando un sensitivo muere? —preguntó él—. Las cajas craneanas pueden sobrevivir a muchos seres humanos. Cuando el mejor amigo humano muere, ¿entonces qué?

—Tendremos que pensar en ello —dijo Meg—. Otro sensitivo preparado para tomar el relevo, quizá, para hacerse cargo de las cosas cuando el primero haya desaparecido. Otro para reemplazarlo. O, cuando llegue el momento, quizá hayamos sido capaces de diseñar algún tipo de sistema electrónico que pueda proporcionar a las cajas craneanas un acceso al mundo. Proporcionarles visión y audición y una voz. Ya sé que eso será un retorno a la tecnología, cosa que hemos rechazado, pero, chico muchacho, es posible que tengamos que hacer algunas concesiones a la tecnología.

Sabía que eso podía ser cierto... si lo conseguían. Pensando en ello, no estaba seguro de que fuera posible. Muchos años de dedicada investigación y desarrollo constituían la base de la consecución del más sencillo dispositivo

electrónico. Incluso con la biblioteca tecnológica del Lugar de Ir a las Estrellas, cabía el que fuera imposible adquirir de nuevo aquel arte. Porque no era solamente un asunto de conocimiento, de saber cómo funcionaba. Era también un asunto de manufacturar los materiales necesarios. La electrónica estaba basada no sólo en el arte sino también en una masiva capacidad tecnológica. Incluso en sus momentos más esperanzados se veía obligado a admitir que probablemente ahora se hallara más allá de la capacidad del hombre el reproducir un sistema que reemplazara a la vieja capacidad perdida.

Al destruir su civilización tecnológica, era posible que el hombre hubiera tomado una decisión irreversible. Con toda probabilidad, no había marcha atrás. El propio miedo podía ser un factor de freno, el profundo miedo implantado de que, de tener éxito, el proceso no pudiera detenerse; de que una vez reconstituida, la tecnología fuera a seguir más y más adelante, construyendo de nuevo el monstruo que había sido muerto en una ocasión. Era poco probable que una situación así volviera a plantearse de nuevo, de modo que ese miedo no sería válido, pero el miedo seguiría estando ahí. Inhibiría cualquier movimiento dirigido a recuperar aunque fuera tan sólo una parte de lo que se había perdido en los Días Turbulentos.

De modo que, si la humanidad quería emerger de la actual barbarie, tenía que hallar un nuevo camino, una nueva civilización basada en algún otro método distinto de la tecnología. En sus noches insomnes había intentado imaginar ese otro método, ese otro camino, y no lo había conseguido. Estaba más allá de su capacidad mental de imaginar. El antepasado primigenio que había tallado una piedra para construir la primera burda herramienta no podía haber soñado en el tipo de herramientas que sus descendientes iban a desarrollar, basadas en el concepto implícito en la primera piedra con un filo artificialmente logrado. Y así era en los presentes días. Era posible que la humanidad, inconscientemente, hubiera dado ya ese primer paso tembloroso hacia el sendero que había que seguir. Si no era así, la respuesta, o muchas y muy distintas respuestas, debían hallarse en los bancos de datos del Otero del Trueno.

Alcanzó a Meg y caminó al lado de ella.

—Hay una cosa, chico muchacho, que me preocupa —dijo Meg—. Dices que la universidad nos dejará entrar y nos aceptará, y no tengo ninguna duda al respecto, porque tú conoces a la gente de allá. ¿Pero qué hay con el Equipo? ¿Aceptarán al Equipo? ¿Cómo reaccionarán ante él?

Cushing se echó a reír, dándose cuenta de que era la primera vez que reía en días.

—Será algo hermoso —dijo—. Aguarda a verlo. El Equipo diseccionando a la universidad, la universidad diseccionando al Equipo. Cada uno de ellos buscando descubrir lo que hace funcionar al otro.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió de nuevo, y su risa resonó por las llanuras.

—Dios mío —dijo—, será algo maravilloso. No puedo esperar para verlo.

Y entonces dejó que el pensamiento se infiltrara en su interior... el pensamiento que hasta aquel momento había reprimido firmemente a causa de su reluctancia a permitirse pensar siquiera en una esperanza que era posible que no existiera.

El Equipo estaba formado por dos seres alienígenas, representantes vivientes de otra forma de vida que había logrado la inteligencia y que debía

haber formado una compleja civilización marcada por una curiosidad intelectual. La curiosidad intelectual tenía que ser, casi por definición, una característica de cualquier civilización, pero una característica que podía variar en su intensidad. La de la civilización del Equipo debía hallarse por encima de todas las medias, como quedaba evidenciado por su presencia allí.

Era tan sólo posible que el Equipo estuviera dispuesto, quizá incluso ansioso, a ayudar a la humanidad a resolver sus problemas. El hecho de que pudieran ofrecer o no algo de valor era, por supuesto, desconocido; pero, ante la ausencia de cualquier otra cosa de valor, la dirección alienígena de sus procesos de pensamiento y sus enfoques podía proporcionar nuevos puntos de partida para el pensamiento humano, podía servir para cortocircuitar la rutina en que había caído el pensamiento humano, enfrentándolo a nuevas aproximaciones y a una lógica no humana.

En el libre intercambio de información y opinión que tendría lugar entre el Equipo y la universidad, ambos lados podían aprender mucho. Porque aunque la universidad ya no podía calificarse como una comunidad intelectual de élite, la vieja tradición del aprendizaje, quizá incluso de la investigación, seguía existiendo allí. Tras sus muros había hombres y mujeres que aún podían sentirse agitados por esa sed intelectual que en eras pretéritas había configurado la cultura que había erigido la humanidad y que luego, en unos pocos meses, había llevado a su destrucción.

Aunque no enteramente a su destrucción, se recordó a sí mismo. En el Otero del Trueno quedaban aún los últimos restos, los más sofisticados restos, de aquella vieja y condenada tecnología. Irónicamente, aquellos restos eran ahora la última esperanza de la humanidad.

¿Qué hubiera ocurrido, se preguntó a sí mismo, si el hombre hubiera podido contener la destrucción de la tecnología unos pocos siglos? En ese caso, toda la fuerza de esa tecnología hubiera quedado disponible para trabajar en las posibles respuestas contenidas en los bancos de datos del Otero del Trueno. Pero ésta, se dio cuenta, no tenía por qué ser necesariamente la consecuencia. El escaso peso, el arrogante poder, de una tecnología completa y dominante podía haber simplemente rechazado, prescindido de y destruido lo que podía ser considerado como irrelevante. Después de todo, con una tecnología tan grande como la que poseía la humanidad, ¿para qué molestarse en buscar algo distinto?

Quizá, tan sólo posiblemente, pese a todas las carencias actuales del hombre, fuera mejor de esta forma. «De hecho, no estamos tampoco tan mal —se dijo a sí mismo—. Tenemos unas cuantas cosas sobre las que depositar algunas esperanzas... el Otero del Trueno, el Equipo, la universidad, los cerebros robóticos aún vivos, el no coartado ascenso de las habilidades sensitivas, los Árboles, las Serpientes, los Seguidores.»

¿Y cómo demonios podían las Serpientes o los Seguidores...? Y entonces cortó secamente su línea de pensamiento. Cuando existe la esperanza, hay que aferrarse incluso a su más ínfima expresión. Aceptas cualquier indicio de ella, por pequeño que sea; lo mimas; lo cuidas; no permites que desaparezca.

—Chico muchacho —dijo Meg—, te lo dije antes, y vuelvo a decírtelo ahora. Ha sido un estupendo viaje.

—Sí —dijo Cushing—. Sí, tienes razón. Ha sido todo eso, y mucho más.

**FIN**